

**JUAN JOSÉ PRIETO LÁREZ**



# **E1 VUELO DEL BÚHO**

**(Crónicas, cuentos y relatos)**



## **Biblioteca Digital de Historia y Literatura Neoespartana**



### **Título de la obra:**

El Vuelo del Búho. Crónicas, cuentos y relatos.  
1era. edición, 2025.

### **Autor:**

Juan José Prieto Lárez.

**Depósito legal:** NE2025000028

**I.S.B.N.:** 979-8-2955-0412-9

**Diseño, transcripción y montaje:** Frank Omar Tabasca.

**Corrección orto tipográfica y de estilo:** Frank Omar Tabasca.

**Foto de portada:** Claro Shop, 27 de agosto de 2021. <https://blog.claroshop.com>

**Juan José Prieto Lárez**

# **EL VUELO DEL BÚHO**

**(Crónicas, cuentos y relatos)**

## ÍNDICE

|                                                      | Pág. |
|------------------------------------------------------|------|
| Prefacio de esta aventura el búho, su grandeza ..... | 8    |
| Los sábados de Coromoto .....                        | 10   |
| En tono de dolor .....                               | 12   |
| Mientras perdure la noche .....                      | 14   |
| En avión ni muerto .....                             | 16   |
| Qué esperanza .....                                  | 18   |
| Gabo si tiene quien le escriba .....                 | 20   |
| Mientras llega la hora .....                         | 22   |
| Jim de la jungla asuntina .....                      | 24   |
| La calle .....                                       | 26   |
| El último bolchevique .....                          | 28   |
| El parto de nevada .....                             | 30   |
| El milagro de la concha .....                        | 32   |
| Venganza en callelarga .....                         | 34   |
| Una sonrisa en el retrato .....                      | 36   |
| El rufián .....                                      | 38   |
| Siete hombres y mi destino .....                     | 40   |
| Venancio son muchos .....                            | 42   |
| Dicen en Mompox... ..                                | 44   |
| Aun .....                                            | 46   |
| Qué camisón tan blanco .....                         | 47   |
| Corto metraje .....                                  | 49   |
| El mundo huye .....                                  | 52   |
| La asunción es Aracataca .....                       | 53   |
| Lluvia en una noche infinita .....                   | 55   |
| Cuando la ausencia golpea .....                      | 57   |
| Lo blanco vuelto rojo .....                          | 59   |
| Hasta que tuve miedo .....                           | 61   |
| La chica del balcón .....                            | 63   |
| La hendidia en el mar .....                          | 64   |
| Los jorobados de Nuestra Señora .....                | 65   |
| Cuando descubrí el niño Jesús .....                  | 67   |
| Por los sueños de arcadia .....                      | 69   |
| Por razones... ..                                    | 70   |
| Como al final de una guerra .....                    | 72   |
| Un antes y un después .....                          | 73   |
| Una cierta carcajada .....                           | 74   |
| Una larga espera .....                               | 76   |
| Una toalla en la azotea .....                        | 77   |

|                                               |     |
|-----------------------------------------------|-----|
| Los inocentes de dios .....                   | 78  |
| Garúas de arcadia .....                       | 79  |
| Solo con sentarte .....                       | 80  |
| El naufragio del puerto .....                 | 81  |
| Suele suceder .....                           | 83  |
| La casa de nadie .....                        | 85  |
| Amarse .....                                  | 86  |
| Una historia .....                            | 87  |
| Siempre .....                                 | 89  |
| Retrato hablado .....                         | 91  |
| Los días del tiempo .....                     | 93  |
| Nacimiento del mensaje .....                  | 94  |
| Un cuento .....                               | 95  |
| Allí .....                                    | 96  |
| Andar en el silencio .....                    | 98  |
| La batea de la discordia .....                | 100 |
| Aun se reclama justicia .....                 | 102 |
| El tiempo de las ciruelas .....               | 104 |
| Los días que vienen .....                     | 105 |
| Legó Luis Felipe y mandó a parar .....        | 107 |
| Escalofrío .....                              | 109 |
| Escribir .....                                | 111 |
| Alabanza de hierro .....                      | 113 |
| Futuro perdido .....                          | 115 |
| Los guayacanes mágicos .....                  | 116 |
| Sencillamente humanos .....                   | 118 |
| Soledad y después soledad .....               | 120 |
| Cantares de sangre y plomo .....              | 122 |
| Buena leche .....                             | 124 |
| Letal .....                                   | 126 |
| El maíz de la discordia .....                 | 128 |
| Despiertos .....                              | 130 |
| Los días de su adiós .....                    | 132 |
| Cuando Tomás Cazorla quiso ser mexicano ..... | 135 |
| Infarto que pudo ser .....                    | 137 |
| El último ataúd .....                         | 140 |
| Se ha escapado la voz .....                   | 142 |
| Pachico el bendito .....                      | 144 |
| Es cierto .....                               | 146 |
| Vaya manera de decir adiós .....              | 148 |
| Travesuras del abuelo .....                   | 150 |
| La mujer que nadie supo .....                 | 152 |

*Agradecimiento:*

a Samuel Robinson

y Maritza Núñez

...por convertirse en los editores de  
muchos de estos textos en el recordado

Diario *La Hora*.

A mi familia por comprender los  
ratos de ausencia mientras escribía.

A los lectores que me animaron cada  
semana con su tiempo para leerlos.

*Escribe, describe, borra  
el alma de los seres,  
borra  
los enseres del tiempo.*

El mar ejemplo  
Ramón Ordaz

## **PREFACIO DE ESTA AVENTURA**

### **EL BÚHO, su grandeza**

Este ser vivo, fundamentalmente de rapiña en las altas horas de todas las madrugadas, lo eleva como una de las aves más fascinantes del universo animal. Es único en su reino con el acento agudo en su instinto de complicados matices que exige la contención de la espera, la calma innata capaz de perfilar una técnica inimaginable que articule todo su arsenal corpóreo para propinar un armónico desenlace que se interesa en un roedor como presa predilecta.

Desde la rama de un fecundo árbol se vuelve invisible, su acuciosa mirada registra cada centímetro de terreno, cada movimiento imprevisto en aquel silencio sagrado desprovisto de humanos con su infame bullicio acostumbrado a romper la serenidad de lo taciturno. Las horas andan en su lentitud, y él, inexpresivo, redonda en vigilar todo lo que sucede en la frontera circundante, tengan por seguro que su respiración irreprimible se volcará más inexistente advirtiéndole que es hora del ataque en esa aventura nocturnal.

Cuentan los libros que en el siglo XV la locura era asistida con las cenizas del búho, y los tratados medievales sugerían arrancarle el corazón a un búho y colocarlo en el pecho de una mujer dormida para que ésta contara sus secretos. Sin embargo, para los griegos este animal es el símbolo de la sabiduría, se dice que por esa razón Atenea, diosa de la sapiencia, es representada con un búho en el hombro, porque era esta criatura que le revelaba los secretos en las trazas de la oscurana.

Cuando propongo el título a esta compilación de crónicas, cuentos y relatos, sin pretender una prosa presumida, sino más bien una variedad de destellos del canto habitual que sorteamos por encima de contar partes de lo que nos presenta el convivir con semejantes. En una conformación social que nos saluda con aspiraciones e inspiración de compartir latidos y

sobre todo la palabra que llevamos en la voz de decir para celebrarnos. Me imaginé entonces la observación perenne de tal ser a nuestra realidad cotidiana, por todos los caminos que pisamos, por las frondas que nos cubren, por las circunstancias que nos rebasan, a veces inesperadas que saltan de la esencia misma de la vida, dueña de soledades negruzcas y luces de luna llena, y un aliento desnudo esperando el vuelo hacia la nada. Aspiro alcanzar la estatura de sus emociones, el compromiso de su atención, y atributo de su razón.

¡Que disfruten estos estupendos relatos!

El autor  
La Asunción 2024

## LOS SÁBADOS DE COROMOTO

Nunca supe su nombre de pila. Todos le decíamos Coromoto, por el venerable hecho de vender filiaciones de Seguros la Coromoto por toda la isla de Margarita. Con su moto Vespa y un estropeado maletín de cuero marrón visitaba cada familia isleña. ¡Allá viene Coromoto! ¡allá va Coromoto! ¡ya pasó Coromoto!

Siendo yo muy muchacho lo conocí en la bodega de mi papá “El almendrón”, en la calle Virgen de Carmen de La Asunción. Todos los sábados, cerca de las once de la mañana se dejaba oír el bramido exhausto de su motora bajando desde la Plaza Bolívar. Debajo del exuberante almendrón la pequeña nave reposaba su decolorada armazón luego de quitársele de encima aquel hombre grande, pesado, de piel tostada, barriga prominente, y un lunar enorme en la mejilla izquierda que cuando reía parecía una picha corriendo buscando el hoyo del ojo.

Con su mano derecha saludaba a los presentes dispuestos a lanzarse a la aventura de contar historias de la Margarita de antes, un paseo por toda la geografía neoespartana y sus insignes personajes. Otros llegaban a cancelarle su cuota semanal. Un tikecito amarillo era el comprobante del cumplimiento a la modestísima suma por el bienestar familiar.

Cuando su humanidad había congeniado con el frescor de la sombreada fronda solicitaba la primera fría, otra para los amigos. Poco a poco la tenida se animaba con la preferente intención de pasarla bien, costumbre que se ha diluido en los tumultos de centros comerciales de este progreso que nos ha hecho impersonales. Esa adultez despierta, compartida, dejaba al margen las diferencias partidistas para insertar la vitalidad y la frescura del ritual costumbrista.

A poco más de la doce del medio hacía su aparición mi hermano mayor, José Gabriel luciendo rasgos de una descomunal resaca aturdiendo

su despertar temprano. Para despacharla se daba un baño en la orilla del tanque a punta de totuma con bastante jabón lechuga para despistar cualquier emanación ética. Luego, varios pocillos de agua fresca al pie del tinajón que estaba debajo de la mata de limoncillo alisaba la aspereza gargantina. Ahora muy vestido y mejor comido se acercaba a Coromoto cuando mi papá estaba atendiendo a alguien a pedirle la llave de la avejentada motocicleta: *“ya vengo Coromoto, voy a hacer una diligencia, ya vengo”*. Lo convencía.

Pero pasaba la tarde, el tiempo de las frías se acortaba, la agonía del día se dibujaba por entre el confuso claror del ramaje almendroso. José no aparecía con la Vespa, su compañera de fortunas e infortunios.

Coromoto bamboleándose, buscaba de dónde aguantarse mientras se angustiaba al no ver aparecer su secuestrada motoneta. Mi papá retenía la angustia por el estado involuntario de Coromoto, presa de la asolación, la tortura de la espera. Casi llegando la noche el chirrido de los frenos acabó frente a la bodega, sin apagarla Coromoto se subía a su potro de lata con rumbo a Porlamar. Que Dios y la Virgen de Coromoto lo lleven con bien, decía padre. A todas éstas José ya se había esfumado porque sabía lo que se le venía encima.

## EN TONO DE DOLOR

Mi abuela paterna, Juana Prieto, vivió toda su vida en El Cerro del Castillo, llamado antiguamente Colina de la Eminencia, en La Asunción. Yo la visitaba cuando niño todos los días mientras Fermina alistaba el pedido cotidiano de las arepas para el almuerzo. Otras veces cuando mi papá le enviaba víveres desde su bodega El Almendrón, ubicada en la Calle Virgen del Carmen, antes calle Guarapotú, Fraternidad, y El Diablo. Este último nombre le venía por aquello de las peleas entre vecinos, que al parecer eran muy comunes por distintas razones, incluyendo disputas territoriales demarcadas por hileras de tunas o cardón.

Mis primeros recuerdos de aquel ranchito canijo, son de un techo de dos aguas, con un zinc desvencijado y estropeado hasta el exceso, un piso de tierra apisonada por los ires y venires de familiares y visitantes. En un espacio rectangular estaba una mesa de madera y dos sillas timoratas de desprendérseles sus cuatro patas lucias por tanto recostarlas al bahareque, también extenuado que comenzaba a mostrar las huesudas cañas que le servían de soporte. Una mediapared separaba el cuartucho donde en un chinchorro se la pasaba sentada, rodeada de perolas de leche con café, rebanadas, azúcar, sal y algunos centavitos para remediar el asunto, y una bacinilla de peltre que mi tía Luisa, quien vivía cerca mantenía inmaculada. Jamás la conocí de pie, caminando ni se diga. A mi corta edad este hecho me resultaba incomprensible, y en una conversación entre gente mayor atiné a escucharle a mi mamá diciéndoles a mis hermanos que la abuela Juana era paralítica desde hacía muchos años. Nunca pregunté por qué razón.

Verla así se me hizo costumbre. Su rostro cobrizo se iba arrugando y volviéndose seco cada día más como el bahareque, y cada vez se embojotaba más como si temiera que algún frío repentino escapado de Cantarrana se le encajara en los huesos entumeciéndole también los brazos y las manos.

Un mediodía, yo regresaba de la escuela Luisa Cáceres de Arismendi, donde tuve el privilegio de cursar mis estudios primarios. Atravesé la Plaza Bolívar y en medio del corredor detrás de la estatua del Libertador me encontré con Miguel Emilio Salinas, un condiscípulo de escolaridad, que al verme agrandó sus ojos pretendiendo hablarme con ellos, luego con voz reposada me dijo: *“acaba de morirse tu abuela Juana”*.

Aquellas palabras me sorprendieron tanto que aun, al momento de escribir estas líneas, siento salpicadas de melancolía como agujas hincándome la cara. Infiero que esa fue la primera vez que sentí el implacable y despiadado tono de un adiós para siempre, supe lo que quiere decir una pérdida irreparable. Ese momento es una representación escalofriante del desprendimiento de algo que uno lleva muy adentro, es un dolor intenso que no siente, es un vacío que se lleva, es una falta de algo al que nos acostumbramos con el sigilo de los años, porque se convierte en hábito las pérdidas irreparables.

A diario muchos van partiendo y el tono inmediatamente nos permite experimentar una combinación de episodios dramáticamente desoladores, y como sucede con un libro de cuentos pasamos la página.

## **MIENTRAS PERDURE LA NOCHE**

Cuando se hizo el milagro de la luz eléctrica en Margarita, un respiro de consuelo recorrió el más humilde de los rincones. Una contentura colectiva que duraba pocas horas, mientras algunos quehaceres domésticos eran posibles gracias al dinamismo que viajaba por aquellos finos hilos, que parecían más bien venas en las paredes de bahareque enmudecidas por el blanco de cal. Algunos postes sembrados en la tierra parda desplegaban desde su altura el halo amarillento que envolvía el tizne de las nuevas noches, las mismas calles con tunales en franca guardia contra cualquier intruso que quisiera tantear en patio ajeno.

Había tanto silencio en la Margarita de entonces, que solo se escuchaba el gorgoreo de generadores otoñales que daban origen al resuello brillantino. En La Asunción, Basilio Hernández tenía el poderío de iluminar, de rociar con soberbio brillo la incauta oscuridad. La contemplación luminosa fue una tregua que pronto se amoldaría a noches y madrugadas apesadumbradas. Por aquellos días de penurias los cuentos de aparecidos invadía la paz interior, apretando el pánico contra las ganas de sueño. Azuzaba los sentidos, agitando el cuerpo en las protuberancias de las pesadillas, el zumbido del miedo, las llagas del muerto recién. Las horas eran un látigo inconforme, en el friso de los párpados, convertidos en testarudos carcelarios con espinas en los pies yertos.

Todo sucedía cuando el corazón de aquellos monstruos alimentados con gasoil dejaba de latir. La Asunción se convertía en una vasija desenterrada de siglos corroídos por almas en pena. Todo ruido era señal de algo. Cada sombra alguien. La luna siempre lucía un rostro mancillado, como un trazo olvidado en un lienzo. Así se fueron fraguando cuentos como el del cura sin cabeza que salía en callejón de Franzo Aguilera con un cabodevela entre sus manos. La chinigua dominando su territorio desde el Otro del río hasta Cocheima. El guerrero gigantón que bajaba por Cantarrana en su caballo más grande aun arrastrando pesadas cadenas,

decían que era el tirano Aguirre buscando matar a alguien, jamás dejó un rastro. En El Copey la llorona con su llanto desconsolado por su muchachito muerto. Pero el más original de los espantos fue el encapotao, que abandonaba su hogar para hundirse en la cama vecina hasta los primeros efluvios del alba. A pocos meses nacía un niño o niña sin conocerse su legal concepción. Los vientres sin marido eran comunes en tiempos de oscurana. Cuando la electricidad se hizo costumbre se acabó la sinvergüenzura, en conclusión, todo fue un invento para que nadie dejara sus casas y así la infidelidad daba rienda suelta a cuernos con amores clandestinos.

## EN AVIÓN NI MUERTO

Antonio Alfaro nunca montó en avión porque sufría de mareos. Se tonteaba con solo verlos. Por eso siempre viajaba en autobús a cualquier parte del país, ni siquiera en momentos de urgencia familiar fue capaz de subir a un jet. Siendo un hombrecito se fue a Caracas a buscar fortuna. Tenía un contacto vergatario con un primo que trabajaba en la Universidad Central de Venezuela, allá le llegó con su miedo a las alturas. El cargo propicio fue el de mensajero. Craso error, porque Toño no subía en ascensor.

Tenía las piernas batatúas de tanto subir escaleras por no hacerlo en aquellas cajas metálicas frías que se bamboleaban como piñatas por falta de mantenimiento. Por la estrecha relación entre la escuela de Economía con entidades bancarias, Toño debía llevar correspondencias al Banco Central, ya eso le tomaba todo el día porque se paraba a preguntar a todo el que llegaba para qué piso iba, si acertaba con la oficina de la encomienda pedía el favor de llevarla porque él se mareaba. Se puede decir, después de tantos años, que Toño no conoció un edificio más arriba de planta baja. Jamás sintió curiosidad por subir al Ávila. Ni a balazos.

Lo conocí por aquellos años, y sin reserva alguna echaba el cuento de sus vértigos, a lo más alto que llego es a la altura del chinchorro, contaba. Luego de veinticinco años la jubilación era inminente, pero dos días después de lograrlo un infarto puso fin a su vida. Murió en la misma pensión que llegó el primer día en La Candelaria. Como suele suceder, amigos y familiares dispusieron de su tiempo para atender los enredos que estas situaciones traen consigo. El traslado del cadáver debía hacer en avión hasta Margarita, así lo dieron a conocer su familia más allegada.

Todo estuvo a punto hasta llegar el féretro a Maiquetía, justo en ese momento se inició una huelga de controladores aéreos con amenaza de alargarla por cuarenta y ocho horas. Pero en Margarita esperaban por

cuerpo de Toño en treinta y cinco minutos. La funeraria convino para llevarlo por carretera hasta Puerto La Cruz, lo que significaba un día más y el reloj andando. El carro funerario llegó cuando el ferry acababa de zarpar, el próximo salía en la tarde, es decir que el fallecido arribaría a la isla con la noche avanzada. En Punta de Piedras la familia se angustiaba por tantas calamidades. Alguien se atrevió a soltar una chispa de humor para apaciguar la ansiedad: ¡Coño, Toño ni siquiera muerto se atrevió a subir a un avión, siempre le gusto viajar en roling!

## QUÉ ESPERANZA

Un perfecto cuadro de fechas nos permitió recorrer cientos de kilómetros. Unas semanas antes de la proeza, en la grama de los margariteños, como le decíamos a una pequeña extensión en los jardines de la Universidad Central de Venezuela ideamos el “plan perfecto”, Eddie Figueroa y el suscrito. Otro miembro incluido en el propósito fue Adonis Acosta, quien residía en la primogénita del continente, Cumaná.

La excusa era visitar en Güiria a nuestro amigo Carlos Méndez, quien trabajaba en el Ince de esa localidad. Todo salió como estaba previsto. Eddie y yo salimos en el último autobús que cubría esa ruta desde el viejo Terminal del Nuevo Circo, la idea era llegar temprano en la mañana a la tierra del Mariscal Sucre, y así fue. Al amanecer llegamos a la Calle Bermúdez, casa “Los Buitres”, llamada así por los mismos estudiantes que la residían. Unos catacos fritos, arepas, aguacate y café, fue la combinación idónea para reponer el ánimo y el estropeo que dejaba aquellos desmadejados autobuses. Luego de un buen reposo, por la tarde vinieron unas frías. Había que pensar el seguir viaje a ese extremo casi irreconocible del estado Sucre, donde decían las malas lenguas que si uno se caía al mar varaba en Trinidad.

Entrando la noche dejamos todo listo para enrumbarnos a Carúpano después de mediodía, pero la modorra era grande, total que salimos de Cumaná en la tarde y llegamos a Carúpano bajo el acecho de la noche. El rebullicio es costumbre los fines de semana, de allí sale y entra muchísima gente a muchísimas partes del país. Llegamos a la parada de los carritos que salen para Güiria y había varios, por lo que pensamos que saldríamos rápido, pero resultó que ninguno quería ir para allá. Ante la incertidumbre preguntamos qué pasaba, hasta que un señor que vendía café nos dio razón: es que hay muchas palometas en la vía. Ignorantes al fin, averiguamos qué era eso de palometas, hasta que nos dijo: son mariposas que habitan en los manglares de la costa, entonces por efecto de las luces

se pegan a los faros haciendo imposible ver la carretera. Viéndolo de esa manera tenían razón. Así estuvimos varias horas, y llegando pasajeros. Hasta que uno de ellos se decidió a enfrentar las nubes de palometas. Llegamos a Yaguaraparo, puedo decirles que parecía un pueblo fantasma. Ni un alma en ninguna parte, el alumbrado público a oscuras, solo en las casas se podía ver una lucecita roja muy tenue, las ventanas protegidas con tela metálica de la más fina, que no fuera posible dejar pasar a una sola de esos engendros. Seguimos a Güiria, ya era larga la noche y dimos otras vueltas buscando la dirección donde vivía el amigo Carlos, hasta que por fin. A esa hora salimos en busca de unas cervezas para dejar atrás el susto de las palometas. El sueño nos venció.

Al día siguiente salimos a eso de las nueve a recorrer el pueblo, Carlos tenía que trabajar. El sol estaba en plenitud de condiciones, el calor sofocaba y muy pocos pobladores se veían en las calles. En la primera bodega nos detuvimos a tomar algo, lo más frío que tuvieran, a esa pregunta respondía una muchacha de unos diez años que estaba del otro lado del mostrador: lo único que hay es Chinotto y no está muy frío. No importa miya dánoslo así es que hace mucho calor. A esta queja la muchacha respondió: ¡ay! señor y espere que sea la una pa' que sepa lo que es bueno. Todos nos miramos las caras ansiando una esperanza.

## **GABO SI TIENE QUIEN LE ESCRIBA**

No recuerdo cómo me enteré. Lo cierto es que, en diciembre de 1998, me fui a Cartagena de Indias, a unos talleres sobre edición de textos. La clase magistral estaría a cargo de Gabriel García Márquez, el gran Gabo. En compañía de colegas nos aventuramos a recibir las lecciones del Premio Nobel de Literatura. El creador de ese otro universo que es Macondo. Toda América Latina estaba representada por innumerables periodistas, escritores y curiosos que iban más por la rareza de la presencia de Gabo cuando se rehusaba a hacer apariciones de cualquier índole, que por saber cómo escribir en periodismo.

Ese día. Desde muy temprano el Centro de Convenciones se convirtió en una inmensa sala de redacción, la noticia era el genio de Aracataca. Aunque todo aquello era predecible a suceder, había que buscar la forma de acercarse a él a como diera lugar, lo contrario sería tenerlo a muchas butacas de distancia. Un amigo y yo averiguamos dónde queda su casa en la cartagenera ciudad amurallada. En lugar de irnos a reservar un disputado asiento, preferimos montarle “cacería”. Yo en la puerta principal, mi amigo por la trasera. El cerco no podía fallar. Teléfono en mano todo movimiento era reportado como alerta, aunque no estábamos solos, había tantas cámaras que parecía más bien un pelotón de fusilamiento comandado por el coronel Aureliano Buendía. Teníamos cubierta toda posibilidad de “escape”. Cerca de las ocho de la mañana recibo el parte que abren el portillo trasero y un señor todo de blanco, y sombrero beige de ala, panameño, acompañado de otros dos, salen de prisa y se internan en un callejoncito empedrado, adornado de balcones con maticas de trinitaria amarillas, tal cual las mariposas de cien años de soledad. Era la vía más expedita para llegar a pie al lugar de la cita sin ser abordado por el enjambre de periodistas.

No los seguimos, sino que fuimos directo al lugar del destino del particular perseguido. Allí nos la ingeniamos hasta llegar a una segunda

planta donde se ubican las oficinas del recinto. Teníamos la certeza que al llegar pasaría a saludar al personal que allí labora. Llegó por el sótano. Nuestro plan estaba en marcha. Nos apostamos en frente del ascensor sin hacer caso a su llegada. Sentimos que nos miró pensando “aquí están los sabuesos”. Ni nos inmutamos. Pasados unos diez minutos. Salió Gabo con su disminuida custodia. Llamaron el ascensor, allí aprovechamos de unirnos al grupo. Una vez dentro le digo a mi acompañante: *“entrevistaremos al resto de los participantes, Gabo ya lo ha dicho todo”*. Se abre de nuevo el ascensor y al salir siento que una mano se aferra a mi brazo izquierdo. *“Oí lo que dijiste, si me entrevistas, cómo titularías”, “No morimos en soledad”, le dije. “Me gusta”, ripostó, “aunque sé que lo acabas de pensar, por eso te daré una corta entrevista, porque a los dos nos apasiona inventar”*. *“Gracias Gabo, por todo lo que nos diste”*. Este relato es un invento.

## MIENTRAS LLEGA LA HORA

La Asunción se hundía en la profundidad absoluta de aquella noche del 14 de agosto de 1950. En el silencio de la víspera del día de Nuestra Señora de La asunción. La fraternidad entre la oscurana y el sosiego se alzó un friso tenue que aumentaba la ansiedad de los murciélagos a descargar un arsenal de cautaros en cada súbita pirueta. Parecían carceleros de nieve. Solo se sentía el golpeteo de la fruta gomosa cuando se despaturraba contra el piso de cemento pulido. Madre luchaba en la cama con inventar una coartada para deshacerse del recado afrentoso dejado por el astro del día que comprometía el descanso de su cuerpo. Padre despachaba en cada ronquido la exuberancia roncera, montado en una hamaca guajira que su hermano Alejandro le trajo de Maracaibo. El abordaje del nuevo lecho lo condujo por un sueño oceánico.

El centinela del tiempo, apostado en la cúspide de la Catedral, marcaba las once y media de la noche, dos toques lo anunciaron, y el eco se dejaba oír hasta consumirse tal como la vela de un centavo que alumbraba al Corazón de Jesús en un rinconcito de la cocina. Las matas de mango, castaña y jobo ni se movían, los flecos de las hojas de plátano tremolaban para reflejar apariciones fantasmagóricas como un abanico de susto. Madre, sintió tocar a la puerta, pero se quedó inmóvil esperando no fuera una jugarreta del delirio desvelado. Otra vez tres golpes cautos resonaron en sus oídos. Padre, mascullaba palabras incomprensibles entre dientes y lengua torpe. Madre se persignó invocando un escudo protector de lo desconocido, caminó descalza hasta la puerta y con sus labios a ras de la madera fría dejó surgir un: *¿Soy yo Elba, Clemencia, qué hora es?* le contestaron a través.

Madre, envuelta de incertidumbre, secuestró un temor que le hizo engarruñar la piel, casi coronaba con el miedo. La voz detrás de la puerta le sonó quejumbrosa, provista de una zozobra que se derramaba encima de cada palabra. Madre, abrigó el aliento inflamado de pánico ante la

inesperada presencia que no veía. *¿Mujer, para qué quieres saber la hora?* Elba es que me voy para el otro mundo. En ese instante los ojos se le aguaron a Madre, más sin embargo ripostó que se asomara a la esquina y viera el reloj de la Catedral. No escuchó nada más.

El sueño se despidió dejando dicho que no volvería por el resto de la noche ni la madrugada. Madre tomó su rosario y cuenta a cuenta contó las horas interminables hasta que huyeron los murciélagos, el día estaba por aparecer. A las cinco de la mañana Rafaela tocó la puerta con los nudillos potentes que hasta Padre despertó. Madre, presurosa abrió una hoja y escucho el fatídico anuncio: *Elba, Clemencia acaba de morir*. Corrió Madre presurosa a despertar a Padre. *“Juancito párate que se murió Clemencia”*. *¡Carajo! yo creí haber escuchado su voz a media noche*, comentó padre. Comenzaron a escucharse los primeros cohetes del 15 de agosto.

## **JIM DE LA JUNGLA ASUNTINA**

Sus andanzas de muchacho son famosas en La Asunción, Ismael se llamó, vivió hasta ya un hombre en el Otro lado del río. Las carreras de caballos fueron su pasión y modo de vida. Virtuoso de las modalidades de entonces en materia hípica y todos los jugadores pendientes de las dupletas. Él en sí era un portentoso referente lúdico.

Otro escenario para demostrar habilidades de hombre de río, era la de sacar camarones arrastrados por fuertes lluvias desde la montaña. Montaba una cacería descomunal que consistía en una larga vara de caña brava filosa para ensartar de un envión el succulento bocado de agua dulce. Subía como nadie en las matas de coco o de mango que tanto abundan a orillas del río. Sus hazañas fueron demostración de permanente oralidad en las reuniones de quienes estudiaban en Caracas, los escuchas querían conocer algún día a Jim, el rey de la jungla asuntina.

Dejando la adolescencia era buscado afanosamente para que resolviera el sancocho del día con una picatierra (gallina) y claro está la verdura que por lo general hurgaba en sembradíos de Cocheima, más criollo imposible. Lo espirituoso corría por cuenta del resto de los comensales. Con participación de veinticuatro horas antes le era posible aplicar la técnica del azufre, consistente en quemar a altas horas de la noche debajo de la mata donde pernoctaban las gallináceas, el polvillo de azufrado para que estas gotearan víctimas de un sueño irremediable, así las reservaba para el día siguiente.

Pero Jim fue mejorando la técnica a tal punto de complacer la exigencia del solicitante. En cierta ocasión un grupo de muchachos caraqueños vino a La Asunción y fueron conducidos a los predios de Jim quien era seguro estaba en alguna tarea de extracción agrícola. Los novatos exploradores miraban a las copas de los árboles creyéndolo un tarzán de guayuco y todo, en eso apareció el personaje y fue presentado.

De seguidas le manifestaron que estaban deseosos de un sancocho y necesitarían unas gallinas. A lo que Jim interrogó: si las querían muertas o desmayadas. La carcajada no se hizo esperar, ripostando que les explicara cómo era eso y Jim les respondió: *para aniquilarlas uso pichas (metras) y limones pequeños para desmayarlas*. Los visitantes quedaron pasmados por tanta sabiduría. Desde ese día fue bautizado como Jimgallina.

## LA CALLE

Se estiran debajo de los postes con su luz de ceniza. Debajo de los árboles con sus brazos de penumbras. Son nuestras calles, las calles, sencillamente las calles. En ellas germina la maldad, más cuando se tropieza con una viejecita incauta que camina a su encuentro, pero por la acera de enfrente. Solo lleva el luto que la cubre y un billetico de veinte bolívares, arrugado, como única fortuna. Busca esquivar el presagio de su instinto, le resulta imposible ante la amenaza ruda que la ataca y la apabulla. Por la calle que sube, un hombre sentado en una silla vieja de madera y cuero, fuma tabaco en rama, sus ojos delirantes persiguen el serpentino humo que asciende sobre su cabeza despreocupada, a partir de allí se desvanece. Luego enciende otra calilla y vuelve a recrear el alucinante torbellino apretado en su quijada temblorosa. Por una paralela pasan autobuses con pasajeros recostando sus cabezas a los vidrios de las ventanas. De ida un sueño indetenible los domina. Llevan la boca abierta, extasiada, con un hilo de madrugada descendiendo por la comisura. De vuelta el hollín impregna las tenues cortinas de la brisa cálida de las cinco de la tarde.

En una placita las caricias de dos enamorados sentencian el final del encuentro, sus manos abonan la siembra del reencuentro del día siguiente. Las estrías nocturnas van nutriendo la cúspide de la catedral, convirtiendo la calle que la acompaña desde siempre en una brújula de misterios maniatados a la espera que aparezcan los demonios degollados por el filo del amanecer, pareciera ser la calle de los misterios. En otras latitudes urbanas las calles se transforman en una suerte de valijas donde viajan las rebeliones con rostro de pesadilla.

Bueno es cuando uno regresa de vacaciones de donde estudia. Si llegamos de noche crece la ansiedad, mientras conciliamos el sueño vamos reconociendo los ruidos que suelen acontecer en los alrededores, las voces de los vecinos, el chirrear de las rejas resacas, la abundancia de perros

raspando el cemento callejero, hambrientos a la pepita de la perra en celo. Uno se asoma a la calle a reconocer la negritud, y desear la fantasía del amanecer temprano.

Pronto se comienza a escuchar el chapotear del agua cuando los cauchos la machacan, es la lluvia decembrina anunciando que la alborada está subiendo para completar el día, uno se acomoda por unos minuticos más. Hasta que disparado por un resorte alucinamos haber perdido, al menos la mañana.

Ya los sabores y olores de la calle están en planta para reconfortarnos el eminente reencuentro, la familia, la carajita, los amigos, los vecinos, nuestra calle, las peas. Todo pasa rápido y la nostalgia hace su aparición anunciando el hasta pronto. Se siente un vacío en el centro de nuestra humanidad, mucho más cuando besamos a los viejos, la novia y la mirada diciendo adiós a la calle.

## **EL ÚLTIMO BOLCHEVIQUE**

Una calurosa tarde de agosto supe la historia. Félix Brito, conocido en las tramoyas subversivas como Cumanés. Él me echó el cuento. Todo sucedió en el reacomodo político en la Venezuela de los años sesenta, cuando se pretendió petrificar todo aquello que oliera a Unión Soviética. Algunos adoctrinados, con un maltrecho entrenamiento ideológico, trasnocharon su desobediencia para enfrentarla a una realidad urgida por marcar la diferencia entre una supuesta mejor vida, como pararrayos a la incipiente revolución cubana como posible trasmisora de la fiebre del todos somos iguales.

Aquí en La Asunción, un insignificante eslabón en el escenario proselitista nacional, libraba una gran batalla con sangre joven dispuesta a incendiar las intenciones derechistas de esta entonces tierra de nadie. En el viejo Parque Luisa Cáceres de Arismendi de la capital neoespartana, estaba la famosa lira, enfrente de la Catedral, donde los valeses y pasodobles de la Banda Gómez deleitaban a parroquianos y visitantes.

Detrás de este icono de la pulcra herencia cultural conseguida al paso de la historia por los asuntinos, se construyó en tiempos de Pérez Jiménez, una fuente circular con un peculiar dispensador de agua; un angelito carajito, meón. Todo de blanco, sin alas, pero un angelito era. Precisar a estas alturas quién o quiénes iniciaron el empeño de convertirlo en comodín publicitario de toldas partidistas, no es el punto. Lo cierto es que, de la noche a la mañana, este angelito meón se convirtió en el alusivo propagandístico más visitado, al menos en Margarita. Cada mañana el Parque Luisa Cáceres se atiborraba de transeúntes para ver de qué color había amanecido el querubín meón. Si más blanco que su propia piel fueron los adecos, si de amarillo los urredistas, si de rojo los comunistas, si de verde los copeyanos, y así sucesivamente. Pero cuando no era rojo en algún lugar pintoresco de la ciudad amanecía una bandera negra, como por ejemplo el Castillo Santa Rosa. Una perfecta táctica de persuasión a

la impresión que pudiera causar el angelito de la plaza. Así que eran varios los elementos propagandísticos utilizados por los últimos bolcheviques asuntinos.

Los ojos de Cumanés brillaban cuando contaba las odiseas para lograr llamar la atención del electorado. Desde persecuciones hasta muchos días de arresto, pero todo por la causa de los pueblos oprimidos del mundo en levantar su voz ante el opresor. En cualquier esquina podría aparecer una pinta protestataria, o algo así como: ¡el pueblo unido jamás será vencido! Pero nunca la cuenta de cuatro o cinco revoltosos pudo aumentar, algunos todavía viven para contarnos sus vivencias juveniles, otros han partido al mitin infinito del máximo líder universal.

Finalmente, en conchupancia expresa entre los partidos conservadores decidieron impulsar una suerte de puntofijismo local, y así aniquilar a los rojos bolcheviques y se fueran con sus cuitas a otra parte. Ellos blandían la bandera rebelde por un cambio que nunca llegaba. Pusieron a prueba la vida y la muerte, con escaramuzas muy bien pensadas. Doblegaron el pánico y la gloria los recompensaba, a medias. El último bolchevique pasó a retiro cuando el silencio sopesó la retirada o una vejez imposible. Ahora Cumanés puede contar su cuento sin temor a desertar de las filas rojas.

## **EL PARTO DE NEVADA**

Los hombres de mar también tienen sus mascotas, a las que miman, quieren y con las que se relajan luego de una dura faena. El alimento nunca les falta y su cuerpo adquiere dimensiones colosales con respecto a otros. Por lo general son perros o perras que merodean las rancherías, durmiendo encima de los trenes de pesca, en compensación vigilan el territorio de intrépidos visitantes con intención poco amigable.

La costanera de Boca del Río está sembrada de enramadas donde los pescadores arruman sus redes y botes siempre listos para lanzarse a la mar cuando el alba apenas se anuncia. La ruta por lo general es toda la costa hasta el istmo de La Restinga durante las temporadas de tal o cuales peces. Toda la sapiencia marina heredada de sus ancestros es puesta en práctica, los pasos de luna, mareas, profundidades según el enjambre de lo que viene de la hondura de Cubagua.

Un pescador experimentado nacido en ese rincón marino fue Antonio García, quien llegó a tener algunos botes y un grupo de muchachos duchos en estas labores de fuerza y precisión, tampoco le faltaba una mascota, tenía una perra, negra como la noche más oscura, la llamó Nevada. La bravura canina se fue dando a conocer entre los marineros, quienes al acercarse a la ranchería de García primero debían hacerle carantoña a la huraña centinela. Cuando su amo se levantaba ahí estaba Nevada mirándolo a la espera de una orden. A cada paso que daba cuando revisaba el tren ahí estaba Nevada oteando el rastro. En muchas oportunidades Nevada era embarcada para alguna brega y ella con sus patas alzadas a estribor lamía el viento salitroso cual si fuera el espinazo de un lebranche o una lisa. Muchas veces solo se sabía de ella por sus ladridos, porque era parte de la oscurana.

Resulta que Nevada queda preñada del único cortejo perruno aceptado, Catire le decían por su pelaje marrón claro y ojos verdosos, así

que la panza fue creciendo, aunque nunca se alejó de la ranhería. Todos le acariciaban su abultada barriga y ella encantada por sentirse querida. Una noche se corrió la voz que venía un cardumen de tajalí, en menos de dos horas los motores enrumbaron hacia el istmo, esta vez Nevada no pudo ir por su avanzada preñez, pero no consideraron que ella sabía la ruta y se largó con su animosa carga.

A poco de arribar para zarpar nuevamente al amanecer apareció Nevada jadeando y como pudo se acomodó bajo el chinchorro de su amo, quien con el pie descalzo le sobaba la panza. Los cachorritos se movían inquietos y García pensó en voz alta: *jepa muchachos Nevada pare esta noche!* Todo rieron hasta que el sueño los venció, cada cría tendría a fulano de padrino. A punto de una de la mañana Nevada tenía seis perritos en su regazo, a la una y media los navegantes estuvieron listos para partir en busca del cardumen. Cada uno de ellos se despidió de Nevada y sus cachorros, ella se les quedó mirando y veía a los hijos hasta que quedaron solos juntados en la arena. En cuanto se repuso comenzó la titánica travesía de vuelta a Boca del Río. Cuando la expedición llegó a puerto a eso de las diez de la mañana se encontraron con Nevada que los esperaba atenta en el muellecito de la playa. Todos saltaron de los botes y alzaron a la abnegada madre y mejor amiga.

## EL MILAGRO DE LA CONCHA

Cerca de Carúpano, estado Sucre. Existió un pueblito llamado La Concha, donde los pescadores iban los fines de semana a embriagarse hasta quedar sin conocimiento encima de las estrechas aceras que flanqueaban las calles arenosas. Cuentan que había más sitios donde expendían aguardiente que casas de familia. Parecía un sitio solo para libar y cometer barrabasadas. La única autoridad era Matías, quien hacía las veces de prefecto, juez y carcelero. Pero además era dueño de los cinco bares más pintorescos de ese tugurio a cielo abierto. Cuatro calles dibujaban una cruz, y había dos, esa y la del altar de la capilla donde cabían apenas veinte personas. Las misas eran los lunes para que alguien acudiera, de lo contrario nadie se asomaba para no ser víctima de improperios lanzados por las docenas de borrachos que estropeaban la paz conventual de todos los días, semanas, meses y años.

Resulta que el acaudalado Matías había criado a un muchacho, que según las malas lenguas del lugar lo parió una de sus sirvientas. Solo se le conoció como Dionisio, Nicho. Nadie abría la boca para decir ni pizca de esa historia escondida entre platanales y malojos. El muchacho no hacía nada, nunca hizo nada formal como trabajo. Pero se hizo querer, era un alma de Dios. Jamás probó una gota de alcohol y ayudaba en cuanto podía a los más jóvenes en sus tareas, cuando no estaba en el pueblo estaba en el mar, soñando decía él. Mientras Matías mascullaba, *preñando gaviotas es que está él*. Un día Dionisio no se levantó de su chinchorro, lo dieron por muerto. Lo lloraron, lo bailaron. Fue cuando cayeron en la cuenta de que la capilla no bastaba para cuando muriera alguien tan querido como Dionisio. Cuando el sepelio iba con dirección al cementerio, entre flores que lanzaban desde las casas, los cargadores sintieron fuertes temblores dentro de la urna. De pronto la tapa salpicó en astillas dejando ver un puño apuntando al cielo.

Todos corrieron dejando a Nicho despedazar las cuatro tablas que lo aprisionaban. ¡No corran estoy vivo! Decía sin cesar el muertovivo. Todos

regresaron. Lo cargaron y lo bailaron, otra vez, con más alegría que nunca. Meses más tarde Matías enfermó de gravedad, entonces Dionisio tomando el control del abundante patrimonio, mandó a construir una iglesia para que el pueblo entrara completo en ella a despedir a Matías cuando diera el último respiro. En cada uno de los cinco bares construyó, una escuela, un dispensario, un cine, una biblioteca y una prefectura con su prefecto. En el resto de las cantinas surgieron abastos, un concejo municipal, una casa parroquial para el cura que fue desde Carúpano. Inmediatamente La Concha se convirtió en un verdadero remanso. Todo el que iba preguntaba a los vecinos cómo había ocurrido el milagro de La Concha, todos dicen orondos, gracias a Nicholamuerte.

## VENGANZA EN CALLELARGA

Las puertas de las casas en todo pueblo permanecen entreabiertas día y noche. A veces las miradas chocan, las de afuera con las de adentro. Los de adentro reconocen el caminar del que pasa con intenciones inadvertidas. Saben de su ropa, camisa y pantalón y mira la calle y las fachadas de muchas otras casas. Una visión periscópica. Los de afuera conocen una diagonal interior de cada casa; la puerta de una habitación, parte de otra, el color de la cortina que la cubre, más una parte de la sala, para conformar ese triángulo visual. En una hendidura hay un ojo permanente, vigilante.

Esta propuesta de convivencia alienta la imaginación por construir la vida allá dentro, acá fuera. Hasta no hace mucho La Asunción perteneció a este clan de miradores dando vida a un largo poema de acontecimientos. Lo que valida una pregunta: ¿esto o aquello, pasará solo aquí? Está demostrado que no. Por estos días se ha desatado una adicción por el desnudo ante cualquier conjuro. Aparece el desnudo como signo inquietante en una sociedad netamente conservadora. Hay quienes sugieren el desnudo como trastorno asintomático de protesta. Hay pupilas que no se dilatan ante la desnudez. Poco a poco cedemos haciéndonos los locos ante desnudos de cuerpo y alma.

Bien, a lo que voy. Allá en Barlovento, por una calle larga como una culebra seca, vivía Bonifacia Salmerón. Matrona de altos quilates, con una lengua afilada en los menesteres comuneros. No discriminaba al momento de escupir sospechas, sentencias y ajusticiamientos contra quien fuera. La hendidura de su puerta condenaría, sin vacilar, con su ojo brujillo. Gumersindo Ruiz era la víctima predilecta de aquella lengua inquisidora. Todas las madrugadas al pasar con sus tonteras étlicas por callelarga, serían comidilla al día siguiente por el resto de sus amigotes, a tal hora, con fulano, con zutana. Hasta que llegó la hora de quiebre de su paciencia. Un día llegó el presidente Rómulo Betancourt a inaugurar una planta

eléctrica. Ese día Gumersindo se mantuvo cauto en una gran fiesta en todo el pueblo. No probó una gota de nada espirituoso. Pero si tenía de caleta una botella de ron blanco, un misil listo a ser disparado. La apuró por sus vísceras cuando el resto de la población se retiraba a sus hogares. Pasadas las dos de la madrugada Gumersindo sintió los rigores de juma. Era el momento de su venganza. Se sacó su pipe justo a pocos metros de la casa de Bonifacia y comenzó a zigzaguear el chorro de meao hasta perfumar toda callelarga. Al día siguiente sus amigotes le decían: te portaste bien anoche, ni tomaste una copita. Gumersindo pensó para sus adentros: ¡eso creen ustedes güevones, ahora nadie me vio!

## UNA SONRISA EN EL RETRATO

Eliseo Guevara fue y sigue siendo un lobo de mar. Nacido en la isla de Coche, hijo de pescadores, con el cuero curtido y el ocre que lo cubre sin disimulo, como bronce perpetuo. Allí mismo hizo su familia con el sustento del mar. Desde muy pequeño en el peñero de su padre Anselmo Guevara se refugiaba en las llanuras marinas teniendo como límite las costas de Sucre. Conoce cada punta de playa de todas las islas venezolanas. Conoce las intrigas de las madrugadas cuando la lluvia gotea sus perlas en la blancura de la arenisca. La fuerza y la tenacidad lo hizo un lobo en los mares de acá y de más allá.

A su madre la conoció por un retrato suyo, colgado de una alcayata en la salacorredor de la estrecha vivienda donde habitaba con sus cinco hermanos, en un cuarto amplio, tan solo con lo indispensable, como la escasez que los arropaba. El patio era el mar de Güinima. Por la acción inmisericorde del salitre poco a poco le fue borrando la cara del papel amarillento por la perenne humedad. Eso hacía que de la memoria de Eliseo también perdiera la nitidez de su pelo indiano, y rostro con rasgos finos. Supo que se llamó Emira.

La carrera como veterano de las aguas fue meteórica, y pronto se vio en el puente de mando de un buque de la Marina Mercante, de allí a un tanquero petrolero en el que le dio la vuelta al mundo hasta tres veces. En cada oportunidad que visitaba la familia, sentía que aquel retrato le reclamaba atención por la sentencia jurada del olvido. Cuando miraba el rostro de su madre parecía ver un arenal impoluto que lo conmovía como una alucinación, él no quería que se esfumara por el insulto de la incuria.

En unas navidades quiso reivindicarse con la recordación del afecto, aunado al sentimiento filial del que no tenía memoria, la imagen del retrato era el vínculo con una nostalgia pretérita. Por esa razón viene a Margarita, con un ligero equipaje y el retrato muy envuelto. Busca en La

Asunción a Pacheco, fotógrafo y especialista en retocar viejas fotografías, a él le solicita premura por la cercanía de la noche buena. No menos de una semana fue el dictamen del experto. Eliseo convino sin chistar, porque sabía que no iba a ser fácil la operación, incluso pensó que no estaría para la especial fecha. Pero todo salió tal lo previsto. El viernes siguiente, muriendo la tarde, estaba listo para abordar la lancha de regreso a Coche. Ahora doña Emira parecía sonreír porque su hijo se acordó de ella.

Como conocedor de embarcaciones manifestó al capitán que había mucha gente y ese bote podría romperse en el primer bajo que la mar le deparara. Efectivamente cuando se divisaba el muelle una ola gigantesca elevó la nave para luego dejarla caer. Se hizo trizas. Algunos pescadores que estaban faenando socorrieron a los asustados tripulantes hasta alcanzar la orilla. No hubo pérdidas humanas que lamentar, pero si perdieron sus coroticos. Al día siguientes 24 de diciembre Eliseo y otros lugareños emprendieron una infructuosa búsqueda de las pertenencias. Uno de ellos Carmelo Villarroel, divisó entre unos manglares orilleros algo que parecía una tabla, cuando la tuvo consigo llamó a Eliseo para que la destapara. Era el retrato de doña Emira, intacto, como acabado de hacer. El retrato aún sigue colgado en la misma alcayata de la salacorredor con su aparente sonrisa.

## EL RUFIÁN

Al protagonista de este relato lo llamaremos Isidro. Ustedes verán las razones obvias. A éste, una brizna de nostalgia lo invadió y se vino a su tierra, a Margarita. El ánimo se lo trajo a rastras. Había roto con su novia. Para aliviar el olvido convidó a dos amigos para la compañía en caso de algún colapso emocional y cayera en una depre amorosa.

Era agosto, muchos serían los días de diversión, también propicios para mandar al carajo los pesares y apasionamientos, que tocaron fondo días atrás. Se convirtieron en asiduos bañistas en playas margariteñas, unos tragos comedidos fueron derrumbando los recuerdos que Isidro, para su infortunio, atesoraba de su “jeva”. Pero no todo debía ser alcohol para librarse del yugo romántico, ahora vestido de cursilería sentimentaloides. Debía hallar un antídoto que burlara el acecho de la despiadada pareja.

Un día uno de sus amigos lanzó una frenética propuesta: explorar la zona burdelesca, por allá por Punda, de la vieja Porlamar. Luego de consultar a su jovial murria, Isidro resolvió estar de acuerdo en procurar el deleite de la carne, tal vez era lo que faltaba para relegar sus pendejos sentimientos enamoradizos. El otro masticó la idea, pero no la tragó, aduciendo una previsoría actuación con una contagiada meretriz, que su virilidad se viera afectada por cualquier bicho. Consideró que aquella cruzada era un disparate.

Los otros dos hicieron caso omiso, pero los tres se fueron a Punda, al Bar La Embajada. El proponente no lo pensó dos veces y de una se fue de brazos con una fulana que aguardaba a las puertas del pecaminoso recinto, se perdieron por un sórdido y sombrío pasadizo de atmósfera enrojecida derramada sobre una hilera de cuartuchos de donde brotaban gemidos, obscenidades y rancios olores. Isidro quedó expectante en la mesa como aguzado cazador, acompañado de una caraquita apenas empezada. El otro

pana se quedó en el vehículo. En medio del tumulto apretujado, acompasando sus pies al ritmo de insistentes discos de Los Terrícolas en una rokola recostada a una columna en medio del salón, allí se podía mirar desfilan toda la fauna de hembras nocturnales.

Desde su observatorio Isidro divisó a su “víctima”, acodada en la barra de cemento del cicatero bar, botella en mano se acercó a hacer el “negocio”. Cuando estuvieron de acuerdo con el coste del revolcón, ella le pidió que la tomara por la cintura, la chica dio un traspié que puso en alerta a Isidro, la sospecha de una rasca era cierta. Aun así, ella dirigió la caminata hasta un cuartucho desocupado. Al entrar lo invitó a desnudarse para proceder a la protocolar limpieza de su miembro. Mientras ella se ocupaba de deshacerse de su ropaje, pero antes isidro miró por un espejito con marco de madera colgado justo encima del lavamanos donde estaba ahora, que la chica colocaba los cien bolívares, acordados, debajo de un mantelito plástico con vistosas flores cubriendo una mesita de noche. Una vez terminado el aseo precoital se fue a la cama, ya ella estaba allí. A mitad del acto se quedó dormida, él concluyó lo suyo. Volvió al aseo poscoital, se vistió, levantó el mantelito agarró los cien bolívares y salió en liviandad. Reunidos nuevamente los tres, ambos contaron su experiencia, cuando Isidro finalizó su cuento le dijo el abstemio: *actuaste como un verdadero rufián*.

## **SIETE HOMBRES Y MI DESTINO**

Pasé la semana, ansioso, esperando que terminara, que llegara el domingo. No se me apaciguaba la emoción de verme mirando “Siete hombres y un destino”. La mejor película de vaqueros que se haya realizado, con un reparto así era de esperarse: Yul Brynner, Steve McQueen, Charles Bronson, James Coburn, Harst Buhholz, Robert Vaughn y Brad Dexter, estos eran los buenos. Por si fuera poco, el malo era Eli Wallach, jefe de una banda de malhechores a quien apodaban “Calavera”. Todo sucedió en un pueblecito mexicano en la frontera con Estados Unidos. Estos vengadores de la gente humilde como aquellos recolectores de maíz, abatieron a los cientos de hombre que sembraban desolación. Los siete hombres correrían el mismo destino.

El tráiler promocional durante meses, avivó tanto mi sed de cinéfilo que todos los días camino a la Escuela “Luisa Cáceres de Arismendi”, me aferraba a la vieja reja del Cine la Asunción, de Félix Silva, a contemplar el cartelón pintado por Asdrúbal Gutiérrez. Corrían los años sesenta. Tenía yo ocho años. Leía una sucinta sinopsis una y hasta tres veces para alimentar mi imaginario pelicularo. Una tarde de esa semana, que parecía alargarse a mil años, hice un tanteo con mi mamá para lograrle el realito que era el coste de la entrada vespertina de todos los domingos, ese fue el más deseado domingo de mi temprana infancia. No se negó a la posibilidad monetaria, tal vez había evaluado mi comportamiento disciplinado y ciega obediencia a cualquier diligencia. Para jurungarme me interrogó sobre el sorpresivo interés por siete hombres con el mismo destino. Le expliqué exactamente lo que escribo al inicio. Casi de memoria lo que había leído. Hizo silencio.

Llego el séptimo día. Acomodé mi cama, barrí el amplísimo patio y cada cinco minutos pasaba por la cocina para llamar la atención de mi mamá. Aun así, no había señales del permiso oficial con su debido realito de plata. ¡Coño y la película comienza a las tres! De mi casa se escuchaba

perfectamente la chicharra del timbre anunciando cada media hora hasta que se apagaran las luces y se iniciara la magia. De paso había escogido mi vestuario, una camisita de menudos cuadros comprada a Leónides Reyes por seis bolívaes y un pantalón de caqui que mi papá me trajo de Porlamar, todo estrenado el pasado quince de agosto, estábamos en noviembre.

Todo estaba en el escaparate, todos los días veía la camisa y ella parecía verme como asintiendo estar de acuerdo a la complicidad. Como muchacho no es gente grande, y habiendo logrado el permiso junto con el financiamiento, me puse la camisa escogida hacía una semana, en un descuido salí raudo al cine, había sonado el segundo timbrazo. El punto es que aquella camisa estaba vetada por madre porque había que zurcirle un roto en el lado derecho, pero era mi preferida. Luego de dos horas, con el regocijo embalado en una sonrisa, entré a la casa sin recordar lo de la camisa. Mi mamá al verme fue derecho a una mata de guayaba y trozó una latica, la deshojó y corrió detrás de mí apuntando a mis piernas, a la vez que vociferaba que debí salir así a la calle. Tuve que refugiarme debajo de la cama de mi hermano José Gabriel. Apenas comenzaba mi propia película, yo solo con mi único y propio destino.

## **VENANCIO SON MUCHOS**

Venancio, sin apellido de compañía, le dice a todo el que le pregunta que él nació grande y viejo. No recuerda sus años, su memoria es una laguna sin orillas, además tiene un hoyo donde las huellas de lo andado se ahogan y desaparecen para siempre. Solo sabe que de día hay que caminar las angustias y de noche soñar, porque es cuando vive otra vida. Habita lo que queda de un rancho abandonado de bahareque, un cuarto, junto a un hilo de agua que niega secarse después de su caudaloso auge. La distancia que lo separa del pueblo llamado Los Dolores, es un pasillo de matas de plátano con hojas tristes buscando lamer algo de humedad, del otro costado las costillas flacas de un cañaveral empobrecido, sin ánimo de juntarse como antes.

Venancio sobrevive de hacer mandados y llevar recados, a cambio de una porción de comida, camisa y pantalón. Solo deja de deambular descalzo los domingos cuando sabe que en la iglesia hay mucha gente. Una vez que cada quien agarra por su lado él guarda las alpargatas en un bolsillo de lo que lleva puesto. De lo contrario nunca se acostumbró a no pisar la tierra que no fuera con el cuero de sus plantas. Desconoce el calor femenino, no sabe de arrullos, ni de un beso de llegada o despedida, solo aprendió a llegar e irse, así como sí sabe que es el día y la noche. Habla solo lo que le dicen que escuche, escucha solo lo que le dicen que diga. Lleva y trae de un lado y otro.

Cuando el silencio irrumpe recorriendo las callejas hasta cobijarlas la penumbra, Venancio va a la par con el fajo de rutina a cuestas. Intuye que ya nadie quiere saber de él, entonces camina lento como si fuera el guía de los bostezos del crepúsculo. Íngrimo va dejando a sus espaldas a cada quien con su miseria, maldiciones y venganza. Al llegar a su escondrijo escarba una caja de cartón con su único tesoro, un cabo de vela blanco al que le falta poco para rendirse y una estampita de José Gregorio Hernández, y la coloca encima de una lata de leche condenada al óxido

antiquísimo haciéndole de altar. Se imagina que es alguien bueno y merece ese lugar. La poquitica luz hace brotar de las paredes las mismas sombras de todos los días.

Antes de entregarse a la condena de la noche se persigna con la costumbre de la mano izquierda, porque con la derecha se equivoca. Tendido en un catre mira el cielo a través de una tronera en el techo con pestañas de caña brava, Él dice que ese es su espejo y espera que algún día los luceros bajen para iluminarlo y poder conocer su rostro. De un momento a otro el sueño comienza a hacer lo suyo. Es cuando germinan penas y secretos inconfesables, parecieran difuntos resignados a la clemencia celestial. El perdón trastabilla sin despertarse ni soltar prenda. Como no lo llaman no se despabila. Es como si encontraran en Venancio el deseo de seguir viviendo, pero son tantos que lo alelan. Por eso, unos viven en él de día otros viven en él de noche, pero sigue siendo Venancio el que lleva y trae recados y hace mandados.

## **DICEN EN MOMPOX...**

La selva colombiana permitió, que en su enormidad exista Santa Cruz de Mompox. Está situado a quinientos dieciséis kilómetros de Bogotá, a unas quince horas de Maracaibo. Es un pueblito pintoresco por la sencillez de sus habitantes. Una pulpería, la iglesia, prefectura, el bar cerca del cine donde hasta hace poco cada quien debía llevar su silleta para deleitarse con las películas de Cantinflas y una que otra vaquerita de John Wayne, en blanco y negro. Rodeado por el extenso río Magdalena la dedicación laboral tiene que ver con la madera. El viejo aserradero Santa Cruz es regentado por Mariana Pinzón, mujer dura, recia que espanta a los hombres con tan solo mirarlos a los ojos. Soltera, de unos cuarenta años, conoce cada palmo del pueblo, cada paso de quien va y el viene. Vive con Solange, una niña de nueve años cuyos padres murieron cuando la última crecida del río arrasó llevándose a familias enteras. Ella, Mariana, reconstruyó Santa Cruz y quien pise allí debe ser con su permiso.

Unos kilómetros arriba vive un hombre al que conocen como el Catire, dicen que él mismo no sabe si alguna vez llevó un nombre. Sobrevive en la selva comiendo animales salvajes, por ello lleva en el lado izquierdo de su cara el arañazo de un caimán. Viste con lo que encuentra de los guerrilleros que mueren en el camino cuando van a cualquier parte de la esplendorosa selva, usa un cuchillo que afila a diario a orillas del caño La bruja. Un día se aventuró acercarse a Mompox. Dicen que sería como a las cuatro de la tarde cuando muchos regresan a sus casas a descansar, a lo lejos se dejaba escuchar la sierra gigante que convierte los troncos en tablas para la construcción. Iba pausadito, cuchillo en mano mirando como tigre si alguien lo rondaba. Cada paso de sus desnudos pies lo acercaba al aserradero. Es cuando Solange se despidió de su protectora y agarra por el camino donde está el Catire. Este le tapa la boca con su mano áspera, hedionda a todo, la arrastra hacía unos matorrales. Intentando abusar de ella pero la niña logra escapar y llega a contarle a la jefa que está acompañada de un grupo de hombres fornidos como los

mismos árboles que derriban. Como fieras se lanzan a la caza del verdugo. Lo atrapan justo montado en el bongo y es llevado al aserradero. Mariana se fue con Solange consolando el asustado llanto, al despedirse dejó una orden zumbando en el aire: ya saben lo que tiene que hacer. Cuentan que el Catire desapareció para siempre y que muchas casas de Mompox tienen tablas rojas como si las hubieran teñido.

## AUN

Aún faltan fuerzas para continuar como antes, cuando no existía esta suerte de vaho en el mundo, por eso aún no despierta de ese letargo que aprieta el espíritu, y lo hace incierto en una opacidad densa. Aun la piel se nos encrespa cuando apenas despertamos y olemos, y miramos y nos rozan las angustias del prójimo cercano y el más lejano también. Nos sentimos mal, muy mal cuando no está la cura a nuestro alcance, entonces sentimos el peso de la vida haciéndonos cada vez ausentes del dolor humano, porque es más fuerte el mal que el bien que ansiamos.

Aún pareciera escucharse la algarabía de los niños jugando en las arenas de los mares que van y vienen con castillos de otros lugares. Es como si existiera otro mundo a donde fueron a dar los gritos, gaviotas y alcatraces. Ya no es lo mismo mirar el amanecer o el ocaso, porque los minutos y las horas parecieran perdidos en el último acorde del cuatro entonando una malagueña triste por un amor perdido, así de la nada por culpa de un mal que nadie sabe.

Aún se llora, y miren que, si se llora todos los días, y los ojos viven hinchados de ver que tanto se llora todos los días desde hace más de un año, todos los días por culpa del mismo mal que asola al mundo sin tregua alguna que dar. Dicen que aún falta mucho por llorar, que pocos se salvarán antes que los picos blancos, tan blancos, pierdan su encanto de algodón por teñir en negro por ese luto que se lleva después de tanto llorar, por ese maldito mal.

## QUÉ CAMISÓN TAN BLANCO

Siempre se dijo en Margarita que músicos y cantantes son de La Asunción. Lo cierto es que los asuntinos amamos la música, hombres y mujeres andamos siempre cantando, silbando, tarareando alguna melodía. Hasta hace poco las madrugadas tenían el motivo intrínseco de la música y el galanteo, las asuntinas dormían pendientes del acorde de una guitarra a altas horas, dejando escurrir una melódica poesía hecha canción. Las calles lucían presentables tal cual fuera un escenario para un espectacular recital. Una serenata dejaba desnudo al pretendiente de la muchacha, si éste no cantaba se colocaba al lado del dueño de la voz con algún instrumento, por lo general unas diminutas maracas acompañando el bolero declaratorio del amor que se sentía por ella. Una rosa pintada de azul, era motivo infaltable en el sublime repertorio. Las vecinas dormían plácidas esperando algún día la propuesta amorosa a través de la música.

Un particular recuerdo tengo yo con la musicalidad asuntina. Siendo un niño escuché a mi madre cantar: “qué camisón tan blanco, tan blanco tan blanco”, extrañado por tan sincopado ritmo le pregunté el origen de aquellas notas que repetía una y otra vez. Recuerdo que era domingo, ya les diré por qué. Entonces me dijo espera que toquen segundo para misa y sabrás y te aprenderás esta melodía que jamás olvidarás porque en una iglesia siempre habrá campanas, y cuando estas llamen a misa recordarás este día.

Así lo hice, esperar. Arrimé a la enramada una silleta cerca de la cocina, tenía de frente, por encima de una mata de catuche, el campanario de la iglesia. Era la tarde de ese domingo, a las cinco y media observé la figura enflaquecida de Fidel, el campanero, tomar las cabuyas del badajo entre sus manos y comenzar una danza en justa consonancia con el sonido desprendido de la copa del bronce remoto, tomada con la fuerza hercúlea del jubo. A las seis era el último llamado y comenzaba la misa. Siempre los domingos.

Ahí estaba de nuevo mi mamá: “qué camisón tan blanco, tan blanco tan blanco”, entonces me dijo, “oye las campanas y canta al ritmo de ellas”, tenía razón. Además, la ciudad adquiría un semblante enmarcado de fe, ese patrimonio que llevamos y que Dios nos lo bendice a diario. Nunca más se me olvidó aquella letra, aprendida por sus abuelos quienes la transmitieron a todas las generaciones siguientes. Luego vinieron los cantos enseñados por el padre Agustín con un órgano de tubos que solo él tocaba, de esta manera mi generación se ató al sentimiento musical de La Asunción.

Cuando comenzaron nuestras andanzas en las plazas de Bolívar y Luisa Cáceres se inició la cultura musical propiamente dicha con las interpretaciones de la Banda “Francisco Esteban Gómez”, teniendo como director al maestro Augusto Fermín. También teníamos, y aún tenemos, los paseos de música para celebrar el santoral que reconoce la Santa Iglesia Católica. De allí vienen nuestros músicos de antes. Los de ahora, nuestros hijos, vienen del Sistema de Orquesta Juvenil e Infantil que es ejemplo mundial.

Dedico este sencillo texto todos los músicos asuntinos que se han ido y a los que todavía nos deleitan tan llenos de talento musical margariteño. Los recordamos cada vez que unas campanas repiquen en la iglesia más lejana.

## CORTO METRAJE

¡Me gusta que huelas a puta!

Aquellas palabras conmovieron la humanidad de Carol. Un temblor la recorrió de la cabeza a los pies. Jamás, hombre alguno había sido tan sincero con ella. Por un instante se sintió realmente como una puta, luego se dio cuenta que se sentía bien siendo una puta. Nada respondió a la mole de carne que tenía encima jamaqueándola con un vigor bestial, haciéndole fruncir el entrecejo y abrir la boca de puro placer. Creyó tener en su vagina un dragón escupiendo candela. Fantaseó con un volcán en plena erupción, con su lava recorriendo su cuerpo por dentro. Cesaron los jadeos, le gustó tanto acabar que sintió que su alma buscaba refugio antes de desfallecer, humanamente estaba sin aliento. Sin mirar a los ojos, a quien dominó su vergüenza. Se quedó dormida, en la más absoluta liviandad, después de sobrevivir a aquellos instintos demoliendo sus muslos. La posesión le pareció un siglo debajo de aquel hombre que la hizo sentir agradablemente una puta. Le apeteció que la boca de aquel extraño la recorriera toda hasta hurgar su más profunda y húmeda gruta queriendo ser explorada.

Encogió las piernas, resguardó entre ellas sus brazos extenuados. Se sentía arrollada por una locomotora vertiginosa que nunca se detuvo en su arremetida sobre los rieles que la llevaron hasta un final intenso, sin ninguna estación donde desocupar las codicias y renovar los bríos que igualmente se hacían añicos. La ventana de la habitación estaba abierta, dejando escapar el fogaje y quejidos y lamentos. Las aspas ruinosas de un destartalado ventilador en el techo giraban a intermitente velocidad. Esparcía el rancio perfume de unas rosas sumergidas en una jarra plástica, transparente, con agua amarillenta, donde zigzagueaban larvas entre tallos gangrenados, faltos de atención.

Desnuda fue al baño. Atravesando el cuarto, dio una palmada al mal sintonizado radio, instalado sobre una mugrienta y gastada consola de

fórmica, quedó mudo más bien, en vez de pronunciar voces coincidentes para acompañarla. A un lado, una estampita de María Lionza. Al otro, un vaso de vidrio empañado de innumerables huellas de manos y bocas, luciendo en el fondo una cucaracha tiesa patas arriba. Meó sin sentarse en el retrete rosa con agua marrón, poca, pero marrón al fin. Había una ponchera blanca de peltre con hojitas verdes pintadas en todo el borde, con otro poco de agua, antes, quién sabe cuándo, fue más cristalina. Como pudo estiró sus arrugas mirándose en el fondo del recipiente que guardaba tantos secretos, el agua mate sirvió para humedecer un tanto más su intimidad. No tuvo con que secarse la pepita que aún le ardía.

La moribunda luz del crepúsculo mordió sus ojos. Al dejar la pieza, caminó por un largo pasillo fingiendo buscar las llaves del vehículo en el bolso, solo por llevar la cabeza gacha. Esa acción ponía en evidencia el temor a ser vista en ese paupérrimo antro escogido como refugio a sus cogederas. Unas gafas oscuras la protegían de otras miradas que también llevaban gafas oscuras. Respiró profundo detrás del volante. Miró por el retrovisor, a la vez que emprendía su fugaz partida, dejando atrás el último hálito de su ofuscamiento. Desapareció en el asfalto que comenzaba a reposar la ardentía. Cuidadosamente el pertinaz vientillo fue desabozando todo indicio de su presencia. No quedaron huellas de su hermo세ada figura en el chamizo, donde van las muñecas a desteñirse y declararse apreciadas sin vacilación, porque al estar allí corren desinhibidas con el riesgo del olvido de los hombres.

En el confort de su hogar el agua tibia, no lograba relajarla como realmente quería, sintiendo convertirse el cansancio en deseo por resucitar al brioso tipo rudo que copiosamente hartó su hambre y sed de sexo. Se acariciaba los erguidos pezones.

En la cena con su esposo, por debajo de la mesa, estrujaba el bulto de la bragueta. Un succulento beso de lengua trasegaba jugosas morderuras, aromadas de finas especies. Luego él, delicado, escrupuloso, abrió la sedosa bata, ella musitó estar lista para la entrega. Él la penetró,

apasionado, sin querer perderse nada como querellante de aquella consumación. Siguiendo el rastro a los olores expedidos por la presa febril, susurraba a sus oídos una frase que se desvanecía: ¡olerte me recuerda los viajes a París!

## **EL MUNDO HUYE**

Los registros de un éxodo universal son alarmantes. El paisaje terráqueo se distingue abrupto, por caravanas humanas atravesando líneas divisorias que son borradas por el ímpetu. Son los surcos que demarcan territorios vueltos hostiles, muy sensibles a la respiración fatigada de caminantes confusos, vulnerables e indefensos. Sus ropas de sudor trashumante extrañan el suelo originario de naturaleza real, muy desprendida del espectáculo lúdico que extraña lo honesto y el propósito de convivencia celebrado sin sonrojo.

Día a día nos hemos convertido en mensajeros de inmutables adioses, soportados por una postura férrea que contiene el llanto para prodigar la esperanza, así como la misma que prodigamos a los ríos, a los mares y hasta el mismo viento porque siempre están de vuelta. Pero los amaneceres copiosos de incertidumbres, enloqueciendo el destino de cada quien sintiéndose opacado en su ánimo, aunque avivado su furor guerrero. Respiran los montes, las garúas, el peligro, el frío y la candela, pero cobijan a los suyos de la ceniza, y ardores de la fiebre, en fin, del estallido de las desgracias.

Para no dar más vueltas al sin remedio, hagamos un ejercicio de imaginación y miremos el mundo dentro de diez, quince o veinte años después de nosotros, quienes tengan tiempo asistirán a un mundo totalmente diferente, las lenguas mezcladas darán paso a una configuración del lenguaje, habrá nuevos dialectos, las facciones de los rostros cambiarán de tal manera que nos será imposible adivinar su verdadero principio, se entrecruzarán los genes para ensayar el nacimiento de nuevas razas. Alguien dirá, algún día, ser testigo de un mundo nuevo, pero es seguro que habrá los mismos males: hambruna, codicia, maldad, pestes, pandemias y guerras.

## **LA ASUNCIÓN ES ARACATACA**

“Vivir para contarla”, son las memorias de Gabriel García Márquez, Gabito. Abrir el libro es conocer su cuerpo por dentro. Por ello estoy de vuelta con esa lectura. Esta vez la nostalgia ejerciendo su dominio sobre el entusiasmo que me abrazó la primera que me interné en sus íntimas raíces. Fue como tenerlo sentado en una mecedora enfrente de mí, bajo un almendrón de los que crecen en La Asunción. Todavía hoy es exactamente igual esa sensación. Aunque yo más viejo. Encontrarse de nuevo con tantos personajes es llegar a la misma casa luego de un largo viaje de cien años. Todos siguen iguales, entera humanidad, las mismas costumbres, sus penas y sinsabores. Aracataca con el mismo bochorno, donde vivir tiene forma de cuento.

Desde la primera vez supe que antes nuestra frontera no nos era diferente. Como un patio se abría para los de aquí y los de allá. Así lo cuenta Gabo, la costumbre de la música dormía en los horcones del vallenato y la cumbia. El arpa y cuatro llaneros vestían de liquilique, el baile apartaba cualquier amargura, las mariposas seguían siendo amarillas allá y aquí. Entonces me llamó la atención de los venezolanos que tuvieron el privilegio de quedar para siempre en la memoria de Gabriel y fueran contados muchos años más tarde. Uno de los seres que me hizo acucioso para trenzar este relato fue Juana de Freites, quien encendió en los muchachitos de entonces las sienes entusiastas por la oralidad. Fue un campo fértil para que el universo marquiano fuese realmente mágico. Nos parecemos tanto, los pueblos de esta América, que La Asunción es referente de los halagos imaginarios alumbrados por el cerillo de las primeras letras. La conjugación perfecta de los saberes es, y sigue siendo, aprender para contar escribiendo o hablando.

Los asuntinos, al menos los de mi generación, aprendimos las primeras letras en casa de Anita Ortega, Teodora Suniaga, Pepa Villarroel, Santiago Salazar, Josefina Salazar o Pepa Urresta, en la

cartilla de cartón que nos facilitaba Beltrán Brito, quien trabajaba en la Imprenta del Estado, ubicada en el actual Palacio Legislativo. Era tamaño carta gris con letras negras, contenía igualmente al final del abecedario la hilera de números del 0 al 10. Cuando cumplíamos con la recitación formal de las letrillas, venía la recompensa: los cuentos de los duendes, el muerto sin cabeza que salía en el callejón de Franzo Aguilera, o el jinete que bajaba por Cantarrana desde el castillo arrastrando unas pesadas cadenas. De adolescentes comprendimos que solo se trataba de una coartada para hacernos dormir temprano. Todavía hoy no nos cansamos de contarlo a nuestros hijos, la diferencia es que la televisión persuadió ese intento de hacerlos dormir a la misma hora de aquellos días.

Cuando caminamos las calles del libro nos damos cuenta de la constelación de similitudes que son celebraciones a dos pueblos unidos por el colorido y contentura representados en las faldas de nuestras mujeres y la parranda de los hombres que adoran la esquina donde cosen y descosen la jactancia de beber hasta en soledad, hasta después de cien años.

## LLUVIA EN UNA NOCHE INFINITA

Donde está hoy el cementerio de La Asunción, también lo estuvo antes. Sin lápidas, sin nombres, sin fechas. Solo eran promontorios de tierra cubriendo el cuerpo de los muertos, que los animales deshacían hasta perderse cualquier signo de enterramiento. Una cruz de yaque era el enganche con la eternidad. El domingo 15 de junio de 1890 no amaneció en La asunción. La noche siguió de largo como si le hubieran vendado los ojos al sol. Todos salieron de sus casas porque las horas parecieron infinitas, el miedo estaba plasmado en una mudez atónita. Nadie azuzaba una premoción temeraria, porque a veces los temores se convierten en realidad. La única persona en contentarse de tan lánguida noche fue Brígida Ogarte, la razón fue que su flor, bella de noche, se mantenía abierta en su máximo esplendor, su perfume impregnando el arrebato entusiasta. Ella daba gracias a las ánimas del purgatorio.

Los gallos y gallinas estaban a punto de estallar de aburrimiento por el largo tiempo de estar encaramadas en las matas, padeciendo la ausencia del oleaje solar. Las agujas del reloj de la catedral continuaron su andanza con sutil indiferencia. No había luna nueva, ni luna llena, ninguna luna clavada en aquel espectro mitológico. No fue suficiente la inquietud desparramada en las fatigadas ojeras, sino que, en lo sucesivo, el desgaste emocional haría mella sintiendo desgranarse su humanidad. El destello de un relámpago atravesó los parpados herméticos, así supieron que junto al trueno caería la maldición. Fue una pesadilla colectiva. Como un tropel de caballos al galope, montados por el naufragio hacia la nada, un trueno sacudió las caras mustias como pañuelos mensajeros. Por si servía de algo, se abrazaron todos. Todos escuchaban sus corazones irisados. Si llovía era un milagro después de ocho años, pero la tierra no despedía su aroma de canto mojado. Cuando el sueño quiso fundirlos nuevamente, llovió. Lo que llovió fueron huesos.

Las calaveras se despedazaban, los dientes se desgajaban de las mandíbulas buscando enterrarse, los dedos lucían aros de oro, los pechos

medallones con piedras preciosas, algunas manos se buscaban y entrelazaban al encontrarse. Fue un breve delirio, aunque bastó para que alguien gritara: ¡vamos al cementerio, vamos al cementerio! Cuando llegaron todas las fosas estaban descubiertas, vacías, el descanso, por alguna razón, se había interrumpido. Entonces comenzaron a recoger toda la osamenta y colocarla otra vez en sus sepulturas. Los curas y monjas no dieron tregua a los responsos, a las misas continuas, a las plegarias para que de nuevo fueran acogidos sus seres queridos en el reino de Dios. Toda el agua fue bendecida y humedecidos los hoyos para impedir de nuevo el escape exánime. Amaneció treinta días después. Aquella flor perdió su encanto.

## **CUANDO LA AUSENCIA GOLPEA**

Atrás quedan los días de abrazos y saludos efusivos, los apretones de mano, la sonrisa de los niños corriendo por todo el bulevar. La Asunción se vistió de fiesta como siempre, como todos los años en los días santos.

Cada procesión dejó un rastro de fe en los fieles asiduos a su recorrido emblemático de acompañar al hijo de Dios en cada paso, en cada crepitar del redoblante marcando el camino de la crucifixión, lento el andar, rostro tranquilo, el pueblo con sus manos juntas pronunció un Avemaría, muchas Avemaría. Los cargadores como gladiadores incansables se alimentaron del soplo de los faldones tocando su frente como retribución al peso de la muerte por nosotros.

Apenas transcurren los días de pascuas las flores van perdiendo sus efluvios sagrados, también se alistan a desaparecer para siempre dejando la Catedral en un resuello frágil, con apenas el brillo que viene de la plaza y de la calle. La cuaresma asoma su fin por entre la costumbre de la ausencia de los amigos que regresan a sus casas, el adiós de la muchacha que nos cautivó con su belleza, el hasta luego de la antigua novia y un te quiero apretado entre los labios lo hace relucir cauto. Cuando nos damos cuenta estamos nutridos de nostalgia, avivados por un extraño desprendimiento que no podemos explicar porque sería contar un secreto, por eso lo guardamos para sí. Esa ausencia nos golpea.

Luego del domingo de resurrección la vida sigue como si nada. Cada quien vuelve a su modo de vivir la Ciudad, sentimos que valió la pena esa exaltación al Creador, la señal de la cruz empuñando la palma real que nos acompañará todos los días siguientes detrás de la puerta, pero siempre mirando el campanario como señal de existencia de la oración vigilante de la danza de las tardes, acurrucada en los copos de los robles como conquistadores de llantos y risas.

En las calles vuelve a escribirse los olores y sabores venidos de las casas de adobe pretérito, donde habitan las costumbres amanecidas sin el deslumbramiento del miedo porque los caminos están adornados de sencillez, y eso somos los asuntinos; calmos a menos que la tormenta arrecie su cabellera.

Despedimos los días de cuaresma con el abrazo a las nuevas horas de llovizna, las de mayo, para regar los fondos para las nuevas flores a nuestra Santa Patrona.

## LO BLANCO VUELTO ROJO

Han pasado treinta y seis años, y aun cuando se miran las calles pareciera que los cuerpos sin vida siguen ahí, tendidos a la noche, al día, con un charco de sangre a un costado. Al paso del tiempo se va distanciando en el almanaque aquel lunes 27 de febrero de 1989, pero en la memoria se aviva en cada venezolano la crónica contemporánea más dolida. Fue cuando los cerros caraqueños decidieron mudarse por un rato a la urbe. Nunca se imaginaron, quienes lo habitaban, que serían protagonistas de la historia que siguió el rastro de los caídos a causa de las balas de la República. Una masacre signada por un poder resquebrajado por designios del FMI, y un presidente flanqueado por múltiples presiones que lo tornaron frágil. Un reto al que depuso su propia razón política.

Ese lunes a las diez de la mañana presto yo a cruzar los islotes arbolados del estacionamiento de la biblioteca central de UCV, el edificio rojo como le decían por aquellos días, rumbo a tomar el colectivo más usado en la Caracas de entonces: el autobús San Ruperto, ya que por extrañas razones una atmósfera de tensa calma se apoderó de aulas y pasillos de la máxima casa de estudios. Decidí irme al centro de la ciudad. Allí en ese amplísimo aparcadero me topé con mi amigo Roberto Ruiz, quien en años siguientes se convirtió en mi compadre de sacramento, y me dijo abriendo, abriendo la puerta del chofer, de su carrito Zephir amarillo: ¡no hay clases! Él culminaba sus estudios de Odontología y estaba parapetando un local cerca de su casa en Los Rosales que sería su clínica privada. No supo darme más razones de la ausencia estudiantil. “*Acompáñame a Catia a comprar cerámica*”, me solicitó. Enfilamos por la avenida Victoria hacia Roca Tarpeya. Por el canal contrario no pasaba carro, en las aceras de ambos lados mucha gente a pie. Encendí el radio que habitualmente, Roberto, como músico y también director de coros lo tenía sintonizado en Radio Nacional. Busque algún noticiero. y ya hablaban de la propagación de los desórdenes que comenzaron en Guarenas muy temprano en la mañana. Algo está pasando, sentenció Roberto.

Cuando giramos a la derecha para enrumbar hacia El Helicoide vimos un centenar de motos y patrullas que venían en manada por la avenida Nueva Granada, con las luces encendidas, parecía un reguero de candela a pleno sol. Roberto se vio obligado a saltar la isla, y nos adelantamos para adentrarnos por el Cementerio hasta llegar a Los Rosales, subimos al bloque # 6 donde él vivía. Nos recibió Nicha, su mamá, quien con voz de mando acotó “*muchachos me hacen el favor y no salgan que Caracas está encendida*”. Los canales de televisión daban cuenta de manifestaciones por todas partes, en el barrio La Cruz que colinda con El Valle se notaban densas columnas de humo. Cuando cayó la noche los saqueos eran inminentes, el negocio de los chinos, una carnicería, una venta de lotería y un abastico que surtía a los vecinos no tardaron en ser víctimas del pillaje. Un curioso personaje, Julio Quintana, que vestía de blanco, por creencias espirituales, todos los lunes, fue apresado por tres guardias nacionales. Nosotros, desde la ventana de una de las habitaciones que daba justo a la calle, escoltamos al grupo hasta que la esquina del pequeño edificio truncó el seguimiento al celaje níveo, segundos más tarde se escuchó una retahíla de tiros. Al día siguiente con ojos entumecidos vimos trazos húmedos de un rojo espeso repitiéndose en la calle, en las aceras. Muchas cosas quedaron colgadas a la imaginación, sobre todo la tiñes del traje de Quintana. Caracas amaneció colmada de muerte ese día.

## HASTA QUE TUVE MIEDO

Una tarde, por obra y gracia mi propia humanidad, permitió que un pequeño bulto se asomara en el costado bajo de mi abdomen, justo en el derecho, pa más ñapa un viernes: se encendieron las alarmas. Isabel y yo hicimos toda clase de conjeturas: que si esto que si aquello, total que no hubo acierto. Había comenzado el suplicio. Cuando me acostaba desaparecía, me levantaba y ahí estaba de nuevo. Arrancó la semana, había que tomar una decisión. Llamé a Leiva, médico asuntino para los asuntinos. *“Ven en seguida al consultorio”*, me apuró. Allí desveló el misterio.

*-Tienes una hernia inguinal.*

*-Qué puedo tomar, panita.*

*-Nada, tienes que operarte.*

*-Panita y si uso una faja.*

*-Nada, tienes que operarte.*

*-Coño!!! me dije.*

*“Y te recomiendo que vayas al hospital militar y hables con Beltrán Fermín, mira que viene diciembre y se va de vacaciones”.*

Dije okey con un dejo a derrota. Pero antes de salir escuché de nuevo su voz al final del túnel. *“Tranquilo eso es una pendejada, no dura ni media hora, casi que no botas sangre y te duermen de la cintura para abajo”.* Respiré profundo y esboqué una sonrisa, de pana y todo. Al día siguiente llamé a Beltrán y con mucha seguridad le dije todo lo sucedido antes y después. Anda mañana temprano al hospital que quiero evaluarte. A las

siete de la mañana hice acto de presencia y en efecto Beltrán tomó el pulso de mi dramática situación, Beltrán también es doctor asuntino para los asuntinos. Te opero el martes once de diciembre en la mañanita.

*-Beltrán eso es rápido. Pregunté.*

*-Es posible.*

*Qué vaina!!!* Al llegar a mi casa me puse en modo estrés. Y comienza mi cabeza a sospechar situaciones, recordar tantos casos que uno ha escuchado. Apareció el peo de la luz, dígame si se va cuando esté allá adentro, dígame si la anestesia está vencida o una enfermera comete un acto de locura y la agarra conmigo, si hay un golpe y los militares ordenan desalojar el hospital y yo ahí acostado medio dormido, o si se equivocan y me operan de otra vaina, sudé frío no pocas veces, hasta que tuve miedo. Conciliar el sueño ya era un milagro. Entre otras evaluaciones y exámenes llegó el día martes, Isabel, Faride y Juan José quedaron afuera, ese hasta luego me desgarró las vísceras. En la antesala al quirófano hacía un frío glacial. Recordé el frasco de alcolado pingüino donde está un esquimal montado en un iceberg. La vestimenta azul pálido y aquel gorrito y forros para los pies me hacían parecer un huerfanito en el Antártida. Pasó uno y otro y otro paciente, y yo temblaba sin parar, por el frío y el pánico. Una joven enfermera encendió una computadora y quizás al ver mi estado de angustia me preguntó: *quiere escuchar un vallenato, no tienes una margariteña*, le respondí con mis mandíbulas tembleques. Un enfermero me puso una cobija, pero me sentenció: *no te acostumbres al calorcito que ya te van a echar cuchillo*. Ya tenía ganas de salir corriendo, que se fuera la luz, que se alzaran los militares, que a alguien le diera la loquera, pero que va, enseguida me dijeron su turno. Cuando estaba acostado en la mesa de operaciones les dije, acuérdense que es el lado derecho. De seguidas una anestesista se apareció con una aguja tan delgada como el filo de la nada e infinitamente larga, contó unas vertebras en la columna y allí descargó la solución que marcó el principio del fin de una molestia pérfida.

## **LA CHICA DEL BALCÓN**

Acodándose en la barandilla de hierro pintado de blanco, en el tercer piso de un edificio de ocho plantas, muy temprano, una chica joven, muy joven diría yo, toma su primer café del día, supongo que es el primero, para darle los buenos día a la ciudad, por lo menos brinda esa impresión. Luego de un rato largo desaparece hasta el día siguiente.

Mientras dura su permanencia en aquel espacio mínimo ella sonríe y atina con las primeras claridades que asoman por el vasto horizonte, pareciera que el día tuviera dos amaneceres. Aun en las horas de invierno ella luce radiante, dejándose cubrir por tan solo lo necesario, el hilillo de humo que escapa del café recién hecho transparenta la vigilia, moldea la ternura de sus labios pulposos, frescos y rosáceos.

El viento sereno acaricia su tez de fragancia frutal, la muestra abstraída, ausente de los ruidos empalagosos de la ciudad, ciudad que se rinde todos los días a su hermosura toda. Sus manos delgadas y largos dedos rodean siempre la misma taza de café con mucha seguridad, sus uñas muy al natural dejan ver su cuido imaculado. Al avanzar las horas su esbeltez se va esfumando, pero al día siguiente estará allí de nuevo, ella es el culto a la perfección.

## **LA HENDIJA EN EL MAR**

Su paso es lento, despacio, muy despacio. El sol, que nunca se movió detrás de él, alargaba su figura haciéndola parecer una hendidura en el mar sereno, tranquilo. Camina, pero no acorta el camino. Todos impávidos, esperan ver pasar al peregrino para saberlo de cuerpo y alma. El muelle antiguo a merced del salitre ahoga sus carnes y huesos por la costumbre de amar, de amar al mar, aun en sus costados guarda las raspaduras amorosas de barcos que venciendo distancias desde el continente, nos trajeron la bulla de las desgracias, pero también el brillo de la abundancia.

Ese día, como nunca, el candelero del alba nació por el norte, nubes violetas desafiaron la vista de los alcatraces deteniendo el vuelo en la altura, los peces vagaron adormilados, ahítos de comer estrellas arrancadas del firmamento por la desilusión de un día raro, tranquilo, como la misma mar. Aquel tiempo desconocido, segado de horas imprecisas, jugaba al hechizo con cartas marcadas por el destino incierto de una iglesia mirando al frente laderas sembradas de fierros que escupen truenos. Es la iglesia vieja, la del viejo, que un día llegó por una hendidura en el mar y después no quiso irse. Allí está protegiendo con el milagro las gentes de donde vengan, honrado su nombre, lo celebramos.

## LOS JOROBADOS DE NUESTRA SEÑORA

En silencio, como el propio silencio que ha envuelto a La Asunción desde sus inicios, cuando las noches eran azules y la blancura en el copo del Matasiete semejava un manto de mañana tierna e impoluta. En ese silencio destacaba la raspadura que causaban las hojas de palma sobre el resto de las hojas y basura cualquiera en la piel del cemento, todavía emulan, pues, un carraspeo en la garganta de las madrugadas, que despiertan a las primeras horas del alba. Todos los días.

El trabajo de los barredores o barrenderos, son los madrugadores del mundo, de un mundo quedado atrás de los avances en materia de maquillar las ciudades, sus calles, sus callejones muy oscuros porque las bombillas inútiles se vuelven cómplices de la dura faena de perseguir una basurita con las vainas deshechas de la hoja de palma. Se conjugan con algunas implicaciones como, por ejemplo, la lluvia, que desbarata los arreglos de hojas para regarlas nuevamente perdiéndose el trabajo engorroso, los dolores en las coyunturas de las muñecas por ese vaivén que desgarran las rugosas superficies.

Estos hombres, y ahora se le suman mujeres, a esta jornada masculina por su naturaleza, luego comienzan a sufrir de un lumbago perenne, su espalda le punza profundamente y solo con doblarse logra aliviar la dolencia, pero paso a paso le va apareciendo una joroba. Así tenemos a muchos hombres marcados por una digna curvatura producto de un digno trabajo. Pero esto pareciera no importarle a nadie que haya llegado a tomar decisiones sobre la salud de la gente de esta ciudad, con una generación de hombre y mujeres que se van doblando y sus ojos se van acercando a la tierra, que como paradoja pensarán: *jespérame, que a mi paso estaré contigo pronto!*

La sed de trabajo va ganando adeptos y de esta manera los muchachos y muchachas barrenderos o barredores se harán viejos pronto,

sin la esperanza de erguirse para mirar el rostro de Nuestra Señora de La Asunción cuando pase en procesión, y a alguien se le ocurrirá nombrarlos: “los jorobados de Nuestra Señora”.

## **CUANDO DESCUBRÍ EL NIÑO JESÚS**

A todos los padres les sucede. En todo el mundo les sucede. Cuando descubrimos que el niño Jesús no es quien carga con los regalos de navidad. A quienes ya somos padres nos asalta la idea de cómo decirles a nuestros hijos que el niño Jesús somos todos los padres. A mí nunca me lo dijeron, yo lo descubrí.

Jugaba yo en el patio de mi casa, como siempre, no tener hermanos menores a uno le permite inventarse compañeros. Los míos eran viejos listones de madera que mi papá arrumaba en la enramada donde tenía su carpintería. También tenía carritos fabricados por los chinos con el latón de las latas de sardinas o de leche en polvo, El Faro, leche Klim o Reina del Campo. Contados soldados de plástico, y caballos y vaqueros del mismo material, el desgaste de los diminutos héroes era evidente. Las armas largas de mi improvisado ejército ya no tenían cañón, algunos vaqueros, por los duros enfrentamientos con bandos malvados, tenían amputado algunos de sus miembros, aun así, los atesoraba, eran mis mejores amigos.

Sucede que en la tarde de un 24 de diciembre sorprendí a mí hermana Maruja mostrándole a mi mamá lo que yo le había encargado al Niño Jesús en un maltrecho papelito que coloqué debajo de una enclenque rama seca de guayacán, adornada, para hacer las veces de árbol de navidad, con mi torpe escritura puse: una pistola y una bolsa de soldaditos. Esta mercancía estaba disponible en la inmensa vitrina que tenía Jesús Subero en su heladería, zapatería y juguetería ¡ah! Y un bar con rockola incluida. El Güire, queda exactamente a una cuadra de mi casa. Todavía existe el edificio de dos plantas frente a la plaza de Bolívar en La Asunción, solo que ahora está habitado de tienditas. No supe qué hacer ante mi descubrimiento, ya no había excusa, el Niño Jesús de mi casa era mi mamá y mis hermanas. Al investigar sobre el arma, cuando escribía esta crónica, supe que se trataba de una Parabellum-Pistole, también conocida como una Luger de fabricación alemana, muy popular durante la Primera y Segunda guerra mundiales.

Nadie dijo nada, ni ellas ni yo, solo que ese día me acosté mucho más temprano que de costumbre. Mirar bajo la cama las primeras horas del 25 había perdido su encantamiento, sin embargo, ese día lo recuerdo muy bien porque fue el último regalo que recibí en su nombre. El resto del año sirvió para asimilar el hecho de que no hay Niño Jesús. Actualmente los chamos se enteran porque siempre alguien se lo dice, son más abiertos a pregonar lo que para nosotros era un misterio insondable, porque la imaginación irrumpía para sembrarnos de ansiedad. Ahora nos queda la satisfacción de ver la cara de los hijos mostrando desde muy temprano los regalos descritos en la cartita debajo del arbolito, ya no de ramas secas.

A estas alturas nos queda pues pedirle al Niño Jesús la mayor de las consideraciones para con el mundo entero, una noche buena en familia, juntos en el solo deseo de tener paz, salud y un proyecto de vida sin mezquindad.

## **POR LOS SUEÑOS DE ARCADIA**

Arcadia, la ciudad que no existe. Pero aun en su invención sufre una terrible realidad, sufre como toda ciudad verdaderamente real. En Arcadia nada es distinto, los embates de la vida moderna la atosigan sin brindarle escapatoria posible, y es que ante el acoso de tanta negligencia de tantos que la han gobernado y que aún gobiernan se desviven en promesas que al final de cuentas no cumplen y con el tiempo el viento las desmenuza, queda entonces la urbe en modo fantasmal.

Las calles rotas de Arcadia son la maldición perenne, una suerte de epidemia sin sanación posible, la falta de una vacuna de querencia ha originado una desidia formidable, recurrente, sobreviviendo en una absoluta oscuridad donde lo inesperado y sobrevenido a cualquier habitante es inminente, es una ciudad que llora en silencio. En tiempos electorales, Arcadia es blanco de un centenar de promesas por quienes la pretenden para el saqueo de sus arcas exiguas. Mientras, sus vecinos ruegan por alguien honesto que vele por sus sueños.

## **POR RAZONES...**

Por razones que no vienen al caso, Diego Román se fue a vivir a la intrincada vegetación de la montaña de El Copey, lo acompañaba su hijo Matías de apenas trece años de edad. Su mujer, la madre de Matías se quedó viviendo en el Mamey, en pleno centro de la ciudad de La Asunción, corrían los días del año mil seiscientos. Matías heredó de su padre el cuidado de los patios del Convento de San Francisco, el de adentro y los de afuera, incluido el pequeño huerto donde los frailes cosechaban las pocas verduras y legumbres que consumían. Por la cercanía del convento con El Mamey, Matías visitaba a Florencia, su madre, casi a diario, ella, por razones que no vienen al caso, había jurado no volver a pisar nunca más aquel sagrado recinto.

De tal manera que el muchacho se sentía unido, muy unido a sus padres, a pesar de la ruptura, que por razones que no vienen al caso, abrió una enorme grieta, tanto en lo personal como en lo espiritual en una ciudad marcada por la señal de la cruz y la oración perpetua. Cuando Matías estaba por cumplir los quince años, fue sorprendido por Antonio Silba, sacerdote Mayor del Convento al comunicarle que las autoridades de la Orden Franciscana y la Cofradía del Santo Sepulcro le concederían la proclama de Fraile Auxiliar de la congregación conventual. Pero, insistió el Sacerdote Mayor, debía formalizar la unión matrimonial de sus padres, y la entrega absoluta a la fe de Cristo y claro está, afianzar su devoción a San Francisco de Asís. Antes de entrar en un período de reflexión y meditación como acto previo al acontecimiento previsto, habló toda una tarde con sus padres enfrente del altar mayor de la iglesia del convento, ante la imagen de San Francisco. Florencia a regañadientes aceptó que fuera ese lugar, a pesar de las razones que no vienen al caso. Matías escogió para la ceremonia el día 24 de enero, también día de su cumpleaños. Los días antes fue un corricorri de toda la comunidad volcada a los arreglos de la fiesta religiosa. La madrugada del 24 de enero de 1677 toda La Asunción olía a humo, lo que alertó a todos los habitantes que

intempestivamente salieron a las polvorientas calles iluminadas por un gran incendio que generaba el Convento de San Francisco, era el escenario del más grande saqueo conocido en esta isla. Toda La Asunción sufrió la invasión, por tres días seguidos, del conde Charles de Maitenon, un pirata que sembró el terror en todo el Caribe y que había arribado a Margarita por el puerto de Pampatar con once naos de guerra con el odio y la muerte plasmados en su mascarón de proa. Pasadas las horas de horror Matías debió officiar un centenar de sepelios en el cementerio de entonces ubicado en el sector conocido como el Sitio del Blanco, muy cerca del convento, donde también estarían para siempre sus padres. Pasados los siglos hay quienes dicen haber visto en la alta madrugada, a un hombre y una mujer tomados de la mano caminando hacia la intrincada vegetación de la montaña de El Copey, acompañados de un joven vistiendo sotana.

## COMO AL FINAL DE UNA GUERRA

Dos siluetas, un hombre y una mujer. Tomados de la mano recorren las entrañas profundas de la noche. Una conversación inaudible sirve de artimaña para encubrir el miedo que lentamente se ofrece como una neblinilla que se hace adulta, ocultando la largura de la vía. Sus aceras siguiéndola con unos capullos marchitos, vagando incómodos por las ranuras del concreto vulgar. Los correaes de hierro masticaron las migajas del suelo.

Dos ojos, extraños, despabilados, picotean sus espaldas desde que floreció la marcha final por esa calle sembrada de palomitas huesudas, coronadas de bruma horrorosa y desesperante. Humeaba el olor de la última comida del día cuando de pronto desapareció, junto al zumo del vino que acompañó los bocados tibios de alas dulces trozadas por metrallas con mandíbulas hablachentas por descubrir la hora de la despedida. El éxtasis lloró sobre el lomo negro del gabán felpudo salpicado de tulipanes. Son las doce de la noche. La pareja avanza sin parpadear, porque sus pestañas yacen congeladas de miedo y frío.

Dos gritos los distancia de la mirada filosa que los escruta. Resollando en la inmundicia del alcohol con sus venas hinchadas, vomitando arañas atardecidas, lamiendo los pasos de siluetas breves. El fin los consumió con una frenética sonrisa, ansiosa, chiflada. La senda llegó al caos uniéndose al diluvio fangoso de carnes anegadas en campos de muchedumbre, mugrientas, de un universo sangriento que manaba como la misma bruma, sin nombre ni paradero. Las sombras con sus ojos huyeron por un albañal alcanzando navegar por un mar estrecho, viejo, con olas mudas, desembocando en un vientre alucinante con orillas sembradas de restos abatidos por el aletear de un halcón flaco, mirando el paisaje de ropaje salpicado de sangre de mucha gente.

## UN ANTES Y UN DESPUÉS

Fue un día cualquiera cuando por alguna razón en Arcadia no amaneció. El acostumbrado trino de los pájaros al amanecer se silenciaron. El tierno azul de las horas tempranas en cada amanecer esta vez se tiñó de un oscuro profundo. Las voces de las gentes se hicieron silencio, parecía no existir la ciudad, aunque aún, fuese en el imaginario. Todo parecía absolutamente real.

Las campanas de la iglesia derrochaban su mudez en perfecta armonía con la nada, lo peor estaba ocurriendo sin que nadie advirtiera lo que acontecía, algo jamás vivido. Una suerte de hipnosis colectiva los tenía atrapados, desconcertados, sin atreverse a abrir las puertas de sus casas, más bien estaban aterrorizados. Así pasaron las horas, días, meses, años.

Otro día cualquiera después de muchísimo tiempo Arcadia fue sorprendida por una intensa luz, los árboles habían crecido una barbaridad y las calles y avenidas estaban repletas de animales salvajes venidos de las montañas. Cuando todos salieron de sus hogares apenas si se reconocían, los niños ya eran unos adolescentes, los nacidos en ese cautiverio imprevisto, pero inmarcesible, carecían de color en su piel, sus cuerpos eran surcados por una maraña de hilos rojos, era el mapa de su sangre.

## UNA CIERTA CARCAJADA

Driasmark abandonó Polonia a los veinticinco años, alucinando por un rumbo diferente, un mejor destino y así dejar atrás la obstinación espantosa que anidaba en sus sueños. Con el semblante enfermizo colgado en todo su cuerpo, luchaba constantemente por reponerse. Toda Europa estaba a su disposición. Con algunos percances las fronteras eran dóciles ante el tráfico de gente como ella, que de un momento a otro serían presa de depredadores diligentes para la prostitución y tráfico de órganos que los alemanes usaban para sus experimentos. Un mercado de todo lo humano la colocaba en el centro de mira para el extravío o desaparición. La Alemania nazi había invadido Polonia y consideraba a los polacos como infrahumanos. Con rápida disciplina serenó su aliento y con ánimo rebelde recuperó su instinto que estaba impedido por su particular modo de vida, eran tiempos duros, de pólvora, miedo y dolor, mucho sufrimiento. El caos preparaba a Europa para la segunda guerra mundial.

Llegó a España entre muchos refugiados, comenzando con astucia a disipar su angustioso drama. Poco tiempo pasó para que desarrollara una irreconocible seguridad en sí misma. A tanto andar y hacerse entender, descubrió una panadería muy artesanal en un edificio abandonado que no soportaba un estallido más. Allí encontró trabajo y comida, también lo que se puede llamar un techo que era tan solo un saliente de cemento entre pisos, del resto podía ver cada noche las estrellas fugaces y contarlas hasta quedar dormida. Se sentía tranquila, más no feliz.

Veinte años antes...

En la madrugada de un viernes, soldados alemanes irrumpieron en la humilde morada de Gustav y su familia, su mujer, un hijo de nueve años y la hembra Driasmak. Ella pudo escapar a aquella masacre no sin antes ver con horror como el capitán que comandaba el funesto pelotón violaba a su madre y asesinaban a su padre y su hermano. Su diminuto tamaño le

permitió esconderse entre los troncos cortados para calentar la casa del frío invernal que ya estaba cerca. Los habitantes de Orkov se hicieron cargo de ella hasta que huyó para siempre. Recordaba perfectamente aquel día las carcajadas de los soldados, pero sobresalía la del capitán, una cicatriz al lado derecho de su frente y su prominente abdomen hacían una imagen imborrable para la desdichada muchachita.

Cierto día tuvo que subir una empinada cuesta para llegar a un barrio paupérrimo habitado por un centenar de refugiados como ella, con un cesto de pan en su cabeza gritaba la venta del producto. De un segundo piso alguien le pidió detenerse porque alguien bajaría a comprar. La puerta se abre y sale un niño, tal vez de ocho años, pero un hombre, con cierto recelo, vigila y esperaba. Tenía el pelo blanco, pero la mirada y la marca en la frente eran señales de aquel asesino, después la carcajada espetada al ver la alegría del niño con los panes confirmó su sospecha.

-Ahí estás. Dijo para sí.

A los dos días volvió y el llamado fue el mismo, pero no hizo caso y siguió su camino. La otra semana pasó tres veces por el lugar y seguía de largo. Dos semanas más y esperaba tenerlo frente a frente para reclamarle su falta de atención. Pero un día cualquiera, cuando la noche crecía, ella regresaba con el cesto vacío, pero oculta en la misma tela con que cubría los panes, llevaba una daga larga y afilada, se aproximó sonriente, con una decisión insoslayable, y antes que el capitán alemán dijera nada la daga entró por su garganta alojándose en su cerebro.

## UNA LARGA ESPERA

En la considerable distancia que recorre el metro de Caracas desde Capitolio hasta Altamira, o mejor dicho en sus vagones, han sucedido infinidad de historias, ésta es una de ellas. Simón Bonalde gozaba de cierto prestigio como escritor, a pesar de sus treinta y nueve años, su más reciente novela intitulada “Una larga espera”, era una suerte de autobiografía en la que describía cómo su vida de escritor le impedía disfrutar de la vida, de tantas cosas sabrosas, como el amor, por ejemplo. El metro le proporcionaba el único chance de sentirse vivo, de existir como todo el gentío que a diario viaja por debajo de la tierra, la superficie le era extraña y sufría, como el resto de los caraqueños, la incomodidad de la ciudad. Aunque en el metro le seguía acompañando la soledad, no se resistía al roce humano, al calor humano. Aquella novela tenía que ver con todo esto.

Zuleima llevaba en sus manos un ejemplar de la novela. Simón iba de pie justo al frente de ella, mirando su cara, y por su expresión podía adivinar la página que leía, unas veces era trágica, otras veces relajada, otras de sorpresa. En la parada de la estación Plaza Venezuela, Zuleima esbozó una sonrisa y Simón supo que era el momento de abordarla, porque es cuando la protagonista de aquella narración conoce al autor, y exactamente así fue: “el autor de aquella novela se presenta ante su lectora y narra página a página el desarrollo de la amistad que estaba comenzando y que sería para siempre, letra a letra hasta el final de la historia”. Así, Simón dejó atrás una larga espera, por el amor, y una soledad que lo ahogaba, Zuleima, no salía de su asombro, estaba feliz de ser el personaje central de la historia de amor nacida bajo tierra.

## **UNA TOALLA EN LA AZOTEA**

Disipado el tumulto de luceros que adornaron la noche clara del sábado, dio sentido a una madrugada impetuosa, colgada en revelaciones salpicadas de olores y sabores y sudores pudorosos aliviaron la embriaguez de los deseos. Esa noche, que se alargó por todas las horas de la madrugada hasta hacerse joven la mañana, quedó allí, en la azotea, una toalla amarilla sin dibujos ni adorno ninguno, toda amarilla, allí quedó a merced de la intemperie reprochando la voraz desmesura de un restriego hambriento.

En la aquietada tarde dominguera la toalla seguía ocupando su espacio en la azotea como atascada por la soberbia astral. El tiempo seguía girando y otra vez el vacío que yacía con la toalla en la azotea se fue haciendo un recuerdo frecuente, volvió a hacerse estremecedor, corpóreo, sumado al despierto instinto de la posesión. Quién sabe cuánto tiempo estuvo allí aquella toalla amarilla, en el mismo sitio en la azotea.

## **LOS INOCENTES DE DIOS**

Es conmovedor cuando un niño llora, cuando se puede adivinar que no es por malacrianza, eso sería lo más normal, pero cuando vemos el desconsuelo en su mirada al lado de sus padres muertos se desdibuja todo pretexto por silenciarlo, es imposible.

Llevando acuestas el dolor físico y el alma herida viven mucho niños el tema infinito de la guerra, el nunca acabar del sufrimiento que los arropa y le impide crecer como una planta, con la sanidad de que prosperará entre la justa naturaleza. Pero no, los niños de la guerra crecen en una selva de escombros, donde nada crecerá jamás para aliviar el paisaje, ni el humano ni el vegetal.

Sus oídos no reconocen más sonido que el estallido de las bombas, el desplome de las cuatro paredes de su habitación donde atesoraba estampas de los superhéroes de occidente, la cuna del mal que atañe al mundo.

En estos escenarios no se escuchan los acordes musicales con alegorías a la bendición divina ni alegría posible, las sirenas de auxilio, el llanto masificado de madres despojadas de sus infantes, el de los hombres por sus esposas y madres yaciendo bajo toneladas de concreto. Esta es la realidad conmovedora de tantas naciones nacidas para el sufrimiento.

Crecerán los niños con sus labios apretados por el miedo como única certeza de la supervivencia. Es como una soga dispuesta en el cuello lista para tensarse en cualquier momento, siendo las razones inauditas en un mundo que debió superar hace muchos siglos las lágrimas, la infamia, la desmesura y la avaricia, no sé si vendrán tiempos nuevos pero la demencia que acompaña tales decisiones de aniquilamiento se ha convertido en moneda de libre y absurda circulación. Sin darnos cuenta nuestros sentimientos van acumulando con destreza estos episodios cotidianos haciéndonos en extremo sensibles y un ahogamiento interior por los inocentes de Dios.

## **GARÚAS DE ARCADIA**

Cuando las benditas garúas se derraman sobre Arcadia, se va la luz. Quedan en penumbras las cuatro calles que la hacen ciudad, en el día el sopor se hace insoportable, por la noche el petricor nos envuelve, y el ruido del zinc nos hace caer en un sueño abismal.

Cuando amaina el silencio es conventual, profundo, el ladrido de los perros enmudece, se pierden. Esa paz sorprende al insomne, tanto, que se asusta como si algo estuviera a punto de ocurrir algo, se despabila abrumado por lo incierto.

Pero nunca pasa nada en Arcadia, es una ciudad que, gracias a Dios, atrae los milagros, porque apenas llueve sus cerros se visten de flores amarillas como las mariposas de Macondo. Allí se cree en la vida y se disfruta la amistad. Pero, como en todas partes hay un pero, ese paréntesis encierra el egoísmo, la imbecilidad, y sabemos quiénes son los miserables y del lado que cojean.

Aun así, cuando llueve en Arcadia se nos limpia el alma y solo Creador sabe y es testigo adónde van las penas a ahogarse, el perdón se acomoda en las zanjas que el aguacero surca.

## SOLO CON SENTARTE

*“Cuanto más contacto tengo con la gente,  
más recuerdo la razón por la que  
me gusta estar solo”*

Franz Kafka

Siéntate, alarga tu mirada, busca escuchar el más lejano sonido, trata de escapar de ti, aunque solo quieras estar allí sentado y preguntarte quién eres.

Intenta incorporarte, pero resígnate a no poder, cuando eso ocurra cierra los ojos para imaginarte en un lugar hermoso, donde todo te agrada, donde no hay un alma que te perturbe, solo tú, caminando sin saber a dónde.

No pienses, déjate llevar, solo siente que te alejas más y más, siente que tus entrañas te abandonan, que vas quedando vacío, que tu sangre se detiene. Cuando eso ocurre es que te estás mirando desde un lugar distante, ese que miraste desde un principio, cuando quieras regresar, porque así lo deseas mueve tu cabeza hacia atrás. Luego de volver te darás cuenta que solo con sentarte un instante logras conocerte un poco más, saber quién eres y hasta dónde eres capaz de llegar...solo, por ti mismo.

## **EL NAUFRAGIO DEL PUERTO**

Al comienzo de sus días la isla no tenía nada. Solo el mar, que en la lejanía quería toparse con el cielo y decirle de su paisaje agreste, arrullado por el sol inclemente, tanto, que adormecía todo lo que tenía la habilidad de moverse. Los espejismos eran recompensa por el sufrimiento de la escasez. Más allá de tanta agua, turrumotes de tierra empinados entre brumas sugerían la presencia de otro mundo; pues sí, era el continente, muy pocos lograban pisarlo, no sin antes labrar en sus gargantas un credo a cada santo y encomendar el alma cada uno de sus muertos.

Fue sosteniendo la prestancia de un pueblo mariner, que con el pasar de las lunas se fue haciendo más bullanguero y meta final de todo andante insular. Se fue ensanchando adquiriendo una manera de albergar mucha gente con el mismo oficio: pescadores. Su playa se convirtió, con el paso de los años, en un bazar donde todos coincidían de vista y trato, todos adquirirían lo mismo por ser la misma cultura de todos, así fuimos siendo los margariteños.

Estábamos encima de una barcaza porque solo veíamos mar y cielo, siempre listos para zarpar, pero qué vaina, no nos dejaba el mal tiempo. Los margariteños nos sostenemos con mucha fuerza a la borda de las plegarias a la Virgen del Valle.

De pronto sucedió el encandilamiento insensato que apuró un progreso devastador a nuestra forma de llevar la vida. Se inició la nueva historia de Margarita, la del poder y los desplazados ante la opulencia. Todavía sigue siendo un crecimiento loco, una avaricia virulenta. La juventud que pudo estudiar debió quedarse afuera por que los advenedizos ocuparon sus futuros sitios de trabajo y se instalaron a joder, a traernos malas costumbres que aún hoy seguimos pagando.

A mi modo de ver, el desprecio hacia nosotros y lo nuestro se ha consumado, lo que más duele es que muchos adinerados de aquí hicieron

juego con los de afuera creyéndose gemelares, hoy, parecen almas en pena, en la carraplana, sin ideas creadoras. Qué tristeza, es una pesadilla que nos concierne aun despiertos cuando asistimos a aquel puerto besado de mar y palpamos las calles fantasmales con sus santamaría llagasas de óxido, casas y edificios con enfermedades incurables, a seres que en algún momento de sus vidas fueron humanos, hoy son despojo en una acera porque el alcohol suplantó su sangre ñera.

Allí, en aquel puerto, donde reinó el gentío de aquí y otros lares, es hoy un pedazo de tabla agujereada que en cualquier momento se va a pique, es un pedazo de angustia lo que queda de aquella barca primorosa que alguna vez fuimos.

## **SUELE SUCEDER**

“La orquídea del llano”. Así se llamó un bar ubicado en la avenida Baralt de Caracas, cerquita del Instituto de Nutrición. Allí fue a parar Rosendo Terán luego de cobrar los centavitos del aguinaldo respectivo del Ministerio de Sanidad donde trabajaba como portero del despacho del Ministro. Había resuelto estar solo después de haber roto con su novia Ludmila, después de tres años juntos incumpliendo la promesa de amarse para siempre.

Ese día quiso ahogar su guayabo en alcohol. A las cinco de la tarde ya estaba instalado en el patíbulo etílico, una mesa al lado de la rocola con éxitos del recuerdo, en ese momento sonaba: Usted es la culpable de todas mis angustias...con José Feliciano. Después le seguirían el Rey, Lágrimas Negras, La Cárcel y tantos temas del despecho universal.

Cuando los tragos hacían lo propio en su estropeada mente, y sus sentidos reaccionaban pesados hasta equipararse a la insensatez, un tipo extraño al entorno se sentó en la misma mesa, así, de golpe y porrazo, él, Rosendo, conocedor como nadie de las argucias malandrinangas, por haber nacido, criado y vivido en El Guarataro, invocó enseguida a su difunta madre por su celestial protección. Sus ojos se pusieron aguaítos, dando la impresión de un desmesurado aturdimiento por tan irreparable pérdida. Nuestro personaje no miraba al recién llegado a los ojos por sospechar una agresión inesperada, y por reconocer que sus piernas poseían un vacío de energías.

Minutos más tarde su contertulio hizo la pregunta que esperaba Rosendo: ¿y usted por qué llora compadre? el interrogado respondió al segundo: porque pronto perderé a mi madre, tiene un cáncer que la está matando, cuestión que había sucedido, pero años atrás. A la par de sus palabras alargó una moneda hasta una mano de su contertulio pidiéndole que marcara J-5, Amor y control de Rubén Blades, y comenzó a sonar.

El visitante pidió una ronda para los dos y le confesó a Rosendo que también su madre había sido víctima de un cáncer. Unos tragos más y entre los dos hicieron posible un mar de llanto, hasta que el dependiente les informó que se disponía a cerrar. Los dos salieron abrazados y con la misma canción entre sus labios: *saliendo del hospital donde se encuentra mi mamá...*

## LA CASA DE NADIE

No se trata de una casa extraviada, todo el que pasa la mira, allí, donde siempre ha estado. Nunca se ha visto entrar o salir a alguien, nunca. Y nadie sabe cuándo ni quién la hizo construir, nadie.

En esta ciudad moderna que es Arcadia, con sus casas nuevas, recién hechas desde que mucha gente prosperó en esta ciudad que recién comienza vivir, llama la atención que la casa en cuestión va muy bien con su diseño arquitectónico, con el resto de las viviendas que pueblan la nueva ciudad.

Hay quienes cuentan que su estilo se ha mantenido inalterable desde que todos saben que existe, allí, en el mismo sitio y sin que nadie haya estado dentro de ella. Hay quienes aseguran que tiene dos plantas donde están distribuidas seis habitaciones, cuatro baños y amplios espacios que la hacen confortable, pero nadie ha estado allí, nadie.

Su exterior destaca por un aura que la hace ver esbelta, imponente, como si viviera a plenitud sus días junto a un jardín escrupulosamente cuidado, pero jamás se ha visto a alguien cortando la grama o podando los arbustos de fico.

Cada habitante de Arcadia que transita por su frente se imagina recorrerla, es entonces cuando especulan que sus pisos son de madera, que se sienten pasos muy pesados, escaleras de mármol de belleza sin igual, puertas labradas por manos finas, que no rechinan, mesas relucientes vestidas para ocasiones especiales sin rastro de polvo, lámparas sin tejidos arañosos a pesar de adornar una casa vacía de nadie.

Los años han pasado, muchos, y esta casa se ha convertido en la mayor curiosidad de Arcadia y desde que en esta ciudad se conoció la muerte se han ido muchos y llegado más, y la casa de nadie continúa en el más absoluto misterio.

## AMARSE

Se amaron intensamente, tanto, que llegaron a ser los envidiados en la ciudad de Arcadia, de su calle, de su trabajo. Todos tenían que ver con ellos y aquel amor, fuerte amor. Eran el espejo donde muchos y muchas querían verse reflejados. Eran una cosa seria en el tema amoroso. No tenían hijos. Solo vivían el uno para el otro.

La infancia de ambos transcurrió en un parquecito, tan pequeño, que los demás niños no acudían a él por ser tan minúsculo. Él y ella si lo disfrutaban. La soledad los arropaba haciéndose cómplice de su inocencia. Era una puesta en escena, dos actores sin público, un libreto con insinuantes episodios escondidos. Una trama infinita, sin director.

Rehuyeron siempre a participar en círculos de amigos, se regocijaban tan solo con sus compañeros de trabajo en el único banco que existía allí, en Arcadia. La verdad es que las oportunidades eran escasas, la discreción y una innegable solvencia moral los envolvía y era su coraza ante murmuraciones que les llovía como una costumbre que entretenía al resto de los habitantes. Pero definitivamente eran felices los tres, ¡ah! porque habían adoptado una gata siamés que de la nada apareció en el parquecito.

Solo una vez en la fiesta de fin de año del banco una compañera se le acercó, aprovechando la ausencia del marido, y le preguntó lo que ella había esperado toda la vida para contestar, se trataba de la intimidad con su esposo. Con su respuesta aspiraba ayudar a otras parejas a encontrar la felicidad, la misma con la que ella y él han lograron vivir tantos años y los que estaban por venir.

“siempre dormimos uno encima del otro, a veces con sexo a veces no, pero siempre en contacto tan corporal, es una cama pequeña suficiente para los dos”.

# **UNA HISTORIA**

## Capítulo I

El cerrojo gira lentamente...

## Capítulo II

Ataviado de negro un intruso recorre toda la casa...

## Capítulo III

Parece flotar evitando algún ruido...

## Capítulo IV

De pronto los ronquidos del abuelo lo ponen en alerta...

## Capítulo V

El perro echado en el descanso de la escalera levanta la cabeza y para las orejas...

## Capítulo VI

Crecía su temor de ser descubierto...

## Capítulo VII

El vecino enciende la luz de su cocina, tenía sed...

## Capítulo VIII

El huésped indeseable se siente acorralado...

## Capítulo IX

Comienza a sudar copiosamente el extraño...

## Capítulo X

Padre toma el control de la situación, lo acechaba detrás de la puerta de su habitación...

## Capítulo XI

Padre presiona con fuerza su delgado cuello, mientras el pobre muchacho implora clemencia por su vida de azaro y perturbaciones. Es un adolescente del barrio que se inicia en el arte de delinquir, este es su primer “trabajo profesional”.

Padre escucha con atención toda su historia, su drama, ya le había soltado el cuello. Es la misma historia de todos los chicos de todos los barrios.

Padre administra un supermercado en el centro de la ciudad, y ambos pactan, como caballeros, padre le procuraría un trabajo, y el joven dejaría las calles.

Así triunfó la sensatez por ayudar y dejarse ayudar. “Escudriñar la percepción del todo es aliviar lo sorpresivo”, dice quien narra.

## SIEMPRE

Las madrugadas viven con sus seres adorables, grillos, sapitos, ratones y todos esos bichitos que en el día reposan esperando la complicidad de un telón oscuro y el silencio con su máscara de murciélago.

Pero también con el respiro pausado de las flores cuando se ausenta el ardor del astro, y del aguijón de la abeja pinchándole sus entrañas. Pero irremediablemente levantará el sol jamaqueando y sorprendiendo las serpentinas verdes que cuelgan de árboles enormes, tan altos como la esperanza misma de sobrevivir esta aventura como refugio para los humanos, con solo regarlos de afectos, una pizca de cuidado y su plena libertad con su pretendida ilusión de alcanzar el cielo. Con tales ingredientes, que, no tan solo untados a los árboles, sino también a otros seres vivos que buscamos las mismas razones. Pero volvamos a las madrugadas.

Ellas nos permiten ese tiempo vital para el encuentro con uno mismo, como el sublime acto escritural, otros anudan acordes para hacer levitar sus emociones recónditas. Se logra, en cualquier caso, una relación fructífera para desenvolverse en el trajín de los días que sabemos es una feria de turbulencias, afán, y recuento de cansancio.

En esas altas horas, cuando la creación alcanza una plenitud adulta y madura logra convertirse en el diálogo interior necesario para exteriorizar todas las confusiones posibles que vienen a nutrir el prólogo de las aspiraciones. Debemos aprovechar las madrugadas para aligerar el pensamiento, para marcar como audaz marinero la hoja de ruta y apuntar en la bitácora el sentido y el aprendizaje que nos va dejando el sigilo de mirar el alba.

Para mí, las madrugadas son las páginas en blanco que nos aguardan vivaces para ser ocupadas por la mucha tinta de alguna

proclama. Esos andares que despiertan para encarar el vértigo de los minutos próximos nos atañen para llevar la frente en alto, para indicarle al prójimo extraviado, en sus mañanas vacías, que también su alma es bienvenida a la senda del siempre por lograr.

## RETRATO HABLADO

Un día quise saber quién soy yo, y me senté frente a un espejo impoluto. Detrás coloqué una sábana blanca, inmaculada, de tal manera que no había nada más en aquella habitación. El despojo era total de avatares, trastos o cachivaches, esas tonterías del apego necio a lo material, lejos de esa conmoción espiritual que produce el hecho de guardar lo pertenecido a nuestros antepasados.

La única prenda sobre mí era un calzoncillo, eso por tal vez preservar un tanto el pudor por verme desnudo, pero eso es otra cosa tratándose de mí. Lo asumí como un desafío por sus características de complejo, con que hay que llevar y luchar toda la vida.

Crucé mi pierna izquierda sobre la derecha, me imagino que, por una reciente molestia, a modo de descanso. Entrelacé los dedos de las manos y las puse sobre mis muslos, tan delgados como siempre los he tenido. Debo añadir, que quienes me conocen saben que es así, mi flacura es desde siempre, que sumada a mi larguirucha estatura puedo parecer una estaca rectísima y firme, puedo decir con satisfacción que, a pesar de mis años, todavía, no me he encorvado.

Estoy descalzo con mis cuarenta y dos puntadas de zapatero que es la medida exacta de mis pies, debo admitir que el derecho es un poquito más largo que el izquierdo, tal vez una puntada más.

Entre el algoritmo de mi físico tengo qué: las medidas de mis pantalones son treinta y dos por treinta y cuatro, camisas L, preferiblemente mangas largas que luego arremangaré, es posible que para esconder la flacura de mis brazos. Los rasgos de cara están muy bien descritos en mi antiquísima cédula de identidad: nariz perfilada, ojos marrones, pelo castaño, creo que, hasta el color de piel, pero si no, más bien morena, un tanto clara. Como pueden darse cuenta es el rostro más común del planeta.

Desde hace años mis huesos soportan setenta kilos. Entre otras señas ya tengo canas, muchas canas, patas de gallinas que cada día se pronuncian más y otras señales de la vejez que se asoman irremediabilmente.

Tal vez esto no sea de su incumbencia, pero atesoro buenos recuerdos y otros que son una pesadilla, esos están en un marginado rincón de mi memoria, tengo algunos buenos amigos, amigos de verdad. Y aunque no aboné ni abonaré el terreno para cosechar enemigos, sé de muchos que han dedicado parte de su tiempo para dedicármelo malamente, yo lo sé y tengan la seguridad que se lo agradezco porque me han dado la fortaleza para seguir adelante con mis palabras escritas por un mundo mejor, y no recrear ni sembrar miserias en mi espíritu.

## LOS DÍAS DEL TIEMPO

El tiempo, eso que nadie sabe dónde está, pero que llevamos en cada pisada, en cada respiro, sueño, eso que nos define como señal inequívoca que existimos, nos va dejando huellas en nuestro propio rostro, en toda nuestra humanidad queriendo vivir como un invitado al que no se le puede molestar ni decir nada.

Afortunadamente ese huésped adherido a la piel se compadece, a veces, y nos deja hacer de él algunas arbitrariedades para disuadirlo, pero es inminente su constancia y subraya su persistencia en cada elemento de lo que somos. No pensamos ni hacemos nada sin contar con él, lo es todo y para colmo de males es infalible, acosándonos por cada flanco, débil o fuerte, no hay piedad.

Ni pensar en ocultarlo, disfrazarlo si, y todos los días vemos más cosas que se ofertan para esconder los pliegues que a su paso se van haciendo obstinantes. Hay quienes apelan a procesos sofisticados para hacer desaparecer rasgos de vejez sin advertir los riesgos que implica desafiar su propia naturaleza, complican irremediablemente su vida hasta perderla, en muchos casos por complacer la apariencia.

Hay quienes miramos de reojo.

## **NACIMIENTO DEL MENSAJE**

En algún momento, en una de mis libretas apunté: allá, donde hay un río..., son frases ocurridas de lo espontáneo para luego ser pensadas y moldeadas para tomar un significado que me sea útil por decir algo, querer decir algo. Es comenzar un trabajo a partir de un simple apunte con un final ignorado.

Un río es una vena por donde transita la vida y progreso de muchos pueblos orillados a un destino cierto o muy incierto. También es la vía que comunica entre distancias remotas. Pero así mismo es clave para el tráfico de infinitos vicios, también de humanos y todo por la pasividad de sus aguas, aunque el drama despierte azarosamente y acierte con sus zarpazos de aniquilamiento.

Los ríos son inspiración, mucho más en la frondosidad de sus laderas, donde los dioses levitan entre sus adoradores. Allá donde está el río está enclavado el mensaje de la naturaleza, donde el silencio se rompe por el caudal que arrecia arrastrando espíritus malignos que desandan asustando la tranquilidad neblinosa que baja del cielo para guarecer a los duendes ancestrales.

Así surgen los textos, así se desarrolla la escritura que finalmente concluye siendo una propuesta literaria con algunas bondades, con algunos desaciertos.

## UN CUENTO

Mi casa es un cuento. Un cuento que vivo todos los días, y todos los días tengo algo para contar, siempre, no termino jamás.

Desde el primer estrépito de las garúas o ladridos ensordecedores de los perros cuando escuchan los pasos madrugadores al andar chasqueando la acera. Una nueva aventura se desata en el interior de las habitaciones, por ejemplo, cuando las sábanas son echadas a un lado anunciando la disposición de incorporarnos para irnos de la cama.

Son apenas las cuatro de la mañana y aún persiste la noche desafiando el sopor que se nos viene por estos días, tan extraños que hasta diciembre fue un mes inconcebible. Mientras se cuele el café acometo la primera atención a nuestros guardianes perrunos para saber cómo están, sé de su incomodidad por el calor, pero ahí están, con el rabo danzando aduciendo contentura al verme.

Las raras mañanas cuando cae alguna llovizna salgo al patio y aprecio que las matas también agradecen el frescor, al menos en el patio de mi casa las puedo ver alegres, y uno se contagia de ese optimismo porque de pronto caerá un chaparrón que las hará florecer.

El perfume de la casa es otro con la floración de las orquídeas, las ixoras, guayacanes y trinitarias y otras tantas plantas que habitan entre porrones rotos por el tiempo. Cuando se pone más claro se pueden ver los pájaros picoteando los nísperos, sus trinos alimentan los primeros alborotos del día, por todas estas estampas es que me gusta mi casa, de verdad es un cuento vivirla todos los días.

## ALLÍ

Allí, donde ella espera, estoy.

Con un torbellino en su cabeza, forja su apego como un fierro candente sobre el yunque de la existencia. Acampa de la desesperación, aguardando que mis brazos recios la rodeen, que no pueda moverse, haciéndola burbujas como si fuera una frágil barra de jabón. Está segura que al verlo se va desparramar, tal como bañera que busca esconder el agua cuando no sabe qué hacer con ella. O como el verano que achicharra la vecindad, esclava de palpitaciones estacionarias.

Él se fue con su adiós ligado al dolor. Pero eso sí, recordando su entrepiernas. En ese encuentro formidable se produjo la desunión, igual a las aguas del río cuando remontan el cauce pasando con su desnudez por encima de las piedras. Pero no se marchó solo, se fue también con el azul de sus ojos, como olas batiendo entre sus manos. La tuvo sin saber que era su vida, pensando que era un gran carajo, un hijueputa que nada le importaba. Que ella era la abundancia deseada. Hasta que el plisado marino dejó de llevarle el perfume profundo, se quejaron las nubes por los atardeceres despoblados de besos y carantoñas.

Ambos perdieron.

Ella, con piel atiborrada de luceros consumiéndose en una mordaza mate, como la muerte de una plantación tostada, sobreviviendo con penachos de trigo tristes.

Él, con carne suave por donde deslizar su manto de manos íntegras, sin raciones, toda entera velándole como a un ave extraviada en el remolino de las tolvánicas. Ahora son, ambos, el cultivo pretérito de una señal que no pudo crecer o fue demasiada la ansiedad que la pobló, y las riendas se durmieron hasta calcinarse el deseo.

No volverá el goce a la mesa de las satisfacciones, donde brindaron en copas con bordes de fortuna, donde el mantel soportó lo salvaje del apetito y el deseo exhausto de la tentación.

## ANDAR EN EL SILENCIO

Dos ancianos, de tantos años que ni ellos sabían cuántos tenía cada quién. Conversaban debajo de una mata de guayacán, una tarde en lo que se llamó la Plaza Mayor. Era el centro de la ciudad de La Asunción. Corrían los primeros años de 1600, unos pocos después cuando le fuera conferido el Título de Ciudad y Escudos de Armas a esta población de escasos habitantes, muchos quizás para tiempo tan remoto. Blas y Perucho fueron los guardianes de aquella Plaza colmada de pájaros, vendedores ambulantes, chismosas y chismosos.

El tiempo pareció haberse detenido con la frescura del paisaje que circundaba la comarca recién florecida, con la envergadura de un título venido de España. No serían más nómadas los vecinos con antiguas heridas de guerras y rapiñas de corsarios y filibusteros atroces. Ahora serían ciudadanos, pero con la nostalgia anticipada de lo que sería de sus vidas asomadas a lo impredecible de la esperanza. Aspiraban los dos viejitos de ver cierto progreso antes que sus vidas sucumbieran al delirio del adiós. Hasta muy entrada la noche la lamparita de carburo era testigo manso de tantas palabras escapadas a la mortificación recorriendo sus cuerpos esclavizados al péndulo de las horas finales.

Blas, con optimismo jubiloso, ansiaba mirar el cambio íntegro de La Asunción, casi con sollozos Perucho agriaba su rostro en un suspenso desnudo, luego sonreía para resignarse en una letanía perfumada de divinidad: *solo Dios sabe Blas, solo Dios*. Al filo de la despedida, los dos amigos entraban a sus casas, una al lado de la otra, a la cadencia temerosa de no encontrarse al día siguiente. El ladrido de los perros anunciaba que aun vivían al despertar en las madrugadas y encontrarse con el silencio verídico como se presume es la eternidad. Los dos ancianos murieron el mismo día, a la misma hora. Como si la muerte hubiera convenido no separarlos para que no sufrieran la ausencia uno del otro. Fueron despedidos juntos una tarde cuando las venas del día se hacían más

silenciosas recorriendo la ciudad, despacio, tal si un baúl se fuera cerrando lentamente atesorando páginas inocentes pero iluminadas, cada una de sus orillas por semillas de amor. Esa tarde dejó de ser azul cuando fue vencida por el nuevo día, también azul, solemne por el luto señero, frágil por la pérdida de dos hijos queridos. Ahora hay quien cuente que por las noches salen de las paredes de las casonas asuntinas dos viejecitos encorvados, de punta en blanco, recorriendo en silencio esta silenciosa ciudad sintiéndola suya aunque sean otros tiempos. Solo Dios sabe cuándo detendrán su andanza.

## **LA BATEA DE LA DISCORDIA**

Nuestra democracia tiene sus páginas oscuras. O en el mejor de los casos, páginas jocosas. Los revoltosos años sesenta fueron testigo de la sempiterna rebeldía juvenil que siempre aviva la llama de cualquier país. La Asunción, este pueblo resguardado por un regimiento silencioso, gente que se levanta y se acuesta con tan solo el pensamiento de refugiarse en las cuatro paredes y tejado de embrujo, donde la luna nunca se apaga.

No obstante se vivieron momentos apremiantes en la quietud puritana de esta comarca desnuda de rivalidad pero robusta en principios y grandeza ética. Hubo un personaje el cual prefiero resguardarlo de las exageraciones de lenguas distanciadas de la verdad, lo llamaremos Claudio. Vivía entonces muy cerca de la Plaza de Bolívar. Era ingenioso y considerando sus técnicas artísticas rudimentarias era un adelantado en la creación de artefactos bélicos, que por lo general no hicieron más que causar sobresaltos a media noche. De pronto la ciudad amanecía disfrazada de muro panfletario contra políticas gubernamentales. Pero como reza el dicho; “pueblo pequeño infierno grande”, todos sabían quién era el autor material e intelectual de tal o cual ocurrencia protestataria.

En cierta ocasión, se alborotó el país. Para evitar la trascendencia ruidosa en este silencio de penumbra que era La Asunción, el jefe de la Digepol, Miguel, giró instrucciones precisas a Evaristo para que buscara hasta debajo de las piedras a Claudio, quien poseía una batea para elaborar propaganda subversiva. Batea es un rectángulo que soporta una delgada superficie ahuecada que se utiliza para reproducir letras o dibujos, para ello se usa también una espátula de madera para distribuir la tinta encima de la zona a pintar. Al jefe le faltó explicar los detalles técnicos de la batea a Evaristo, quien valiéndose de algunos soplonos gustadores de agua espirituosa hicieron el intercambio: información por aguardiente. Así dio con el paradero de Claudio y cuando era conducido a la funesta patrulla, dijo Erasmo con voz altanera y decidida a sus colaboradores: ya vengo, voy a buscar la batea.

Muy bien, Claudio no aguantaba la risa dentro del móvil reclusorio a pesar de estar esposado como un vulgar delincuente, solo se imaginaba la cara del jefe.

-Jefe aquí tengo al solicitado. Pronunció orondo Evaristo en el Cuartel.

-Y esa Batea? Ripostó el mandamás.

-Usted me dijo que trajera la batea, jefe. Contestó Evaristo entre la confusión más estrepitosa de su vida.

-¡Pero no la de lavar, coño, váyanse al carajo toditos!, cuerda de ineptos.

Así que la batea de Claudio es la más famosa de La Asunción.

## **AUN SE RECLAMA JUSTICIA**

Es que la memoria tiene recursos que se agigantan y avivan mecanismos que nos permiten dilucidar estrechos vínculos atesorados que cobran vida y hacen entender el compromiso de ser un patriota. Gracias a los avances tecnológicos podemos recuperar información que hace cuarenta años desaparecieron físicamente en el devenir del tiempo, de ese ajetreo cotidiano que va relegando al olvido tantos papeles que de un momento a otro cobran vida por alguna circunstancia. Hace unos años, por mi afición a la música, preservé algunos discos de vinilo como recato a la memoria musical nuestra y universal. En ese momento pude leer una dedicatoria en la contraportada de un LP del cantante norteamericano Andy Williams con el siguiente título: “Moon River and other great movie themes”, mi fatal inglés me hace presumir que son temas de películas reconocidas. Dice la nota:

“Para ti Maruja de un amigo”

Rafael Bottini

Maruja es una de mis hermanas y el firmante es el mismo Rafael Bottini Marín que fuera asesinado junto a Ramón Antonio Álvarez , el comandante Rubén, por los esbirros de la Disip comandados por el “Inspector Basilio”, quien no era otro que el asesino llamado Luis Posada Carriles, el mismo que hizo volar el avión de Cubana de Aviación. Fue el 2 de junio de 1972 en el gobierno de Rafael Caldera, cuando luego de haber sido secuestrado el “Rey de la hojalata”, el industrial Domínguez por un comando de la FALN, en sendos allanamientos a sus residencias los secuestran torturan y bajo fuerte sedación los meten en una carro y lo estacionan en las inmediaciones de la casa del industrial en la urbanización El Paraíso en Caracas, allí mismo ante las cámaras de televisión y una docena de periodistas son acribillados y colocadas armas de fuego entre sus ropas con la finalidad de simular un enfrentamiento.

Siendo yo muy pequeño conocí a Rafael y a su hermano Federico por que venían mucho a Margarita y se hospedaban en la casa de Nené Prieto y Aura su esposa, justo al lado de la bodega “El Almendrón”, comadre de su mamá Elba Marín, quien fuera la otrora dueña de la actual Residencia de Gobernadores ubicada en La Asunción. Sobre todo Rafael se hizo amigo de mi papá, dueño de la bodega, y mis hermanas y hermanos. Muchas veces desayunó en mi casa, de paso, es la única persona que he visto en mi vida comerse un huevo frito con limón, nunca faltó un limón en todo lo que comía.

Antes de escribir este relato conversé con mi hermana Maruja para que me aportara algún otro dato sobre el personaje, recordó guardar aun dos libros que él le regalara aunque sin su firma: “Madre”, de Máximo Gorki y “Así se templó el acero”, de Nikolai Ostrovski.

Así como se recuerdan sucesos recientes hay unos pasados como el relatado que sugiere de respuestas urgentes y los asesinos pagar por sus atrocidades, hay una memoria colectiva que reclama justicia.

## **EL TIEMPO DE LAS CIRUELAS**

El goce de la lluvia deviene en aridez. Es esa transición la que nos transporta a nuevos tiempos, descubrir lo que vivimos, por lo que vivimos. El agua de los cielos habitó bajo la tierra despertando las raíces de las ciruelas que de golpe se inflan de un verde intenso. Mientras, este color hace cobrar fuerza al verano, nacen hojas nuevas que pueblan cada árbol.

Por estos meses, hasta mayo, la pintura de las ciruelas se torna un mar de navíos minúsculos, con la estela del sabor que enajena el salobre aroma hecho huésped desde siempre. Así mismo los robles lucen encendidos, el suelo se cobija de ese canto floral, el fogaje se rinde y las aceras la lucen ropajes con bordes de oro para cabalgar siendo víspera del renacer espiritual al que nos invita el secreto de la cuaresma.

De eso sabemos los asuntinos. Cuando vemos el cerro #2 con el asalto del incendio oreado acechándolo como sempiterna víctima. En cambio en Guatamare, la ciruela engalana los patios que quedan, por la siembra de tanto cemento, pero es el gustazo después de arrancarla de sus tiernos pezones, sentir al morderla el derramamiento de su pulpa. Nos apacigua la sed que no calmó el invierno, con su lluvia de todos los días. La fecha de los santos ya está encima, comenzaremos a ver cestas y cestas luciendo a plenitud las redondeces multicolores, igual que peces extraviados de sus aguas.

## LOS DÍAS QUE VIENEN

Nubes oscuras y bullangueras se hacen recurrentes en tiempos de cuaresma. Las plazas de Bolívar y Luisa Cáceres se aturden hasta comenzar las primeras horas de cada noche. Los robles y guayacanes son el escondite favorito de las angoletas para sus revueltas nocturnas y amaneceres, a ellos trepan para el acorde de la pausa que da paso a otro día. Poco a poco los asuntinos nos acostumbramos a mirarlas en diálogos estridentes como llovizna que nunca cae sino más bien el viento las envuelve y mete en cada casa.

Estos días de cuaresma, días de preparación para Semana Mayor, significa mucho para los asuntinos, sabemos que los días santos están por llegar, el sol va tomando su haz de irreverencia ocupando los patios con su atmósfera de estallido ardoroso, las calles lucen su candor al medio día, las cornisas se dibujan en las aceras por donde nadie avanza. Las hojas secas se arremolinan traduciendo en gigantescas manchas amarillas marchando melancólicas como si quisieran asirse de nuevo a una presunta primavera. Esta vez son poseídas por la ausencia de las garúas, que desde hace rato dejaron su diluvio de emociones y frescor. Los robles desbordan su amarillo.

Apenas amanece se rasga la presilla para traslucir la incandescencia, es cuando la presunción nos revela la presencia de la calentura el Viernes Santo, uno se alista animosamente porque es la fiesta de La Asunción, con sus procesiones y toda la gente que viene de aquí y de allá. Por estos días previos se toma en cuenta las previsiones para la Semana Santa, comienza la compra de pescado para la excelsa rendición de tributo a la Santa Iglesia y sus preceptos.

Para el viernes se retoma la esencia que desde la colonia ha invadido la idiosincrasia de los pobladores de la Ciudad, se encargan los frijoles a los agricultores de la Sabana de Guacuco, el pescado salado, el chimbombó,

los pepinos, para el sancocho, en fin, serán cinco horas mientras el Santo Sepulcro recorre los trescientos metros que separan el Palacio Legislativo de la Catedral, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. Los fieles lo acompañarán en ese peregrinaje de fe y oración.

Hay música sacra por parte de la Banda del Estado, los niños y hasta uno mismo lucimos una prensa nueva en señal de salutación y prestancia de ser anfitrión a quienes nos visitan de tierra firme. Llegada la hora del adiós a estos memorables días, nos queda una gota de melancolía, entonces nos animamos porque el tiempo pasa rápido y pronto estará de vuelta la Semana Santa.

Las angoletas seguirán con su bullaranga desquitándose de las molestias causadas a su incansable irrupción en el silencio angustioso de un bosque de viejas casas donde la palma se va secando detrás de las puertas hasta que vuelva la de otro Domingo de Ramos. Las oraciones se volverán a encontrar en las tardes en la misa de seis, en los rosarios a los difuntos que nos dejan su adiós eterno.

## **LLEGÓ LUIS FELIPE Y MANDÓ A PARAR**

Una tarde sabatina, de un mes cualquiera del año 1957, en la vieja sede de la Asociación Venezolana de Periodistas ubicada en la Urbanización Las Palmas, en la avenida Andrés Bello de Caracas, se celebró una partida de dominó que pasaría al anecdotario del resto de los mortales, y sus célebres protagonistas.

La invitación vino del periodista y escritor Miguel Otero Silva, dueño del diario El Nacional, el resto de los invitados fueron entonces; Oscar Guaramato, también periodista y el economista Humberto Piñero, director de la Corporación Venezolana de Fomento. Minutos más, minutos menos fueron apareciendo los personajes de esta narración. Una conversación previa en la cafetería evidenciaba la imperiosa necesidad de vivir una tarde diferente, sin el estrés que genera una oficina abarrotada de problemas o la sala de redacción de uno de los periódicos más importantes el país.

Un picadillo de pollo y vegetales sirvió de aliciente a los estragados estómagos, un escocés relajó el drama ciudadano mientras hablaban de lo humano y lo divino en una Caracas convulsa por el régimen dictatorial pronto a ser derrocado. Luego vendría la batería del pensamiento y astucia lúdica, después de saciado el antojo culinario. El artífice de “Oficina Número Uno”, MOS, conminó al mesero a que tuviera lista la arena donde el duelo de las blancas y las negras era inminente.

Estaban distendidos, soportados por un aciago estado de serenidad. Solícita actitud de monje tibetano, concentrados hasta lo cabal como si trataran de hallar la solución a un problema temerario, de importancia capital. Mientras el encargado de acomodar el cuadrilátero hacía lo suyo, Luis Felipe Rodríguez Campos, asuntino y asistente personal de Piñero se las arreglaba con varios periódicos dispuesto a matar el tiempo que fuera posible, porque sabía que el combate a librarse tardaría, como otras veces,

hasta muy entrada la noche. Por esa razón buscó acoplarse, a sus anchas, en un butacón, ideal para entregarse a la lectura.

Al ocupar las sillas disponibles advirtieron que Miguel no tenía compañero, Oscar y Humberto sospechaban que ese detalle estaba cubierto, pero no fue así. Es entonces cuando Humberto le dice al mesonero que le diga al señor sentado en el butacón que se acerque hasta donde están ellos. Rodríguez se acerca ignorando su participación en el *match*, mucho menos que sería compañero del autor de “La piedra que era Cristo”. La partida comenzó sin más contratiempos. Ganaban unos y los otros también, pareja iba la cosa. A medida que avanzaba la tarde llegaban otros periodistas en busca de un poco de tranquilidad, todos se acercaban dónde estaba el creador de “Casas muertas”. Un saludo al maestro, a su don de gente y de intelectual ganado para las causas justas. A todas éstas, el juego sufría retardos y los jugadores perdían concentración, pero ni Humberto ni Oscar se atrevían a apurar la partida. Nunca se imaginaron que el margariteño Rodríguez sería capaz de tutearse con el distinguido escritor de “Cuando quiero llorar no lloro”. Seguían los saludos y con éstos las interrupciones en el careo hasta que Luis Felipe hartado de perder tiempo hizo sonar una de las piedras con firmeza sobre la mesa y con voz guapetona exclamó:

-Bueno Miguel, tú viniste a jugar o saludar a todo el que pasa, ponle atención al juego, vale, para ganarle a estos cusurros.

Miguel sonrió tímidamente y los otros quedaron estupefactos.

## ESCALOFRÍO

El escalofrío, dicho así, a secas, es parte de la cotidianidad. Lo sentimos, lo aclamamos, nos abrumba, nos eriza. Es una consecuencia emotiva que de vez en cuando se convierte en torbellino de incertidumbre. Son incontables las veces que sentimos un manto frío congelándonos por dentro, aunque por fuera haga un calor insoportable, es el avistamiento de que algo anda mal: tanto en lo físico como en lo etéreo.

La creencia popular aduce que la visita de una ráfaga repentina de gélida excusa, es una señal inequívoca de que la muerte ronda muy cerca. Se hace inminente la señal de la Cruz, porsia. El miedo conspira contra la tranquilidad. Cuando se constata la desaparición súbita de alguien cercano estalla el dictado de la fortuna por no ser el escogido, al menos esta vez, una profunda inhalación se vuelve alivio.

Cuando vamos al médico por una persistente dolencia nos crece una actitud de indefensión por acoso de temblores con réplicas constantes. Los primeros exámenes desatan una arritmia generalizada, una innovadora relación con lo desconocido trastoca el termostato del corpus, y el pánico aparece con la fortaleza de un frío injurioso. El capítulo se prolonga por unos días más, y la boca del estómago pareciera convertirse en el estrecho de Bering con sus velas blancas congeladas navegando lentamente, mientras la lectura de los resultados es todo un ceremonial, más bien un exorcismo, donde acuden todos los santos posibles. Unos pacientes salen airosos, otros perduran en el asombro.

La guerra fría fue llamada de ese modo por mantener en un escándalo oculto, una suerte de zozobra apuntalada por las potencias mundiales, ha sido la guerra más estresante de la humanidad. El fino hilo de una realidad en vilo era la apuesta de la cordura sobre lo irracional, tanto que hizo posible un muro en Berlín, convirtiendo un territorio en dos icebergs que después de veinticinco años se unieron luego de derribar la

penosa división. Un escalofrío recorrió las dos Alemania, hoy tan solo queda el rezago del vértigo.

Pero el mundo actual se debate entre una atención secuestrada, no por un muro, sino por kilómetros de paredes altas y millas y millas de alambres de púas. El mundo está convulso. Hay un escalofrío perenne porque el peligro anda más veloz que una paz posible. La descomposición social traducida a nuevos modelos de delincuencia y fanatismo religioso nos tienen despabilados: el medio oriente, América Latina y otras tantas regiones del globo esperan del futuro una oportunidad. El escalofrío sigue anunciando signos pandémicos como una nueva forma de suscribir el terror muy, muy cerca de todos.

## ESCRIBIR

La escritura son las alas del pensamiento. Escribir es la certidumbre de que se vive, aunque en ella se delate el sufrimiento del oficio en soledad, aunque sea una verdad dura. Un golpe que se lleva, que hace hablar a las mentiras y verdades en un silencio esencial. Esa soledad, a pesar de todo cuanto ella encierra, sumada a la escritura, salva. Nos salva de llevar encajado el rostro de la locura, también el odio mísero, nos salva de esa maldad que llevamos al lado.

Pobre de quien no escriba por liberar su espíritu al espinazo de su yo inseparable. Cuando la amada desentraña la sombra sembrada en el blancor devoto del papel, descubre el amor hecho letras, un abrazo con bendito acento, el dulce amor en el punto y seguido. El semblante del beso, como ofrenda, es el punto y aparte. Un adiós sollozante reclama una contestación. A lo largo de una historia enamorada. Escribir ha sido el vínculo comedido, resolutivo, por amainar remordimientos ante la distancia lacerante. No sé cuánto hay de cierto en lo que siente el corazón, pero sí el desespero del sentimiento explícito en el papiro llegado desde esa soledad única.

El mundo gira en torno a lo que se escribe. Versos, párrafos, canciones, manifiestos, tocando a las puertas de la sensibilidad como un quebranto, súplica, trozos bíblicos enrumbando el destino humano. Tengo que hablar del poeta; quién más escribe entre las luces de la metáfora, alimento en cada despertar. Esos seres, muchas veces bajo el anonimato pendiendo del desarraigo, haciendo de lo cotidiano una promesa exigua como eterno juramento. El hombre y la mujer reúnen sus sentidos que poco a poco van germinando en letras con vida intrínseca, abrigadas ante una lluvia de imágenes empapando el papel de una luz infinita. Puede ser un murmullo en medio de la tragedia o una alegría enclaustrada, en todo caso, es el sinónimo nombrado de liberación, desprendimiento de lo que ofusca.

Entonces cuando la voz se esconde en las cúspides, brota del manantial confiable, el líquido teñido para servir de riego misericordioso a las páginas que llevan un mensaje a la inmensidad, son barcos llamados libros. Escribir es la magia que acompaña la razón y ésta el texto del alma. Siempre será fiel la palabra escrita cuando el fundamento es atinado y puro, de lo contrario se convierte en púa embarazada de injuria, otras veces es una granada con fragmentos hirientes y venenosos.

## **ALABANZA DE HIERRO**

Solo un intento de hacerme futbolista bastó para anular un segundo chance, una tercera jamás sucedería. Bordeando la adolescencia, mi generación solo supo encaramarse a unos patines de cuatro ruedas para alucinar con la tontera de muchas vueltas a la plaza Bolívar asuntina. Era la libertad de infatigables latidos a la temperatura de las madrugadas decembrinas. La suerte florida de las misas de aguinaldo. El sueño quedaba a merced de las sombras pellizcadas por las sortijas de las primeras claridades. Era diciembre, los primeros anís, y la primera noviecita alborotando las orillas de la travesía amorosa. Al pasar este mes, como triunfantes caballeros regresando de territorios conquistados, debíamos proceder a desmembrar nuestros diminutos corceles de hierro. La regla era ahogar sus partes en una perola de leche Nido o Klin. Ahora era un pozo donde como inertes peces dormirían un largo tiempo para repotenciarse en el viscoso vientre de gasoil.

De pronto nos descubrimos pateando los pómulos de un balón, y haciendo de centinelas de dos marcas y una frontera llamada gol. La calle, con sus medidas distorsionadas dispensaba una entretenida manera de emular a centelleantes figuras. Todos querían ser Pelé. Los encuentros entre calles no hizo esperar cuando se anunció que en el parque Guatamare estaba listo un campo de fútbol ¡coño, era una cancha de verdad! A nuestra corta edad sus dimensiones parecían inaguantables de recorrer. La sombra de dos filas de tamarindo era la tribuna lateral. Detrás de los arcos, también de verdad, sembrados los bosques de matas de mango. La bancada de los equipos eran troncos de coco entre horquetas de guayacán. Uno era feliz en aquella riqueza natural. Los muchachos de la plaza armamos nuestro equipo. Nuestro dominio era el pedazo de calle entre la plaza de Bolívar y la calzada alta, donde está actualmente el núcleo del Sistema de Orquesta. Era una cancha múltiple porque jugábamos pelota de goma y chapita. Nuestro férreo contrincante: la calle Unión.

Llegaron las vacaciones escolares y nos dedicamos a jugar fútbol. Claro, un short, una franelita y los eternos Us Keds eran el ecléctico uniforme. Eran cuatro domingos, cuatro juegos. Ganamos el primero, yo no entré como regular por considerar al técnico Chilito que a mis piernas le faltaba hinchar los músculos. Los de la Unión dijeron que sería el único que ganaríamos, porque para el próximo debutaría Tingo Mondongo. Estábamos alzados, crecidos, mucho más cuando pensábamos, que Tingo no jugaba como ellos pregonaban. Se corrió la voz de aquel Guatamarazo que propinamos a los alabanciosos que asediaban nuestra audacia futbolística. Llegó el segundo domingo y muy temprano vimos pasar el camión de Luis Alfredo atestado de jugadores e hinchas ¡Ahí va Tingo! Dijo alguien con cierto aire de debilidad. Basilio Hernández nos llevó primero y luego a nuestros fans. Listos los jugadores dieron el aplauso inicial, no había pito. De una vez apareció Tingo como un volantín con una aureola de insigne demoledor. Todos se apartaban a su paso, eran solo él y la pelota. Todos los goles los hizo él, yo me negué a participar ante el estrepitoso abandono de los más osados. Como no había tarjetas de ningún color, cada reclamo era una bullaranga Tingo tenía su secreto. Eran unas botas trompehierro, que fulminaba nuestras canillas. Con tal artillería se desvanecieron, al menos las mías, nuestras ínfulas por el deporte rey.

## **FUTURO PERDIDO**

Entre padres es un obligatorio ritual comparar el antes y después de nuestros hijos. Un rito que cada día se repite con incesante ofuscamiento. En un ejercicio de enseñanza tropezamos con el molde personal de nuestros padres. Fueron seres luminosos infundiendo con su personalidad el respeto conciliable con el gesto simple para una lección inolvidable. Uno sabía traducir la mudez con solo mirarlos a los ojos. Una mueca determinaba la conducta a seguir en determinadas situaciones. Pronto uno aprendía el lenguaje corporal para determinar la actuación. La ejecución física era el extremo pero sirvió para no olvidar jamás el reparo al error consumado.

Las heridas del hogar eran otras, depositadas en una sociedad apocada en los detalles fastuosos, y eso había de canalizarse bajo la reserva del respeto y la ética que si tenían nuestros padres. Pobres pero honrados, a decir de los abuelos. Un lema que pareciera lanzado al olvido de un puntapié que rompe los esquemas universales de la humildad. El abrazo a los hijos se volvió impuro, ahora crecen sin la moldura eficaz de la rectitud, se desvía el tronco hacia el lado oscuro, la catástrofe se hace colectiva, se derrumba lo aprendido y el dominio cae en manos de lo foráneo. Los padres se tornaron frágiles en el bosque que plantaron con tanto esmero. Los muchachos de ahora, el futuro, han encausado la pérdida de códigos magistrales para derivar en raíces incapaces de soportar el soplo extraño que contiene la perdición de valores. Ahora el gesto no surte efecto, dio paso al irrespeto por encima de la fiebre de la unión familiar. Ha surgido el alimento corruptible por la violencia como elixir trasegando torbellinos que devoran el resto que va quedando de aquella casta comedida.

Vampíricas propuestas están dispuestas a corromper la doméstica erudición de transmisión espiritual. Las emboscadas calzan aureolas engañosas, espantosas, haciendo irrespirable está contaminada existencia, ebria de golpes bajos, ternura desterrada donde hondea la bandera del miedo por ver decapitada la justicia. Tanto cariño huérfano, amontonados en un futuro infortunado, extraviado de la inmensidad del afecto.

## LOS GUAYACANES MÁGICOS

Por los años sesenta y setenta las tardes asuntinas eran realmente sabrosas. Detrás de la Catedral hay unos guayacanes frondosos, que por aquellos días gozaban de mejor salud por ende de mayor exuberancia. Era cuando se podía transitar por la doble vía de la calle Matasiete, hoy boulevard 5 de Julio. Los carros que subían hacia las plazas de Bolívar y Luisa Cáceres tenían la obligación de pasar por detrás de la Catedral, pero en realidad el tránsito era muy poco por lo que la contaminación, se puede decir, tenía poca incidencia en la vida vegetal de entonces en toda la ciudad.

Había una acera amplia de unos veinte centímetros de alto sobre el nivel de la calle, donde podían, inclusive, estacionarse algunos vehículos sin entorpecer a los que pasaban, con el largo, y anchura de la estructura religiosa. Esta acera estaba tapizada de lajas, que por el tiempo allí habían perdido su rugosa superficie, para entonces lucían lisas, siempre frescas por la bondadosa sombra de los guayacanes. De hecho al lugar lo llamaban así, Los Guayacanes, todo asuntino sabía a cuáles se referían.

Los viejos choferes de plaza dormían allí su siesta, los beodos adormilaban la resaca, los más jóvenes reposábamos luego de las horas agitadas en los salones de clases en el Liceo Francisco Antonio Rísquez. En la Semana Santa este era el lugar preferido para las primeras incursiones amorosas, la luz de los postes era tenue, la oscurana era más densa porque los carros no pasaban por allí durante por las procesiones. Era el escondite perfecto para los tragos clandestinos lejos de las murmuraciones de las beatas que acudían a misa a darse los respectivos golpes de pecho, sin embargo escrutaban para enterarse quién andaba en tareas de enamoramiento.

Allí uno podía roncar más que en su propia casa, nadie lo molestaba a no ser que alguna broma interrumpiera la modorra. Ese dicho que reza:

he visto pasar mucha gente, se ajusta perfectamente a quienes fuimos en algún momento asiduos visitantes de Los Guayacanes, por allí pasaba todo el mundo, todo el mundo lo veía a uno allí sentado “reposando”. Después de un aguacero la acera se ponía demás de yerta y si era un fin de semana mejor porque se convertía en el lugar preciso para libar unos sorbos de ron Don Simón, bebida con la que mi generación se inició en la catadura de rones y otras aguas espirituosas, porque el güisqui era escaso y caro, una botella podía costar hasta doce bolívares, el ron dos bolívares con cincuenta, el litro, una ganga venida de Carúpano.

Nuestros padres se acostumbraron tanto a escuchar Los Guayacanes que cuando nos mandaban a buscar decían: está en Los Guayacanes. No se pelaban. Allí estábamos pasando la mala o pasándola muy bien. Ya a las siete de la noche no quedaba nadie, si era día de semana, porque el frío se colaba y las lajas parecían planchas de hielo.

Hoy en día están los mismos guayacanes mágicos, pero el ambiente cambió totalmente, muchos carros a toda hora, contaminación, delincuencia y hasta la acera quitaron para que los vecinos estacionen sus carros. La ciudad ha cambiado la pregunta es: para bien o para mal?

## SENCILLAMENTE HUMANOS

Los gestos corporales lo dicen todo. Los faciales, las manos, las piernas. Cualquiera sea un movimiento nuestro nos delata en tan solo un ir y venir de una cuadra a otra, en la casa u oficina. Siempre decimos algo. Pero el rostro es nuestra tarjeta de presentación. Alardea con gruesas gotas de sudor o brusco o evaporado. Todo depende de la situación a la que nos enfrentemos, plácido, consumido.

Los pensamientos no sortean atajo alguno porque se mantienen en rezago. Surge una suerte de distensión que suele permitirle aflorar una actitud, es preciso que se tome de la mano con el tiempo que anda sin urgencia en echar a andar minutos para engrosar horas, de algún modo ellas pasarán inadvertidas.

Así se escurre la vida, entre despertares y sueños, mirando los mismos retratos y cómo se van desdibujando las sutiles sonrisas hasta quedar solo una mancha amarillenta en el papel aplastado contra un delgado vidrio convertido en su piel por años. Así la mirada alegórica de días antiguos queda truncada.

Los recuerdos viajan incesantes por entre la memoria en un minúsculo almanaque acomodado en algún rincón reminiscente.

Entre otras particularidades adoramos la fraternidad y coincidimos en confrontar el dolor, la pérdida de alguien querido, cercano o algo muy de uno. Somos explícitos en la evocación por los ausentes infinitos, entonces desfilan los destellos llevando una herida desgarrada poblada de adioses. Y los ojos se humedecen, haciendo la cara yerta.

Cuando asistimos ante la caja donde está el despojo que será guardado bajo tierra, vemos pasmados a través del cristal el rostro mudo, inerte, que nada dice porque ya cumplió su ciclo terrenal. Entonces nos

asalta el presentimiento de cuando acabe para nosotros esa forma de vivir con todo nuestro cuerpo diciendo.

Somos simplemente personajes de un cuento sin fin, que cada día revive en muchos que transitarán por entre la multitud de seres humanos. Que eso es lo que sencillamente somos.

Habitamos páginas envueltas en hábitos de amor, pasiones, quebrantos, felicidad y miseria. Miramos el mismo cielo, pero somos diferentes. Sentimos el mismo mar, pero caminamos contracorriente. Son las manías por ser humanos, nunca estar conformes con la vida, de allí que sucedan los desencuentros, en su mayoría con lamentaciones inauditas, insolentes dejando mucho para repensar en la intención de la creación al hacernos tan diferentes, y eso será el costo a pagar por vivir asumiendo consideraciones desiguales, impetuosas, mientras los fangales esperan enriquecerse de avaros, insolencias.

Qué le vamos a hacer, así somos los humanos y sencillamente así somos. Miremos pasar la caravana diciéndonos hacia dónde va con su carga enigmática, y es que si lo pensamos bien cada vez nos conocemos menos, eso es la parte nefasta de la humanidad.

## **SOLEDADE Y DESPUÉS SOLEDADE**

Buscando olvidar su pasado jipi, Simbrosio Pinto decidió largarse de su natal Maracaibo a la enmarañada capital del país. El trasnochado aventurero, luego de vivir aislado en un mundo que tocó fondo a los finales de ochenta comienzo de los noventa, decidió echar al cesto del olvido los ingredientes que acecharon su vida y la de muchos otros que quedaron en el camino tras un alucinante convivir de vicios y propósitos inviables, pero era la rebeldía universal la que hablaba. Las drogas, el alcohol y las malas compañías fueron el detonante para quienes quedaron colgados en una nota abobada, y una conciencia hecha jirones, además de cuerpos casi inservibles para nada útil a una sociedad, que por mucho tiempo sufrió la decadencia de sociedades desarrolladas, emularlas fue la perdición para miles de jóvenes que ansiaban un mundo construido de la más absoluta carencia de valores, el amor y la paz eran solo una excusa.

Todo eso lo pensó Simbrosio antes acertar con la decisión de despojarse del pelo largo, barba espesa y descuidada, de un ropaje que hacía mucho había perdido lo alegre de su colorido, pero principalmente de su figura enjuta.

Una pensión en el centro de Caracas sirvió para ordenar algunas ideas sobre cómo iniciarse una vida en ese monstruo donde nadie importa a nadie. Con poco dinero pudo recorrer la ciudad en autobuses que daban la vuelta a la ciudad por medio real, una arepa de caraotas y queso blanco costaba un bolívar, así pudo conocer cada rincón en poco tiempo, hizo amigos que vendían libros y no les iba mal. Así comenzó una nueva vida al lado de grandes escritores del mundo. Se alejó de las malas influencias y se metió de lleno en la lectura. A poco de iniciarse como librero ostentó una bagaje de conocimientos contrapuestos a los ganados haciendo nada en una oscura calle de su ciudad fumando marihuana y comiendo hongos alucinógenos.

La poesía fue su refugio pasando por los más connotados bardos nacionales, atesoró el pensamiento universal de la filiación humana, diferentes concepciones de vida. Aprendió a escribir poesía, se hizo poeta. De reojo miraba la vida sonreírle, se sentía con mejores bríos para enfrentar ese otro modo vivir, sufriendo por otros y todo lo dejaba ver en sus poemarios que vinieron luego que fuera descubierto como el Poeta del Puente, lugar de la avenida Fuerzas Armadas.

Las invitaciones a recitales eran a diario, la popularidad corrió por entre los intelectuales capitalinos que entonces lo visitaban en su quiosco de libros, llegó a vender más a que las reconocidas librerías de Caracas. Pero sufría en cada poema, desgajaba su yo interior por la crudeza de lo que decía, las perturbaciones por la desigualdad que se vivía en una sociedad perversa y llena de corruptos. Escribía de un mundo nuevo, por venir que abrazara al pueblo y lo librara de las manos de los especuladores de su existencia. De un momento a otro pasó a ser enemigo de los amigos que lo visitaban y alentaban su poesía, ahora estaba solo otra vez, encerrado en otro mundo, este, aunque más sublime, no dejaba de ser molesto para muchos que no gustan de los poetas porque dicen la verdad. Murió solo, enterrado por sus amigos libreros, sus poemas andan sueltos entre gente que si lo extraña.

## **CANTARES DE SANGRE Y PLOMO**

Juanito Poema y Juanita Cantares. Juntos fue la pasión viva de vivir la alegría aderezada con música y cantares. Los dos juntos fueron el capítulo aventurero del corrió mexicano en tiempos de la declaración revolucionaria. Fueron el extremo entre la simpleza de la muerte y las profundidades dialécticas. Entre el compromiso de querer patria y el sentir consecuente de la ideología. Ambos vivieron la audacia rebelde de fundir versos y el plomo golpeando pechos. Teñir de rojo un tiempo fatuo, y sobre el mismo rojo crecer la sed nueva al son de un pueblo distinto con gentes de conciencia nueva. Juanito y Juanita desafiaron la mancha desoladora que carcomía la vasta geografía del México indomable, pero aun así espoleado por la traición de manos mordedoras asfixiando el brote libertario. Ellos cantaban y recitaban y bailaban al son del pueblo concediendo versos alentadores, pregonando el ladrido de la pólvora.

Cambiaban de aldea según el curso de la caravana combatiente, con gotas de sudor anegando el desierto íngrimo, convidando las serpientes a sumarse a la lluvia de la conciliación por merodear el triunfo. Un bojote de pinches cosas era todo cuanto poseían, eran fervientes enamorados de las causas justas por los más oprimidos. Eran así de sucesivos en la práctica humanista, poéticos hasta en el roce social, el canto poemario como bálsamo al dolor por la ausencia de todo cobijo.

Ellos, Juanito y Juanita masificaron el discurso llano que dice mucho cuando todos callan. Se atrevieron conferirle a la palabra gargantas frescas levantándose como criaturas ecuestres con fuerza para devorar el derrame de distancias para no sentirla prisionera, sino que más bien fuera escuchada más allá de la serpentina que bordea y da forma a México en el mapa extenso de las américas. Poco a poco la medida de la ganancia se fue haciendo visible en la radical revuelta campesina contra Porfirio Díaz, quien va a elecciones en 1910, pero antes hace preso a

Francisco Macedo, candidato solidario con los humildes, quitándole así sus derechos constitucionales.

La revolución mexicana comenzó el 5 de octubre de 1910. Con el pregón del Plan de San Luis, Macedo llama al pueblo a levantarse en armas y para el 20 de noviembre de ese año declara nulas las elecciones presidenciales. Luego se suceden muchos hechos arreglados debajo de mesas. Las voces de Emiliano Zapata y Francisco Villa retumbaron junto a sus figuras fulgurantes para iniciar fecundas incursiones contra la fealdad gubernamental de esos días de descompostura. Para llevar por siempre el recuerdo de Juanito y Juanita surgió de la dureza de los cascos duros y miras de fusiles este corrío revolucionario titulado “La rialera”, que así dice:

*“Yo soy la rialera y tengo mi Juan,  
él es mi vida yo soy su querer,  
cuando me dicen que ya se va el tren,  
adiós mi rielera ya se va tu Juan...”*

Ambos murieron igualitos a la revolución, bajo el fuego que se hizo espejismo, borrada por la misma arena del desierto inundada una vez con el sudor de las ganas y mirada de suspenso.

## BUENA LECHE

Cuando Venezuela se disponía dejar atrás los años de conmoción por las duras guerras en las que se regó tanta sangre patriota, y de los que vinieron con intenciones imperiales de sometimientos, comenzaron a surgir pueblitos sobre lechos ruinosos, con una geografía amorfa. No había linderos de consideraciones entre los graneados asentamientos que iniciaban la conformación de una Venezuela nueva, realmente casi reinventada.

Por allá por Onoto en el estado Miranda, de una sola calle, o más bien un camino sembrado de achote y prósperas plantaciones de plátano y banana, las pocas casas construidas de barro y caña se alumbraban con lámparas de carburo. Cuando la plaga se hacía insufrible, una inmensa fogata activada en la cabecera del sendero iluminaba por completo el caserío, también su suerte, en ese tránsito indefinido hacia no se sabía a dónde. Como suele suceder había un señor alto, de uno noventa, fornido y oscuro como el fondo mismo del río Cataca que les permitía la vida en sus laderas. Era un bregador de sol a sol de sus propias plantaciones, era el amo y señor de todo Onoto. Era un taciturno a pesar de su reciedumbre, de poco hablar, de mucha astucia, por algo le nombraban El Patriota, se llamaba Simón, *“mis apellidos se los dejé a los gusanos”*, decía imperturbable.

Su soledad lo hizo un hombre inexpresivo, nadie sabía de sus aventuras porque jamás hablaba de ellas, aunque una enorme cicatriz le cruzaba el pecho. Los más habladores especulaban que había sido con una lanza a manos de un español, al que luego de arrebatársela se la clavó por debajo de la mandíbula y la punta le salió una cuarta por encima de la cabeza, a su caballo lo agarró por el pescuezo hasta dominarlo y hacerlo suyo. Fue su compañero por muchos años hasta que una peste lo mató. Cuentan que lo enterró en el platanal, que lloró como un carajito, fue la única vez que hizo.

Vivía solo en una choza de paja, y la única visita que hacía era a Columba, quien a veces le daba algo de comer, también dicen que se comía los murciélagos que atrapaba con una cobija negra que siempre usaba cuando se internaba en las soledades de sus plantaciones. Un día, el 3 de junio de 1883, Columba se sorprendió al no encontrar el tazó de leche que siempre guardaba encima del fogón para mantenerla tibia, de tal manera que acusó a Simón de ser el bebedor de su esperanza blanquecina. Por suerte para ella, el gobernador Amador Antuáñez estaba recorriendo esos parajes y a sus oídos llegó el ruido del escandaloso hurto. Envió a dos de sus guardias para aclarar el asunto y no estorbar su visita institucional. Columba en medio del camino profería insultos contra Simón, quien permanecía impávido envuelto en su manta negra. Los dos guardias se le acercaron pero fueron repelidos por sendos golpes, volvió a colocarse el mantón encima. Los dos hombres insistieron y ocurrió lo mismo. Alguien avisó al Gobernador quien personalmente fue ver lo que acontecía, luego de bajar de su caballo desenfundó su sable y se acercó al Patriota, cuando alzó el espadón le dijo Simón: *“si me toca le tuerzo el pescuezo”, “lo que quiero es que deje de armar berrinche en el pueblo, qué es lo quiere”* apuró el Gobernador, Simón respondió: *“su caballo”*. Al alejarse pidió disculpas a Columba asegurándole que en lo sucesivos él le traería todos los días su leche, porque ahora tenía un caballo.

## LETAL

Las horas, siempre las mismas, pasan desmesuradas. Las del día en silencio. Las madrugadas son ciegas, desiertas por la huida de los grillos, presagiando la rasgadura con disparos que infunden miedo. La noción de los jóvenes, en vez de ser la de vivir, intenta cruzar alguna línea para sobrevivir, lejos de aquella tierra sembrada de cruces por todas partes. Una andanada de vicios transita por un caos subterráneo, es un mundo sin perspectivas, donde todo se amolda al daño por hacer. Es simplemente un elenco teatral al filo de una obra sórdida. Allí prevalece un guion afianzado en la interpretación del más fuerte, el más brutal, el más letal. El débil tiende a desaparecer porque estorba como un extra de la película.

Toda capacidad de solución se tramita con la anuencia de unos nueve milímetros o un treinta y ocho, juegan a los chicos malos, a lo peor de Chicago. Las balas salen raudas en busca de un cuerpo que aniquilar, las calles se tornan espantosas, la razón es el trofeo convertido en territorio de un dueño venido del horror profundo. El naufragio social al que asistimos a diario edifica su propio lenguaje escrito en la piel a modo identificador, son tatuajes con poemas desrealizados. Con sus manos trazan un lenguaje acontecido con acentos violentos, autóctonos de rasgos e intenciones extrañamente convenidos.

Las bandas o pandillas son el sueño de muchos muchachos para drenar la euforia de la descomposición que pide a gritos el encausamiento de valores hogareños, por muy deprimidos que estos sean. Centroamérica pareciera estar cercada por la ferocidad de centenares de jóvenes aullando una venganza heredada del abandono por gobiernitos demasiados corruptos, que no han mirado más allá de sus alforjas, las necesidades de los pueblos.

Como una mala fiebre han extendido las pesadillas sin reparar en el dolor de los padres por verse traicionados en sus anhelos de mejorar

situaciones paupérrimas. Ahora le toca a los niños ir despabilados buscando dónde encontrar, al menos, una comida tibia, al menos una. Dónde conciliar un sueño reparador donde no despierten con el sobresalto de verse apuntados a la cabeza y obedecer a seguir el camino hacia una muerte segura a cualquier hora del día o madrugada. Las noticias son desoladoras, a un ritmo constante, la angustia se desliza por las esquinas de los barrios como si se tratara de una ruleta rusa, al que le toca le toca, y se truncan vidas, es como si el futuro se hubiera detenido quién sabe dónde. Tal vez tenga muchas dudas de avanzar y no encontrar a nadie.

## **EL MAÍZ DE LA DISCORDIA**

Mientras era descubierta la harina de maíz precocida, por ende antes que se hiciera infaltable en la mesa margariteña, solo era posible comerse una arepa de maíz pilado ya fuera blanco ya fuera amarillo. Lejos estaba el mundo de enterarse de que la ideologización de factores políticos se esclarecía según el color del grano salvador.

Eran los tiempos de Acción Democrática (AD) y Unión Republicana Democrática (URD). Ambas toldas mantenían tal disputa ideológica, que la afrenta era visible hasta en lo estrictamente culinario. En cada hogar el maíz representaba una consigna política. Cada familia, con toda libertad, compraba en equis bodega el blanco o amarillo maíz. Tal polarización causaba conmoción entre los bodegueros, quienes debían tener la mercancía de ambos colores, aun con alguna individualidad partidista. Me tocó de cerca vivir tal situación, porque mi padre Juancito Prieto, era un jovitero furibundo, claro, compraba entonces dos sacos de amarillo, uno de los cuales era para el consumo doméstico y uno blanco para la clientela adeca. Así libre de culpas estaba la bodega El Almendrán.

El color de la bola de masa que se llevaba delataba la simpatía por tales líderes. Cada quien sabía quién era quién. Por aquellos tiempos había en La Asunción lo que llamaban máquinas de moler. Donde la población acudía cristianamente a diario cargando su pana con el maíz sancochado. Comenzando la madrugada había que hacer fila para recibir del otro lado del molino la porción de masa. Desde esas horas la muchachada, me cuento entre ellos, antes de irnos a la escuela debíamos cumplir con esa sagrada tarea. Estas máquinas estaban en Buenos Aires, justo al lado del hoy Colegio de Médicos, en El Mamey, frente a la Cruz, subiendo para el Copey, frente a la Plaza Arismendi y en la Otra Banda, cerca del negocio del señor Bardomero Campos. Si alguna estaba dañada comenzaba un periplo por el centro de la ciudad.

Recuerdo que una vez mi papá antes de salir a cumplir con el mañanero mandado, me dijo: *¡no dejes que nadie con maíz blanco se te colee y cuidadito lo traes veteado de ese color!* El mandado era cumplido con rigurosidad, de lo contrario por lo menos un regaño era seguro. Al fin apareció la harina precocida y estas trifulcas se fueron disipando en el tiempo. Ahora hay que comerse la que esté disponible.

## DESPIERTOS

Un estallido rompió la madrugada, traspasó el silencio, nos mató el sueño.

Fue premonitorio de lo que posteriormente se le vino encima a la ciudad. Ahora todas las madrugadas son violadas con ataque incesante a su reposo, antes, invencible. Ahora la ciudad duerme atacada, despierta atacada. El silencio ya no se escucha como antes, como un laberinto perpetuo, sin fin, donde nada era nunca. Hace mucho tiempo nuestras vidas cambiaron para siempre, un siempre llevado a rastras con un enorme dolor en el ser que fuimos una vez, que ahora pasará mucho tiempo para vuelva a florecer, como antes, cuando éramos regados de silencio.

La ciudad ha sido tomada abruptamente por la fascinación al sufrimiento, mucho más: a la muerte. Aquella quietud inmarcesible ganada con rigor por sus propios habitantes, recibe disparos humillantes, un atentado a la costumbre de una realidad con buena salud emocional. Allí no cundía el pecado, solo el natural por la carne, aunque nadie confesara, aun en el más asfixiante triángulo pasionario. Todo cambió de pronto. La irrupción de una aterradora pesadilla advierte un sometimiento colectivo y la concepción de un miedo terrible.

Desde una perspectiva humana, la indiferencia se convierte en un absceso pecaminoso, porque no se puede hablar siquiera de lo que acontece, mucho menos propiciar alguna quejumbre, proveniente de algún lado, cualquiera puede experimentar una visita inesperada a la hora más inusual dentro de lo que cabe en el estricto rictus de sana urbanidad. Los valores cada vez más se repliegan al pasado. Ahora todo síntoma de calma es una tensa ceremonia por esperar encontrarnos con un rastro de sangre, rezar por el caído.

Ahora se vive con la identidad del inocente perseguido. Los días se han vuelto una crónica negra, la ciudad se siente con una mancha de

encrespamiento que poco a poco se torna costumbre. Son retratos que delatan el insistente atentado contra las noches, madrugadas, y el silencio con el que hasta ahora convivimos. Lo cotidiano es el desaliento. Ahora dormimos despiertos esperando un estallido mortal.

## LOS DÍAS DE SU ADIÓS

Un almacén de madera yace en la arena. Sobre sus propios restos. Detrás el eterno sobreviviente: el mar. La mar antigua que todos los días recorre el mundo, alistado siempre como soldado embistiendo furibundo algunas veces, otras con una calma chicha extravagante. Pero el maderero está allí arrumado, con sus días contados. Los días de su adiós.

Solo el recuerdo de lo que fue queda en algunas memorias, delatando el portento de su costillar, de su quilla altiva fustigando turrumotes de agua que se le abalanzaban interrogando su cuerpo abrumador, por conocer su ruta y azuzarlo hasta su final destino. Cuántas lunas y soles sobre sí, acampando en su salitrosa piel, donde las llagas de óxido eran voces de grima encrespándolo, aturdiendo su robustez.

Pero el tiempo, entre rimas de polo y galerón, advertían el perfume de la omisión resplandeciendo como un pájaro negro llevando una carta nefasta de desamparo. La rosa de los vientos con su plumaje inquieto, asiste al estruendoso motor indicándole en su ceguera el camino de las estrellas trémulas en el infinito. Los apretados listones de roble encorvando su espinazo, se agruparon para aupar su soberbia como himno en sus gargantas de colores brillantes, y así amainar los tropiezos vibrantes de los escupitajos incómodos y bravíos de la mar.

Allí estabas, siempre con norte franco a tu favor, distanciado entre tierra firme y nosotros los isleños, que sabemos de los encajes de marfil que las olas desovan como collares sobre la granza teñida de algas hechas ruinas, cuidando de los guamos que escarban buscando el consuelo de la sombra humedecida.

Cuántos de nosotros acudimos a su soberana cubierta admirados de su talante de caballo cerrero, posteriormente zarpar sobre el vasto llano verdeazul a dominar amagues del cruzamiento de las ventiscas, que hacían

rugir como fieras los atestados baos, como venas husmeando su épica nobleza.

Así fue el comienzo de una navegación escrita con coraje y azote puntiagudo, por desvelar los misterios que nos depara el mar. Los margariteños han enarbolado sus músculos y sabiduría para dominarlo, y es que él, el mar, nos acecha como un gigante altanero, pero que se embriaga y se vuelve dócil, porque sabe que las manos marineras son el halago de la querencia relumbrante que en el ramaje de las tormentas, se crece trepando el aliento que la Virgen del Valle y el Cristo del Buen Viaje les irradia para volverse Poseidón. Con todas sus fuerzas, el marino de aquí se adelantó cazando los nervios naturales de su humanidad, haciendo un haz trenzado de oraciones para navegar en la inmensa soledad que tiritita en las orillas de la borda, haciendo impoluto el afilamiento de la Cruz del Sur.

Pero el llanto se atreve y conjuga, uncido al tropel de los pasos del tiempo como bueyes alelados, surcando para la próspera cosecha. Es el tiempo de la despedida, es terrible verlos cómo varan, sacudiendo sus misteriosas historias, arrastrando el último ocaso que será su último destello, su despedida. Vendrán nuevas auroras, volverá la mar a empapar reflejos de pintura nueva de otros radiantes barcos, con ansias infinitas de apaciguar distancias, a sabiendas que las conmociones de la navegación revivirán sus gestos para estofar las carnes del algarrobo, del yaque, del guayacán, del zapatero.

Así vemos nuestras orillas, sembradas de esqueletos, que se volverán remotos, en muchos casos tizones para espantar la plaga en las noches después de una garúa. Las lamentaciones no harán falta, pues yacen las barcasas inútiles como cálices franqueados por manos saqueadoras, agonizando con sus mejillas vueltas pesadilla, ya no muestran su lustre salino y se vuelve caprichoso su nombre de mujer, que destacó honroso y fuera inspiración de su capitán, enamoramiento y ternura mezclados para robustecer su corazón. Ahora la tristeza es un

abanico que se abre mostrando martirio, donde el relámpago no se refleja, donde el aleteo de las gaviotas y alcatraces se tornan recordación.

La malagueña, aparece con sus letras de dolor por el escandaloso lapsus que consume el vaivén en el escaparate entre la popa y la proa, desde donde se avistaba el coloso motor tragando combustible, despidiendo su perfume de humo. No hay nada más lastimoso que la congoja de un barquero por su nave muerta, su prenda querida, a decir de Augusto Ramos con su margariteñísima letra: *Adiós mi prenda, mi amor querido, adiós te digo porque me voy...* A veces no hay tiempo para achicarlos de olvido.

## **CUANDO TOMÁS CAZORLA QUISO SER MEXICANO**

Sentado en el umbral de sus sueños, Tomás Cazorla puso pie en el Zócalo de la capital mexicana. De allí partió a los cuatro puntos de los vientos en busca de aventuras, como los grandes rancheros de Monterrey, Jalisco, Tijuana, Taxco y la gran cortina divisoria con tierras nortañas. Así los veía en las películas mexicanas que proyectaban los domingos vespertinos en el cine La Asunción, de Félix Silva.

Aprendió a bailar como Resortes, hizo morisquetas tintaneras y expresiones cantinfléricas, con el abolengo lingüístico, arrastrando gracia y ocurrencias. Usaba un pistolón juguetero como Jorge Negrete, y se internaba en el Cerro #2 cantando a lo Miguel Aceves Mejías, se pensaba el más aguerrido charro. Caminaba erguido, anchando los brazos, como viviendo un permanente duelo contra nadie.

Irremediablemente lo agarró la adolescencia. A los diecisiete años comenzó a vivir otro de sus sueños, hacerse artista plástico. Escogió la cerámica como portento de sus habilidades manuales. La Escuela Pedro Ángel González, sería la plataforma para alzarse unos años luego como el mejor ceramista neoespartano, y contado entre los mejores de todo el país. Quizás el candor de los arenales chicanos lo inspiraron sin darse cuenta que de alguna manera tenía que ser manito.

Encausado en sus serios propósitos de enseñar, llega a la Escuela el profesor Vicente Alvarado Padilla, mexicanito puro, de Jalisco y ceramista. Tomás se dijo; demasiada coincidencia, ahora sí es verdad. Con este profesor Tomás aprendió nuevas técnicas para la doma del barro, pero sobre todo alimentó su pasión por la tierra del chile y el tequila, luego no había mata de chirel que se le pusiera en frente. A tan corta edad fue el alumno más aventajado de Padilla, dicho por propio Padilla. Tanto, que lo convirtió en su asistente, así devengó sus primeros cobres; cinco bolívares a la semana. Lo suficiente para estrenar los filmes aztecas. Llegaba de

primero y se iba de último, acompañaba al profe a quemar las piezas, a leña. Regresaba a media noche a su Buenos Aires querido, los de La Asunción, en su bicicleta Benotto. En esas tenidas laborales-culturales se aprendió muchos corridos, con Padilla charrasqueando su vieja guitarra, mientras la candela hacía lo suyo. Al tanto de un tiempo, ya supo que Tomás sería una promesa de peso en las artes de fuego, por lo que pensó en llevárselo a Jalisco. Pero había que dar un paso difícil: decírselo a su abuela, María del Carmen.

Tomás rogaba a todos los santos que su terca cuidadora dijera que sí, que Dios le iluminara el juicio, y él poder viajar a la tierra de sus sueños.

*-Señora María quisiera que Tomás se viniera conmigo a México a estudiar, no se preocupe que no le faltará nada, solo va a estudiar. Le manifestó el profe. Padilla.*

*-Pa' México? No mijo, mire señor, déjeme mi muchacho aquí, además yo he visto en las películas cómo matan allá a la gente, y a los muchachitos le disparan a los pies pa' que brinquen como conejos. Olvídense de eso usted y Tomás.*

Aquel umbral nunca más estuvo a disposición de soñar a ser mexicano. Ya jubilado y con la gloria de ser un maestro con todos los honores muy pocas veces apretuja la arcilla, y de cuando en cuando entona: *México lindo y querido...*

## INFARTO QUE PUDO SER

La siesta de un bodeguero es de lo más sagrado que pueda existir en el plano laboral. Tiene su secreto. Es una especie de pócima para aliviar las presiones de un espíritu hinchado de amarguras por la falta de consecuencia al momento del pago de los privilegiados de un fiao, o, el artículo tal que no acaba de llegar. Además reconforta para volver la jornada vespertina. Es el más apegado sinónimo a un silencio insondable, a un heroico descanso que gestará nuevos bríos para sonreírle a la clientela, que nunca falta.

De toda esta atmósfera calmosa puedo dar absoluta fe, sin detenerme en disimulos ni exageraciones, porque soy hijo de Juancito Prieto, bodeguero de La Asunción. En nuestra casa se guardó celosamente este designio laborioso, cuasi cuartelazo, al pie de la letra.

Pasado el mediodía entraba nuestro hogar en una suerte de trance, el tiempo parecía congelado en los copos de las matas de pandelaño, jobo, parchita, castaña, y otras que hacían del patio un sabroso convite de esparcimiento bucólico. Imperaba el dominio solaz. Cada quien en lo suyo, con la quietud incluida en el repertorio de la parsimonia. La sombra encantada de un frondoso almendrón enfrente a la bodega, servía de custodio al cruce de juegos y conversas, apurando la despedida del tiempo con insuperable simpleza. No teníamos la natural agitación infantil para no comprometer la acción balsámica del reposo de padre. Mi madre, fortalecida de paciencia desorientaba cualquier indicio que pudiera resquebrajar la rutinaria jornada de quietud, un solo imprevisto acarrearía el desmontaje a la plácida consumación onírica.

Pero existía Hortensia, una anciana larguirucha como una aguja de tejer que por poco puyaba las nubes. Ella, sorpresivamente desencadenó una terrorífica situación justo cuando mi papá se apaciguaba profundo. Aparecía después de las tres de la tarde a tocar la puerta repetidamente

hasta que cualquiera tomaba la rauda iniciativa de abrirle antes que volviera a posar sus huesudos nudos en el tablón de cedro, que retumbaba hasta la tapia del patio de afuera. Un par de semanas bastaron para que mi mamá, Elba, entrara en pánico ante una maldormida reacción de Juancito. La razón de tan inoportuna irrupción era para coger unos cogollos de limón para la elaboración de suspiros, manjar dilecto de la dulcería asuntina. Ante el remedo a la fatalidad que rondaba nuestro apacible caserón, dibujado en el acontecido rostro de mi azorada madre, mi papá sabiamente, ante el síntoma de aflicción, tomó la delantera y la consoló con un: *no te preocupes, yo tengo la solución a esa bendita molestia*. Un respiro profundo calmó su ansiedad. Los bodegueros asuntinos tenían la imperiosa necesidad de comprar la mercancía en Porlamar, pero debían ir unos días antes para que la solicitud requerida estuviera a su disposición uno o dos días después.

Un viernes, que no correspondía a hacer dicha diligencia, dijo padre a mi mamá que asumiera el control de la bodega por un rato, que iba para Porlamar. Se extrañó muchísimo, pero así lo hizo. Pasó una hora cuando regresó en el carro de Chico Salcedo “El bachiller”, sin ayuda, bajó de la maleta un saco de pita con un misterioso contenido. Se cambió de ropa y sin mediar palabras relevó a madre del inusual turno negociante. La curiosidad de ella llegaba al límite. El sábado muy temprano, con la intención de averiguar sobre aquel bojote caprichoso, se encontró con el sacó vacío tirado en medio de la cocina. Tampoco quiso preguntar. Pasó el domingo y nada sabía, nadie sabía nada. Las horas se atiborraron de un suspenso exasperante, Volvió el lunes y mamá sentía que de un momento a otro estallaría por la comezón que la agobiaba por dentro. Como un ritual invariable se cumplía sin mayor novedad, padre almorzó con su singular pasividad, colgó el chinchorro pero no se acostó. Madre atenta, espiaba cada uno de sus movimientos. Padre paseaba por el patio, en extraña actitud. A la misma hora de todos los días se dejó escuchar el toc toc en la puerta. Padre se apresuró para abrírsele a Hortensia, quien esta vez llevaba un paño terciado a la coronilla aguantando unas hojas de bairrúm por un dolor de cabeza que no la había dejado dormir. Madre se hizo la

desentendida, oteando el panorama como quien no quería, desde la batea en el patio de afuera. Hortensia cruzó la casa directo a la mata de limón. Padre se recostó de la mata de almendrón y esperó silbando el hermoso vals del maestro Augusto Fermín “Quisiera”. Al ratico, un grito desgarrador atronó la Calle Virgen del Carmen hasta la Plaza Bolívar, después, un espanto con ojos de persona salía huyendo despavorido dejando escapar un tufillo a cagantina. Madre sorprendida preguntó a padre que había hecho con la pobre Hortensia. *Nada*, dijo él con una sonrisa picarona revestida de satisfacción. Cuando todo volvió a la calma padre reveló la gran incógnita: *¡Carajo! que compré una docena de iguanas en el mercado y las regué en el patio, alguna debió estar en la mata de limón.*

## EL ÚLTIMO ATAÚD

A muy temprana edad conocí el oficio de mi papá: carpintero. Todos los días iba a la enramada donde estaba su precaria acería, en el último rincón del patio de la casa. La casa vieja donde nací. Allí no hacía más que jugar con listones y otras tablas desechadas por sus habilidosas manos. Un día en que estaba muy atareado con un encargo que debía entregarle a un cliente buena paga, sucedió lo que siempre pasa en La Asunción cuando la pelona hace su aparición. Esta vez se llevó a dos prominentes personalidades de un solo guadañazo. Los familiares, ante las sorpresivas defunciones acudieron a Juancito, mi papá, para finiquitar lo de las cajas mortuorias ante la emergencia presentada. Afortunadamente, y para aliciente de los deudos, mi padre acostumbraba a tener un discretísimo muestrario de ataúdes a disposición de inminentes decesos, por supuesto variaban en tamaño.

Ese azaroso día por las tribulaciones del nefasto compromiso, también acudí a su taller provisto de un robusto banco donde cepillaba y armaba desde un escaparate hasta una huérfana repisa donde colocar un florero. Antes de precisar los retazos de madera que servirían de protagonistas en mis réplicas peliculeras, con sus fuertes manos me tomó por la cintura y me encaramó en aquel mesón gigante tapizado de aserrín, sentándome sobre una perola de leche Reina del Campo. Luego me dictó precisas instrucciones con su infrecuente paciencia. Apenas había terminado de limpiar los sarcófagos escogidos que permanecían penitentes en un rincón destinado al almacenaje de urnas en espera de su retiro por parte de los demandantes. Mi incursión carpintera consistía en adornar cada filo de las cajas mortuorias con tirillas de un endeble cartón gris, conteniendo en alto relieve una flor de lis repetida consecuentemente en una cadeneta. Previamente, debían estar forradas en terciopelo negro. Las dos concluidas, completaron el carácter sobrio del luto, de un respeto ilimitado. Por tratarse de quienes se trataba los rebordes debían llevar doble tirilla.

Unos años después mi papá acusó dolores de espalda atribuidos al esfuerzo de estar doblado tanto tiempo cepillando y claveteando. El calendario de su humanidad reclamaba descanso, aunque fuera parcial. De tal manera que decidió cambiar Carpintería la Fraternidad por el oficio de bodeguero, fue así como nació Bodega El Almendrón. Yo seguí creciendo y jugando en el patio. La enramada se fue deshaciendo igualito a un ataúd que había quedado esperando por un inquilino eterno. Quedó recostado a una pared de bahareque como lindero de los patios contiguos, solo le faltaba el terciopelo negro y el ribete gris con la flor de lis.

## SE HA ESCAPADO LA VOZ

Para el despacho de la crónica de hoy, tenía prevista otra historia. Estaba abocetada, el andamiaje que voy construyendo durante la semana, estaba a punto de fraguado, a decir de la mezcla de los elementos. Pero el jueves pasado a las cinco y media de la mañana, surgió lo imprevisto: Cucho Berbín había muerto. La estocada fue profunda, tanto, que un temblor terminó de sacudirme la soñarrera. La memoria, con tan sorpresivo detonante se afincó en el recuerdo de mi mamá. A Cucho La Asunción lo vivía todos los días, con su andar plantado en el lomo de un bastón, una cachucha lo retrataba como viejo sonero, sus bluyines cortos dejaban ver la torpeza amaestrada de sus otoñales rodillas, y eso sí, los labios ceñudos silbando, silbando, a toda hora, día tras día silbando, era su manía para estar contento, sin bufonadas, sino con afinada prestancia.

Por allá por los setentas, siendo yo un niño y La Asunción alcanzaba el rango de cuna de músicos, la Orquesta Ritmo del Caribe daba el palo en cuanta fiesta se programara en la isla y también en tierra firme. Cucho ya era la voz. Todos aupaban a aquel muchacho blanco y picaresco que hacía mecer las parejas con su tono nato de juglar caribeño. Las letras pegajosas de los mejores boleros mexicanos y portorriqueños le otorgaron el beneplácito de mejor intérprete de boleros en el disputado ambiente tutelar de la rumba. Muchacho al fin, no asistía a estas veladas imponentes de música fresca, hallando lugar en los primerizos amoríos. Cuando el Colegio de Médicos, a dos cuadras de mi casa, inició su época de oro, el escuchar la mejor música era el cielo. Así supe cuánto le gustaba a mi mamá aquella pieza titulada Vieja luna, de Orlando de la Rosa. Cantada por Cucho era la compañía que la ciudad esperaba con ansias para conciliar el sueño propicio. Ella esperaba esa canción. Por la mañana su tarareo era la excusa de la evocación. Jamás, menos a estas alturas, olvidaré la letra tan decisiva: quiero escaparme con la vieja luna/en el momento en que la noche muere.

Ya crecidos y con la anuencia para los debutantes tragos, si no éramos invitados a tal fiesta nos sentábamos en la Plaza Mataíllas entregados al disfrute clandestino. Así nos aprendíamos las canciones que luego rendíamos al pie de alguna ventana de la elegida, no podía faltar Vieja luna y Quisiera, del maestro Augusto Fermín. Quizás con la timidez de emprender viaje Cucho esperó a que apareciera su vieja luna, aprovechando el silencio que hacía guardar su voz. Las madrugadas seguirán siendo las mañanas de la adversidad, como dice la canción.

## **PACHICO EL BENDITO**

*A Francisco “Pachico” Rodríguez Prieto*

Su rostro. Parecía a punto de romperse con apenas un soplo. Las líneas de su frente eran un libro con páginas hechas de piel. Un libro remoto, amarillento. Era también menuda. Tanto, que no le era posible tocar, siquiera, las flores del Santo. Su andar por la vida era obvio en la curvatura de su espalda por el mucho oficio. Un camisón estampado con capullos a medio luto y una delgada fusta para amoldarlo a su flacuchenta cintura revelaba su indiferente ostentación corporal, solo esa prenda le bastó para cubrir sus cuatro huesos.

Es Viernes Santo y el luto es un obsesivo hábito por redimir las penas ante Jesús, hijo de Dios, su crucifixión y muerte. La viejecita no era ninguna debutante en el ritual sacramentado previo a la salida de la mortuoria imagen desde el Convento de San Francisco a las diez de la mañana. Todos los años cumplía con su penitente cita. Esta vez el tiempo la sorprendió en sus quehaceres, entre horas y minutos se demoró su fe. Llegó con la mirada pendiente de mirarlo, abrió paso entre la concurrida aventura por cumplir con su convicción cristiana, la de todos. El polen de las flores frescas alentaba estornudos mudos en señal de respeto. El prodigio de tocarlo se le dilató cuando en hombros de los cargadores el marcial paso iniciaba su derrotero por salir al pueblo, llevando hacía rato el sol encima de sus cabezas.

En medio de la incómoda impotencia recurrió a un Padre Nuestro como disculpas, y recuperación de su angustiosa tardanza. Se ha vuelto tradición atajar la procesión en el umbral de la salida norte, para encajarle con máxima precisión la tapa del ataúd donde Jesús yace acostado con sus esplendidos arreglos. Justo ahí es cuando el amigo Francisco “Pachico” Rodríguez, quien lleva años en los menesteres como cargador, ayuda que las esquinas calcen con justeza en el resto del maderaje. Cuando baja de la silleta que lo hizo tomar altura, coincide con la marcha de la penitente

mujer. Ella, ante el acto de gracia del feligrés Pachico le soba el brazo derecho, besa su mano y se persigna, a la vez le susurra al oído: *“señor hago esto porque estuvo cerca del santo, lo que este año no pude hacer. Usted está bendito, por eso es que lo toco”*.

## ES CIERTO

Es cierto. Cuando murió Juan Leyenda las mujeres que amó no fueron a su funeral.

Las calles permanecieron en silencio, solo se escuchaba el redoblar de las campanas anunciando que alguien había muerto en Arcadia.

Él mismo trajo los pesados bronce de España, en un bergantín cargado de vino y mujeres que nunca amó.

Es cierto. Que Juan Leyenda nunca hizo amigos ni enemigos, que su féretro lo llevó una carreta tirada de dos caballos entrenados por él mismo para el día de su muerte. Juan Denube fue su lugarteniente, y fue quien lo vistió con la ropa que el difunto dejó lista para cuando muriera, y lo trepó a la carreta.

Es cierto. Que a Juan Leyenda no lo pasaron por la iglesia, porque al cura se le nubló la memoria con solo oír su nombre, era el único que sabía el Padre Nuestro. Lo peor, es que los monaguillos no sabían rezar. Por eso nadie rogó por el alma de Juan Leyenda. El día que murió Juan Leyenda el alguacil murió de repente, nunca se supo si de pasmo o de alegría.

Es cierto. Que Juan Denube sepultó a Juan Leyenda, solo, con sus manos llenas de barro y sus ojos ahogados en llanto. Juan Denube tampoco aprendió a rezar, porque jamás le interesó Dios.

Es cierto. Que Juan Leyenda tenía doscientos años y Juan Denube unos menos. Es cierto que días después del entierro apresaron a Juan Denube. Él preguntó por qué lo hacían, y le respondieron: *“porque nunca supimos quién era Juan Leyenda y tú vas a decirlo”*. ¡Claro!, dijo Juan Denube: *“este pueblo, es y seguirá siendo de Juan Leyenda, todos ustedes,*

*más sus generaciones, son hijos y nietos de él, las mamás de ustedes fueron las únicas mujeres que él amó, todo era de él”.*

*-Y al cura, por qué se le fue la memoria al oír su nombre?*  
Preguntaron también.

*-Porque era un hijueputa.* Respondió Juan Denube.

## VAYA MANERA DE DECIR ADIÓS

Mi tío Beltrán, apodado “alondra” era el hermano menor de mi papá, Juancito Prieto. Como artesano trabajó el parape como nadie, fue un consumado artista a la hora del labrado sobre sus piezas. También, por qué no decirlo, todos los días las nubes etílicas lo embalsamaban en cada esquina asuntina. Su humanidad parecía derretirse desde cualquier hora hasta otras tantas.

Una barba blanca amanecía en su tez más oscura anunciando los espesos días de bebezón que lo acribillaban destemplándolo hasta parecer un desgarrado fantasmón. Los chasquidos de sus sempiternas alpargatas suelevaca arrastraban la dolencia de mi tía Machú, quien lo acogía en su casa en la Calle Ruiz. Allí, al pie de la última de las cinco columnas que alineaban el ceñido corredor, tenía sus macundales de trabajo recogidas en cajas de madera donde venían las velas de esperma. El tinte de la vejez era evidente. Las pocas veces que pude verlo en su faena artesanal era en las tardes, cuando por encargo de mi padre iba hasta allá a buscar vituallas o frutas, luego que mi tía regresara del mercado donde tenía un puesto para su venta. El filo de las navajas, a pulso sereno, grababa finos arabescos en la parda cara de peines y peinetas que irían a parar a una distinguida clientela. En las postrimerías de su vida sus manos se hicieron torpes y desobedientes, aquel prodigio de destreza estaba llegando a su fin. Entonces dedicaba más tiempo a la bohemia.

Tal fue la urgencia de su delgadez y descuido generalizado, que un día mi padre envió por él a mis hermanos mayores, José e Ibrahim, que como pudieron lo llevaron a casa. Una pieza detrás de la bodega sirvió de reclusorio al bravucón pariente con dejo de ancianidad. No tuvo más remedio que aceptar la invitación impuesta por su hermano mayor. Una silla de descanso bajo un frondoso guayacán definió un estricto horario alimenticio. La tregua incluía lectura de periódicos, revistas y la compañía de un radio por el que podía enterarse del mundo exterior. Con ropa nueva,

pelo muy bien cortado y barba rasurada, Beltrán parecía otro. Su nariz aguileña, ojos negros y cejas pobladas destacaban en un rostro que no conocíamos. Descubrimos un tío amable, cariñoso que nos echaba la bendición todos los días, tatuando en el aire la Santa Cruz. El comportamiento de sus manos se recuperaba poco a poco. Se nos hizo costumbre mirarlo regar las matas, recoger limones, parchitas y castañas dadas en el patio. Se nos hizo común ver al tío rozagante con kilos ganados, que lo desacostumbraron a la sensación lastimera.

Un día, después de muchos, soportando el benigno encierro, infirió a mi papá que debía dar una vuelta para conversar con los amigos. Juancito accedió, condicionando la hora de regreso y cumplimiento con la rutina de la cena. El reloj de la catedral ejecutó a cabalidad la virtud de contar las horas. Beltrán nunca llegó. No dio tiempo a corregir su pecaminosa ebriedad. Incumplió así con el amparo que pudo salvarlo por un rato muy largo. Volvió a sus andanzas y murió poco después. Padre no hizo más que resignarse.

## TRAVESURAS DEL ABUELO

El primer cobijo de convivencia matrimonial de mis padres fue en una casona en la distante salina que era El Mamey, en La Asunción. Han transcurrido más de setenta años. De esos comienzos nació mi hermano mayor, José Gabriel. Eran tiempos duros por la escasez y rutinaria empatía con la nada. Aquella salina trasparenteaba, entre vapores ardorosos, una planicie chamuscada topándose con el verdor primitivo del cerro Matasiete, en la lejanía de los heroicos cicales. Cuando comencé a tener conciencia de incidentes familiares, mi madre me echó un cuento que hasta hoy conservo como el bautismo a ceremoniales fantasmales de la oralidad asuntina. Y uno no se cansa de contarlos.

Mi hermano José, tendría entonces unos cinco años, ya sabía lo que era morir y lo que tenía que ver el cielo en todo este enigma, porque hacía unos meses nuestro abuelo paterno José Tenías, Papacheo, había muerto. La casa tenía un patio grandísimo, el linde con la impetuosa salina era una boscosa mata de ponsigué. Para llegar hasta ella había que serpentear una laguna ahondada por los puercos de Estílita, una vecina prima de mi papá. La sombra del árbol manchaba el aguazal y rebozaba una atmósfera misteriosa. Al caer la noche, los destellos de la luna dibujaban diminutos picos semeando las fauces de un monstruo gigante enjuagándose los colmillos. Ningún muchacho se atrevía a rondarla después de seis de la tarde, porque parecía cobrar vida una jauría de sombras bestiales. Para rematar los viejos decían que allí se bañaban las almas de los piratas que nunca regresaron a sus naves apostadas en Pampatar. Encima de todo, cuando llovía a cántaros la ensenada engendraba un miedo atrayente, tanto, que los mismos vecinos llegaron a creer lo que le decían a los muchachos para no correr el riesgo de ahogarse en las espeluznantes aguas, además los puercos ya habían muerto de peste. Los ponsigués se perdían en cada cosecha por no haber quien los cogiera, ni siquiera por el encargo para anegarlos en una garrafa con ron blanco.

Una tarde, José desapareció del cerco protector tendido por mis padres. La conmoción reinó inmediatamente entre todos, las casas de los lados fueron registradas en vano, el extravío inocente se hizo desesperante. Todos miraban la laguna con cierta reserva, muda, con aire compungido, nadie decía nada. Solo el afán por encontrarlo hizo sacudir los apacibles vericuetos y escondrijos. La confusión provocó mojadura en los ojos. Más tarde, cuando se teñía de oscuro la salina, se reunieron todos en la enramada que era la cocina de la casa. Los pocillos con café despedían deslucidos vahos serpenteantes por los soplidos que surgían de un profundo desconsuelo. De pronto el corazón de todos dio un vuelco, apurados por zafar corajes de una amarra invisible. Los sentidos se juntaron en una sola pieza. Se oyó un arrebató de voces al unísono: ¡mijo! Todos corrieron tan veloces como ballestas bienaventuradas a constatar el orden corporal del muchachito. José traía en un dobléz enchinchorrado de su franela blanca, un montón de ponsigués. Sin frío en su carita inocente, ajena de novedad, respondió al preguntársele por aquella fortuna natural: *me los dio mi abuelo Papacheo.*

## LA MUJER QUE NADIE SUPO

Es de una mujer la figura en la playa. La cubre un manto largo, sus bordes rozan suavemente el agua cansada de las olas. Está de pie, inmóvil, mirando nada. La madrugada duerme profunda, en silencio, sola.

Lentamente, emergiendo de una recóndita meditación, la silueta se inclina hundiéndose sus manos en la húmeda arena.

Así permanece hasta que la mirada atónita de unos ojos ocultos tras los botes varados en la orilla la avistaron.

Son tres muchachos aprestados para la pesca. Por sus trémulos cuerpos corrió un frío pasmoso helándoles el aliento.

*-Ave María purísima, qué es eso.* Dijo uno de los tres.

*-¿Quién será esa mujer?*

La pregunta flotó en el aire por unos instantes.

*-No sé.* Contestó otro.

*-Vamos a persignarnos porsiacaso.* Propuso un tercero.

La mujer seguía en cuclillas hurgando lo incierto bajo el polvo marino. La blanquísima imagen esculpía su espacio en el oscuro rostro de la noche.

Poco a poco un agradable olor, inundó el lugar.

Era una fragancia a rosas. Aunque allí no existían. Jamás creció alguna, el sol las mataba pronto.

Los despertó la mañana. El sol esparciendo su luz, despedía la noche. Mostraba efluvios vigorosos, invadiendo con su hechizo aquel pedazo de costa aquietada entre cerros y el eterno mar.

Apoyándose de nuevo en los botes, los temerosos indiscretos escudaron el entorno, desafiando perplejos un cobijo de rosas sobre la arena que se hacía blanca temprano, sin presagios.

Un perlado infinito consumía a una incauta mariposa que presurosa buscaba refugiarse en la inmensidad.

## JUAN JOSÉ PRIETO LÁREZ

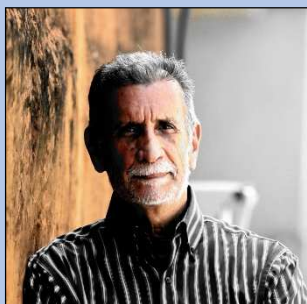


Foto Augusto Pulini.

Conocido como “Pey”, nació en La Asunción, aquel arraigado terrón margariteño labrado en los osados vaivenes de la historia. Ahí cursó sus estudios primarios y secundarios. Es comunicador social, egresado de la Universidad Central de Venezuela. Al volver a la isla, trabaja en el desaparecido *Diario del Caribe*, a la vez que conduce programas de radio.

Debajo de su cachucha está un ciudadano, con una clandestina sensibilidad, susceptible al exilio, al arte de cosechar los ruidos del silencio, y en silencio se ha hecho cautivo del silencio. Y desde el patio de su vieja morada, en silencio viaja a través de La Asunción, la ciudad del silencio, para dialogar con el silencio, y comenzar a habitarlo, abrir senderos al cauce de sus versos, crónicas y narraciones.

De ese huerto de silencios, han brotado cinco poemarios: *Habló el silencio* (1987), *Orillas* (2000), *Íntimo* (2007), *Desde el fin* (2013) y *Desde esta ventana y estos patios* (2011), este último escrito junto al homenajeado de hoy Ángel Félix Gómez, con quien compartió labores y una tesonera amistad en el Consejo Legislativo del estado Nueva Esparta. En esos espacios gubernamentales ocupó la jefatura de Prensa y Protocolo, fue coordinador del Centro de Información Legislativa (CILENE) y Cronista Oficial desde 2017 hasta su jubilación, finiquitada este año 2025.

Entre las distinciones que ha recibido se encuentran: el Premio regional de periodismo alternativo “Batalla de Matasiete”, que le fue otorgado en tres oportunidades por la gobernación del Estado, por su trabajo literario, histórico y artístico, en el mensuario *También*, del cual fue fundador. Particularmente, Juan José ha sido galardonado con el premio de periodismo Batalla de Matasiete, premio Ennodio Ramos, otorgado por la Asamblea Legislativa, premio Víctor Aguilera, de la Alcaldía de Antolín del Campo, premio Jesús Rosas Marcano, por la Alcaldía de Arismendi. Fue ganador del premio Gustavo Aguirre de investigación cultural, auspiciado por FONDENE, con el trabajo intitulado “En nombre de todos los santos... amén”, premio Ensayo sobre la vida de Luisa Cáceres de Arismendi, intitulado “Luisa Cáceres de Arismendi en el corazón y gloria de la patria”, promovido por la gobernación del Estado, entre otros reconocimientos.

Frank Omar Tabasca